

La Esfera

Año XI

nm. 549



«Retrato de la señorita Matilde Contreras», cuadro de Ramón Carazo, expuesto en la Nacional de Bellas Artes



Pasad el VERANO en SUIZA

Paraíso de los deportes de verano, por el aire tonificante de sus montañas

Para cuantos informes se deseen referentes á los ferrocarriles, excursiones, estaciones veraniegas, balnearios y sanatorios, deportes y diversiones, escuelas públicas ó privadas, curiosidades artísticas, etc., dirigirse á

Office Suisse du Tourisme, Zurich, Löwenstrasse, 55, ó á su Sucursal en Lausanne, Place St. François, 6.

Agencia del "Office Suisse du Tourisme", Madrid, calle de Felipe IV, 2.

Banca Marsans, Barcelona, Rambla Canaletas, 2, ó á las Agencias de Viajes en todos los países.

GINEBRA

"Residencia encantadora, como no he encontrado igual en ningún país del mundo."

J. J. ROUSSEAU.

CENTRO EDUCATIVO DE PRIMER ORDEN

Para informes y prospectos dirigirse á la Oficina de Informes Oficiales, 4, Place des Bergues, GINEBRA

LAUSANNE

Centro de excursiones sobre el Lago Lemán
GOLF LINKS

Precios moderados. Libre de impuestos.

Villars-Chesieres-Arveyes

Alt. 1.300 m.
Alpes vaudoises. Estaciones veraniegas. Grandioso panorama. Hoteles de 1.ª y 2.ª categoría. Numerosas pensiones. Ferrocarril eléctrico de BEX (línea del Simplon). Informes por la «Société de Développement.»

Visite usted LUCERNA

Estación veraniega mundial á orillas del Lago de Lucerna

Casino, Golf, Tennis, Concursos hípicas, Regatas. Excursiones magníficas en vapor y funicular.

Oficina de Informes Oficiales.

ENGELBERG

(Cerca de Lucerna)

Estación de cura de primer orden, de antigua reputación. Paseos en llano por los bosques.

Ascensiones. Hockey.

Programas de deportes y diversiones por la Oficina de Informes Oficiales.

INTERLAKEN

Temporada: Abril-Octubre

Estación climática de gran reputación. Iglesia católica. Magnífico casino. Paseos sombreados. Deportes. El punto de salida más conveniente para todas las excursiones al Oberland Bernés.

GRINDELWALD - MURREN WENGEN-LAUTERBRUNNEN

Ferrocarril de montaña á la SCHYNIGE PLATTE y al JUNGFRAUJOCH.

Prospectos en todas las Oficinas de Informes Oficiales.

GSTAAD

Estancia de verano ideal de la línea

SAANENMOESER Montreux-Interlaken.

Estación de la línea de los «Autocars Alpinos» INTERLAKEN-LAGO LEMAN por el «Col du Pillon».

Entrenamiento físico al aire libre por profesores diplomados.

Prospectos por la Oficina de Informes Oficiales.

ZURICH

La ciudad más importante de SUIZA, situada á orillas de un precioso Lago al pie de los Alpes.

Punto de salida para los viajes al Sur y al Este de Suiza.

De MARTIGNY por la línea internacional del Simplon al MONT BLANC y á CHAMONIX por el ferrocarril eléctrico por paisajes muy pintorescos.

Los Grisones

DAVOS

Estación climática de gran altura y de primer orden.

PASSUGG 830 m.

Aguas de reputación mundial. Curaciones brillantes.

2.000 camas AROSA 1.800 m.

Estación climática de gran altitud. FLIMS Baños de Lago. Golf. Bosques.

Estación climática de montaña. PONTRESINA

Centro turístico de la Alta Engadina

TARASP-SCHULS 1.250 m. VULPERA Engadina

Estación termal de las más importantes. 20 Mayo-20 Septiembre. Aguas minerales de reputación mundial unidas al espléndido sol y al aire tonificante de la Engadina. Esta combinación única en Europa explica la curación de las enfermedades intestinales, de la digestión, nerviosas, etc. Deportes de verano. Prospectos núm. 30 por las Oficinas de Informes Oficiales de Schulz y Vulpera.

ZERMATT (1.620 m.) con la línea eléctrica del GORNERGRAT.

Panorama maravilloso (3.130 m.) sobre el MONTE ROSA, el CERVIN y más de 50 ventisqueros. Numerosos hoteles muy confortables. Precios módicos.



La doncella: Ya es hora de que la señora ensaye las tan renombradas

SALES CLARKS

PARA ADELGAZAR

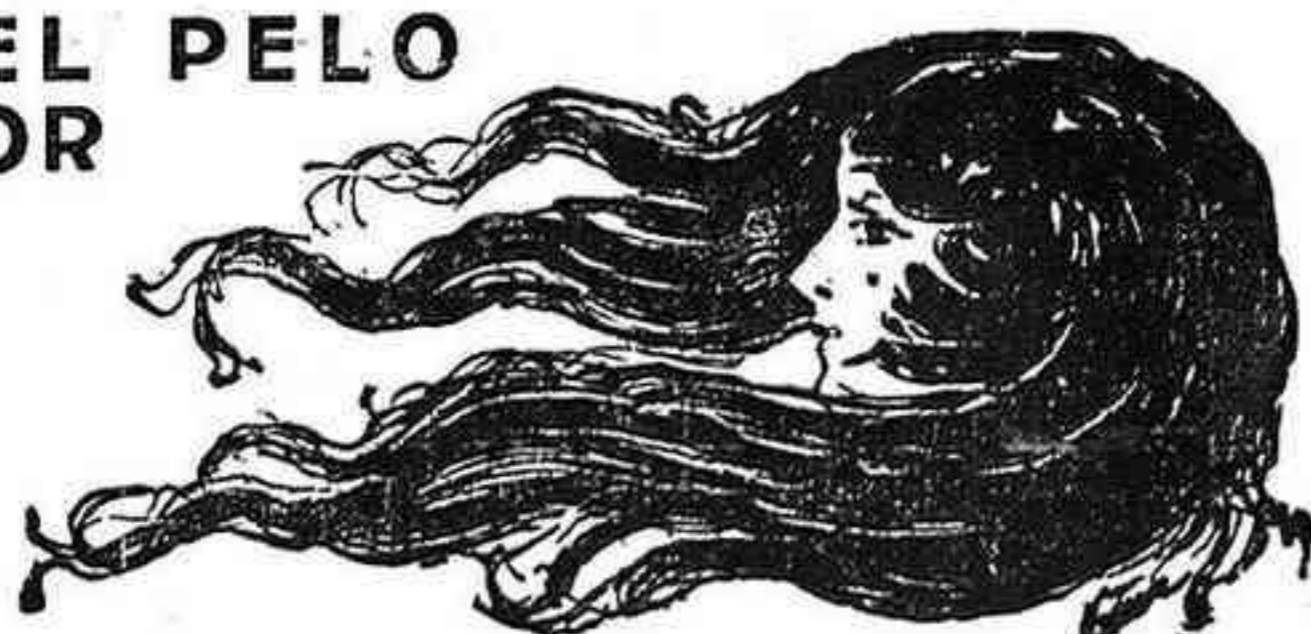
Pesetas.2, En Perfumerías, Droguerías y Farmacias

Lea usted todos los sábados LA NOVELA SEMANAL

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR
ALCOHOLATO

AL ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA ESPAÑOLA. Madrid
Envíos á provincias y al Extranjero



BALNEARIO DE LIÉRGANES (SANTANDER)

Unicas aguas que curan los catarros crónicos de la nariz, laringe, bronquios y pulmón, infartos del hígado y cólicos nefríticos. Gran reforma en el Balneario, provisto de los aparatos más perfectos que hay en Europa.

BERNA (Suiza) Instituto Humboldtianum

(Bajo la vigilancia del Estado)

Sección clásica, moderna, técnica y comercial. Preparación rápida y fundamental para Universidad y Escuela politécnica.

Cursos especiales en los idiomas modernos para extranjeros :: Internado y Externado

Pida prospecto é informes de la Dirección de la Escuela Suiza de Barcelona. Calle Basconans, 17, S. G.

MARCOS ALEMANES

Recibiendo 12 pesetas por Giro postal ó en sellos Correo dentro carta certificada, remitimos UNA interesante, bonita y completa colección de todos los billetes emitidos por Alemania, desde un marco al billete de 200 mil millones, y una rara moneda 200 marcos: en total, 35 billetes diferentes, todos auténticos, con 400 mil millones marcos. Remítanos también al Extranjero, al recibo de 2 dólares americanos ó su equivalencia en moneda del país que se nos pida.

Dirigirse: ITALO COMERCIAL, S. A., Casa de Cambio Plaza La Paz, 33, Barcelona (España)

Este año

no desperdicie usted sus vacaciones.

Prolongue su vida de asueto, impidiendo que sus dulces recuerdos se pierdan en el olvido, y, a su regreso, tráigase consigo la alegría toda de sus vacaciones.

Antes de salir de veraneo adquiera un

“Kodak”

La dicha de unas vacaciones es tesoro digno de ser conservado con bellas instantáneas “Kodak”, que son constante evocación de la felicidad del pasado.

Hay 23 modelos diferentes de “Kodaks Autográficos”, desde 59 pesetas; y “Brownies”, para niños, desde 20 pesetas.

Pida Catálogo ilustrado, gratis, en cualquier establecimiento de artículos fotográficos, o directamente a

Kodak, S. A. Madrid: Puerta del Sol, 4 y Gran Vía, 23.
Barcelona: Fernando, 3 y Paseo de Gracia, 22.
Sevilla: Campana, 10.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Entre las últimas obras publicadas por la Editorial «Renacimiento» figuran varias que están llamadas a obtener un gran éxito por el prestigio de sus autores, el interés de sus volúmenes y la esmerada presentación que es característica de las obras editadas por tan importante Casa. Entre esos volúmenes figuran *El otro*, reedición de la magnífica novela de Eduardo Zamacois; *Cuentos de los veinte años*, por Sara Insúa; *Belarmino y Apolonio*, reedición de la famosísima novela de Ramón Pérez de Ayala, que tan unánime éxito hubo de conseguir al ser editada. También ha publicado «Renacimiento» los dos volúmenes de *Las máscaras*, serie de admirables estudios y críticas en que Pérez de Ayala desarrolló magistralmente diferentes temas de literatura.

Monografía de la cabila de Beni-Tuzin. Por Angelo Ghirelli. Madrid, 1923.—He aquí un interesantísimo y completo estudio monográfico de la cabila de Beni-Tuzin, perteneciente a la zona oriental marroquí. Con claridad, con juicio certero, con admirable acopio de datos, el señor Ghirelli hace una detallada descripción de esta cabila en todos sus aspectos. Su geografía, su riqueza, sus notas étnicas, su historia, su lenguaje, su organización, sus prácticas religiosas, todos los aspectos, en fin, que pueden interesar al amante de los estudios africanistas, están recogidos en esta monografía, que ha merecido, por su precisión y por su riqueza en noticias, grandes elogios de los conocedores en materia de tanta importancia para España como es el Norte de Marruecos.

**HOTEL SIMÓN
SEVILLA**

Desea madrina de guerra
el oficial D. O. S., de la 11 Compañía, 4.ª bandera, de la Legión
Melilla.

MI OTRO YO

(DE LA DOBLE VIDA EN LA INDIA)

NOVELA DE

AUGUSTO D'HALMAR

es el título del número que

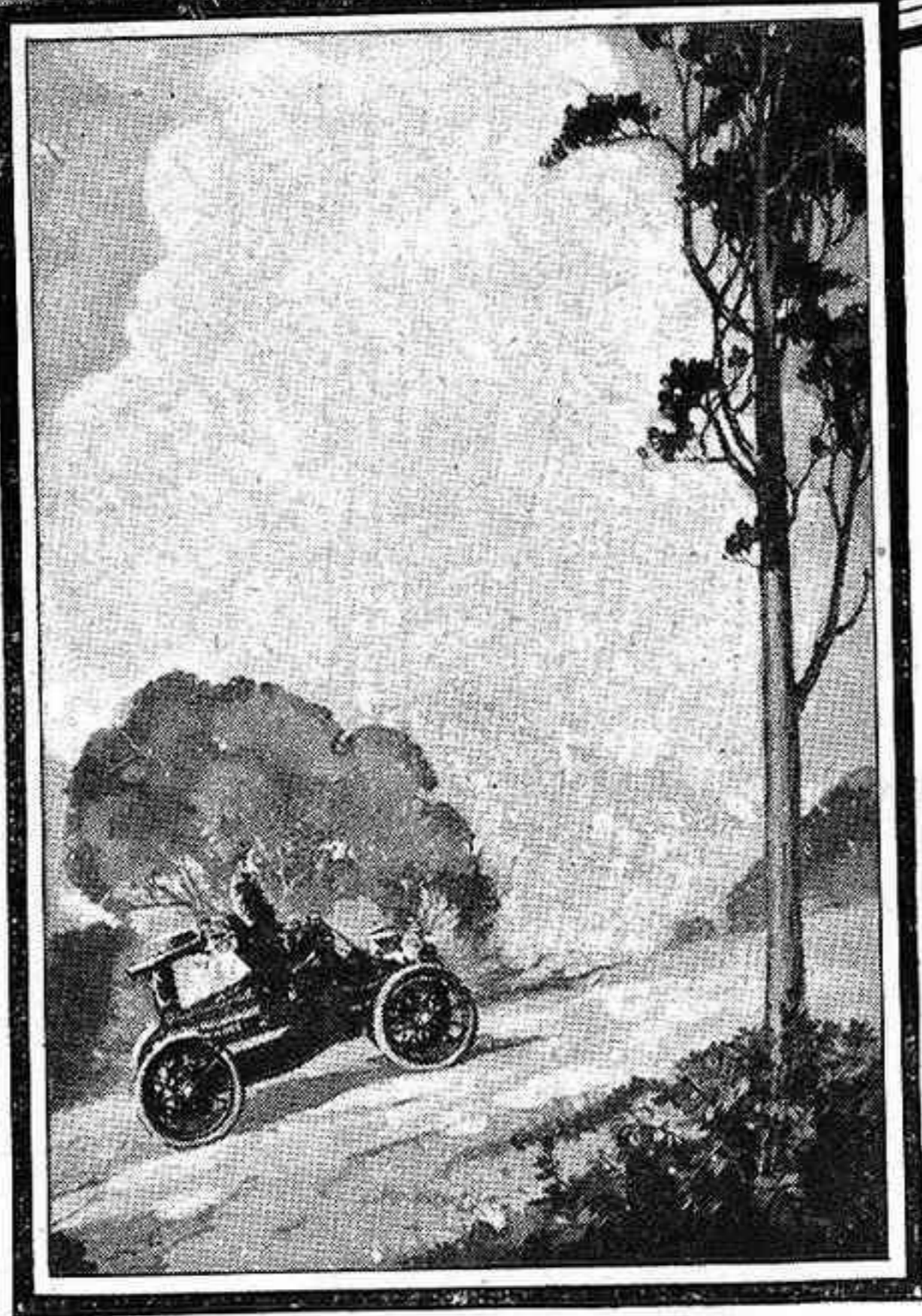
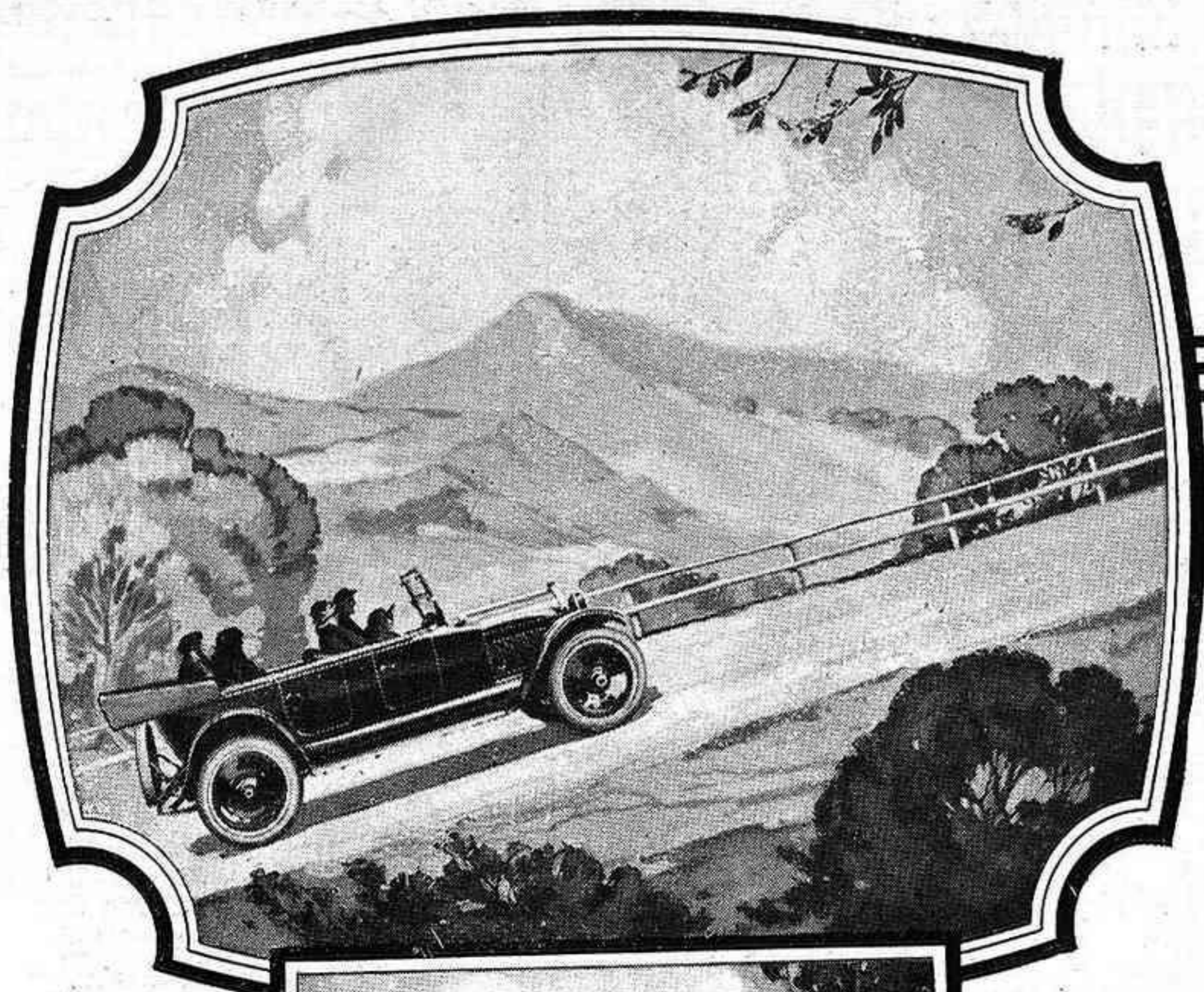
LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

30 céntimos ejemplar

Calidad en los autores :: Cantidad en la lectura :: Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación



En 1905 dos pequeños Oldsmobiles monocilíndricos pasaron el mundo cruzando en los Estados Unidos los 5.000 kilómetros de montañas, llanuras y desiertos que separan el océano Atlántico del Pacífico, y demostrando así el valor práctico del automóvil como medio de transporte. El viaje se hizo en 44 días.



Para mayores detalles relativos a la General Motors, escríbase a General Motors Export Company, 224 West 57th Street, Nueva York

GENERAL MOTORS

FABRICANTES DE AUTOMÓVILES, CAMIONES, EQUIPOS Y ACCESORIOS

BUICK · CADILLAC · CHEVROLET · OAKLAND · OLDSMOBILE · CAMIONES GMC

Nueva York · Londres · París · Copenhague · Surabaya · Bombay · Calcuta · Shangai · Yokohama · Honolulu
Sydney · Melbourne · Wellington · Constantinopla · Johannesburgo · México · Río de Janeiro · Buenos Aires

¿Cuál fué el primer automóvil?

EL PRIMER AUTOMÓVIL que dió buenos resultados en manos de conductores ordinarios, y el primero que se fabricó en grandes cantidades fué el Oldsmobile.

En 1887 se construyó el primer Oldsmobile—un triciclo con ruedas de madera. En 1897 se erigió una fábrica para producir Oldsmobiles en gran número. Muchos de los antiguos Oldsmobiles monocilíndricos, con palanca de dirección, hechos entonces, están funcionando aún — tal era su resistencia.

El Oldsmobile moderno lo usan hoy los personajes importantes de todos los países.

Los fabricantes del Oldsmobile están respaldados por la General Motors, la mayor empresa automovilística del mundo, que fabrica además otros cinco automóviles famosos, así como piezas y accesorios corrientes adaptables a casi todos los automóviles de marcas distintas.

Así la casa Oldsmobile dispone de recursos financieros, elementos de fabricación y servicio técnico muchísimo mayores que los de una compañía aislada. El hecho de que el Oldsmobile es un "Producto de la General Motors," es garantía adicional de su mérito.

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



ROSTROS ESPAÑOLES

JOSÉ MARÍA LÓPEZ MEZQUITA

Entre canonical y de cortijero andaluz, el rostro de López Mezquita tiene una simpatía franca, contagiosa. De los rasgos aún no escapó la franca ingenuidad infantil. Son de esos rostros que acusan desde el primer instante un temperamento noblemente sensual, apasionado, sin doblez ni reservas mentales. Hace más de veinticinco años, en plena pubescencia, este rostro ya se asomó a la gloria artística. López Mezquita destacó, siendo niño aún, su arte, que había de tener una huella honda, decisiva, en la pintura de nuestra época. Hoy, en plena madurez, rodeado del respeto y la admiración de sus contemporáneos, reconocida su obra como una de las maestras de la pintura universal, López Mezquita ha sentido el halago de la admiración unánime ante sus seis magníficos cuadros presentados en la Exposición Nacional.

DIBUJO DE BERNARDINO DE PANTORBA

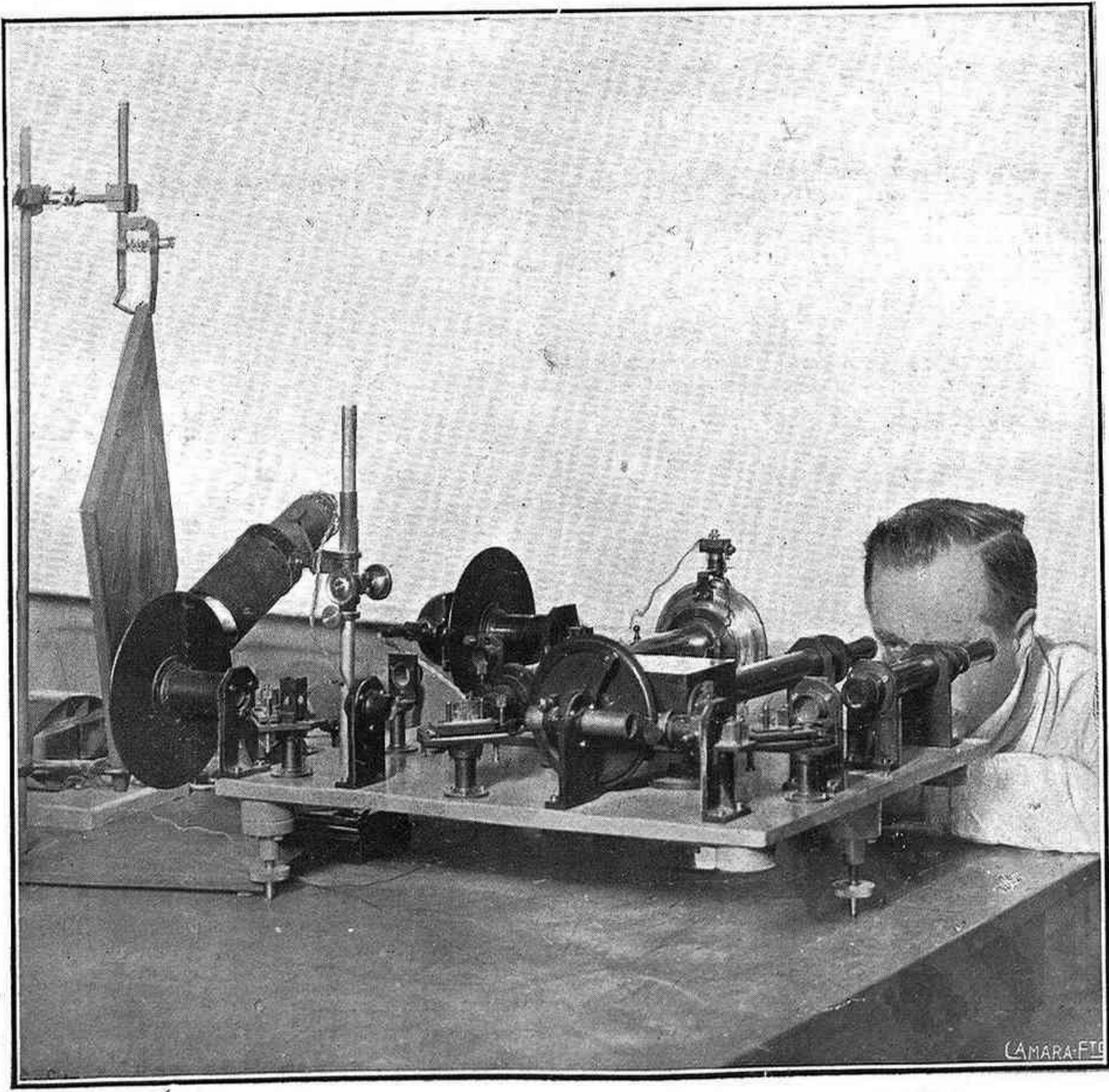
LA CIENCIA Y LAS FALSIFICACIONES EN ARTE



El cromoscopio Bayle, de cuatro focos, aplicado al examen de un cuadro de autenticidad dudosa

RECIENTEMENTE se ha celebrado en Burlington House, de Londres, una Exposición artística interesantísima y única en su género hasta ahora. Exhibíanse allí, en efecto, ricas y completas colecciones de cerámica, orfebrería, moblaje, cuadros y esculturas de diversas épocas, y en particular de la centuria gloriosa en que se iniciara el Renacimiento. Pero lo original del certamen no consistía en la abundancia de los objetos expuestos ni en lo selecto de los envíos, sino en que todo lo reunido en el recinto de la Exposición eran puras falsificaciones artísticas, apareciendo en algunos casos, como para dar testimonio de la habilidad del falsificador, la obra por él elaborada junto a la original. Varias de las mixtificaciones comparadas eran tan perfectas, que a simple vista, sin un análisis detenido de los *counterfeits*, resultaba imposible distinguir lo verdadero de lo trucado, especialmente en la sección pictórica.

Dentro de la misión educativa que corresponde a toda clase de exhibiciones artísticas, la de Burlington House ha tenido una finalidad especial: advertir, con elocuencia irrefragable, a los que presumen de *connoisseurs* en cuestión de antigüedades, que



Examen de los colores de un cuadro con el espectroscopio Ivon

dado el sumo perfeccionamiento alcanzado por la falsificación artística, sólo el verdaderamente perito puede pronunciar con exactitud un fallo acerca de la autenticidad de un cuadro, de una escultura, de una joya ó de cualquiera otra obra de arte antigua.

Numerosos son ya los recursos de que se valen los expertos para descubrir los fraudes artísticos. Pero los más eficaces son aquellos proporcionados por la ciencia, especialmente por la física y la química. Hace ya diez ó doce años, el profesor Laurie, de Edimburgo, lograba precisar, con auxilio de la microfotografía, la técnica de los grandes pintores, y ello de un modo tan seguro, que incluso lograba detallar sus pinceladas características. Más recientemente, el doctor Cheron aplica al examen de las pinturas los rayos X; con su auxilio se descubren todas las mixtificaciones, como se consigue averiguar incluso el número de restauraciones y retoques de que ha sido objeto el lienzo objeto de estudio. Por último, M. Bayle, director del servicio de identificación judicial de París, aprovecha ciertos fenómenos ópticos para dar solución a problemas análogos. Su sistema es por demás ingenioso.

Teniendo en cuenta M. Bayle la desigual sensibilidad de las placas fotográficas, empieza por hacer diversos clisés del cuadro estudiado, al que da diferentes iluminaciones mediante un aparato especial de su invención, que denomina «cromoscopio de cuatro focos», y con el cual se precisan hasta los matices más finos. Esta especie de proyector contiene cuatro lámparas eléctricas productoras de haces convergentes. En los trayectos de tres de éstos van instaladas pantallas de los colores rojo, azul y verde, permaneciendo libre, ó sea con luz blanca, el cuarto haz. Unos dispositivos especiales permiten graduar á voluntad la cantidad de luz emitida por cada foco, y, por consecuencia, obtener la iluminación deseada. El hábil técnico ha podido comprobar, con auxilio de este cromoscopio, en un retrato femenino hecho por Renoir, la forma defectuosa de



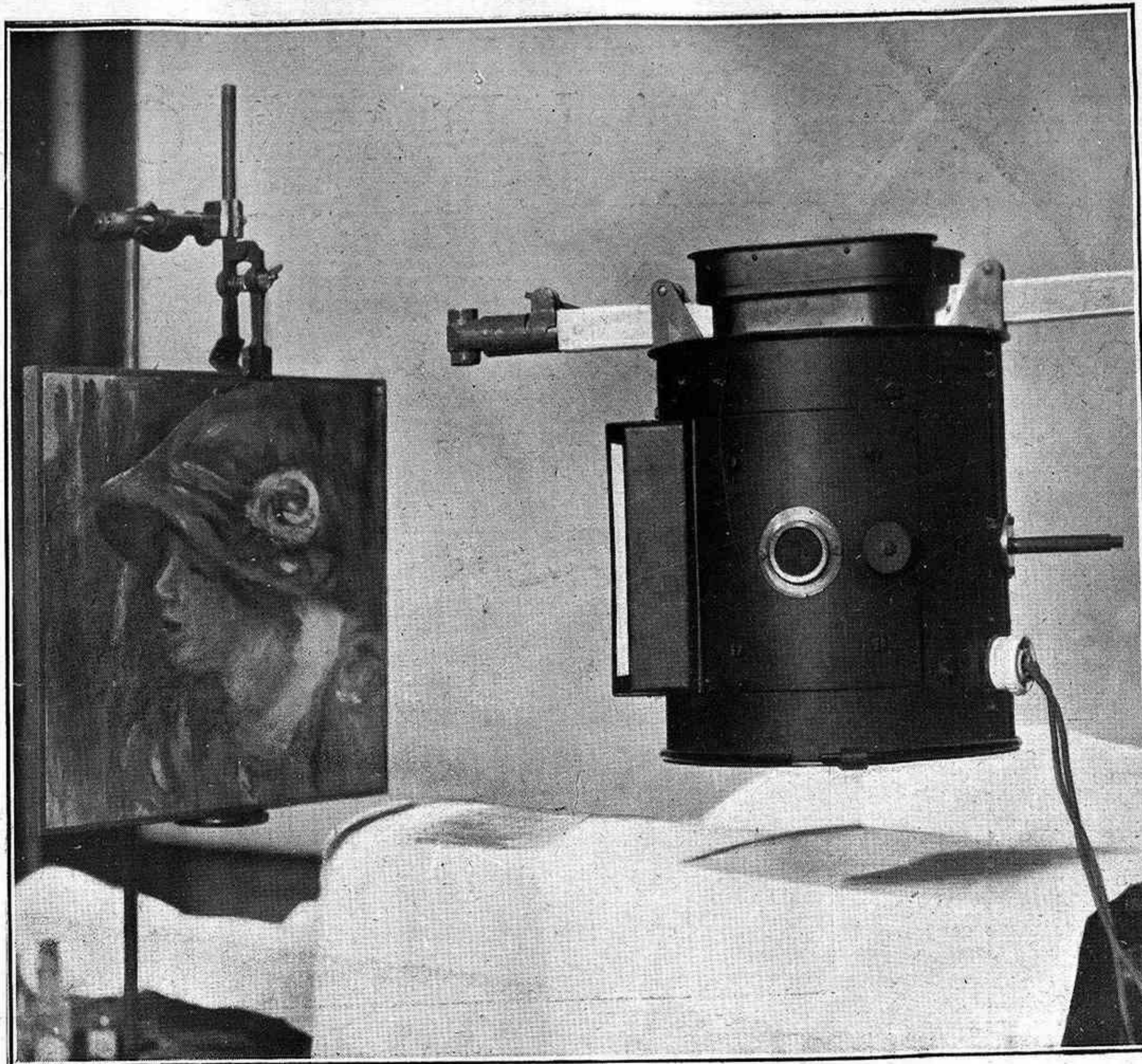
Falsificación de «La Tirana», de Goya, descubierta por los nuevos procedimientos científicos

los toques de pincel, debida á la parálisis de que era víctima el célebre impresionista.

No menos curioso es el procedimiento adoptado por M. Bayle para reconocer las pinturas, valiéndose de los rayos ultravioletas, que, como es sabido, poseen la propiedad de excitar la fluorescencia de ciertos colores, como, por ejemplo, el blanco de cinc. La luz se produce mediante una lámpara de vapor mercurial provista de una pantalla de Wood, que, interceptando los rayos visibles del espectro, intensifica la emisión fluorescente de algunos colores, y en particular de los barnices. Por este procedimiento puramente científico no sólo se descubre el más leve retoque, sino las raspaduras, por insignificantes que sean, los defectos de barnizado, las fechas trucadas y las firmas falsificadas.

Como tercer método general de peritaje óptico en las obras pictóricas, recomienda el citado especialista el análisis espectral con el espectrógrafo Féry, ó mejor el espectrofotómetro Ivon, que es por sí solo un laboratorio de múltiples combinaciones ópticas.

Valiéndose de todos los procedimientos mencionados, ha conseguido verdaderos triunfos de iden-



Examen de un cuadro, por fluorescencia, con auxilio de los rayos ultravioletas

tificación, entre ellos alguno tan resonante como el relativo á una *Tirana*, atribuida á Goya. Un simple haz de rayos ultravioletas, proyectado sobre la supuesta obra de arte, bastó para hacer desaparecer la firma «Francisco de Goya» y la fecha «1792», así como reveló la presencia de la palabra «Tirana» bajo las raspaduras del falsificador.

Análogos medios emplea ya el perito para des-

cubrir las falsificaciones de cuadros, vasos y esculturas, orfebrería, armería, y, en fin, de los múltiples objetos que pueden ser ofrecidos por el anticuario al *amateur* como auténticas preciosidades pretéritas. Con lo que el oficio de falsificador artístico, antes en extremo lucrativo, y que se ejercía casi con absoluta garantía de éxito, se va poniendo, como todo, muy difícil.—D. R.



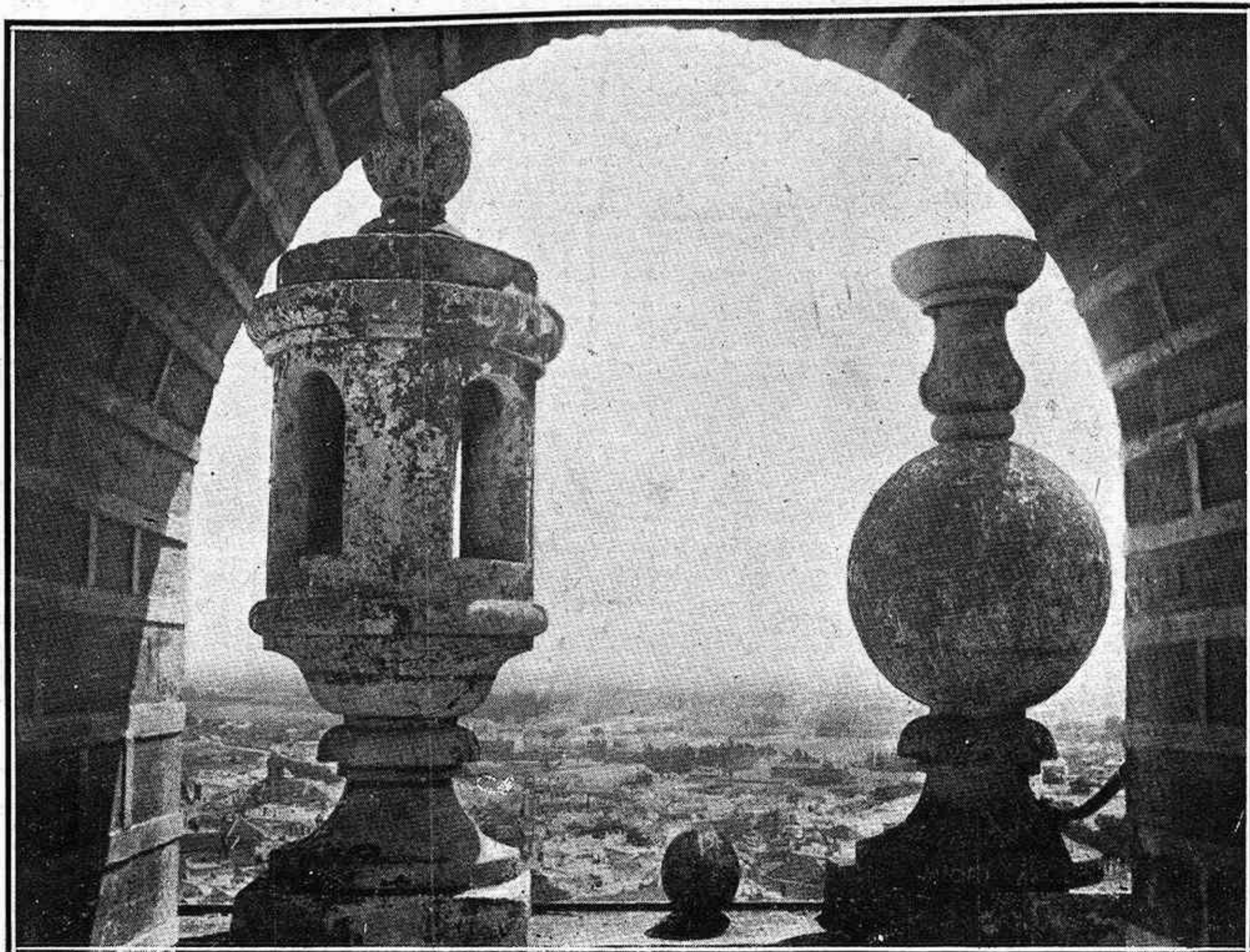
La falsificación de «La Tirana».—Empleando los rayos ultravioletas, desaparece la firma de Goya, la fecha «1799» se transforma en la de 1792 y el nombre de «Tirana» aparece bajo las raspaduras hechas por el falsario



LA GIRALDA POR DENTRO

CUANDO se sube á la Giralda por primera vez se recuerda, antes de penetrar en sus galerías inclinadas, la emoción sentida en otras torres cuyas entrañas nos produjeron temor ó sobresalto; se piensa en lobreguezes tétricas y en evocaciones de leyendas de encarcelamiento y martirio. Todo interior de torre tiene algo de prisión y de fortaleza, y alguna de ellas, como la de la Catedral de Avila, muestra ya este aspecto por fuera. Antes de subir sus peldaños se piensa ya en las cruentas guerras de las Comunidades y en el ajusticiamiento en efígie de Enrique IV y en la tenaz defensa del obispo D. Sancho. Otro tanto ocurre en el interior de la murciana, que, pese á las perspectivas rientes de sus ventanas de arcos arábigos, evoca los tiempos de las luchas de los moriscos y de las guerras de sucesión. León, Burgos, Oviedo, tienen también torres inolvidables, cuyo interior es místico. La Giralda es única: se ha dicho por todos los poetas y se ha repetido en todos los tonos. Es algo vivo, gentil, pleno de gracia. Ninguna otra pudiera ser tocada con una gigantesca mantilla. Si la Giralda se derrumbase, Sevilla habría perdido el más glorioso de sus símbolos y la más sublime de sus bellezas.

Esta gracia y luminosidad de la torre de encaje y gallardía, de altivez y de ensueño, se conserva en su interior desde la planta al ápice. Aquellas rampas no nos pueden llevar, ni llevaron jamás á nadie, al encierro ni á la mortificación, sino al subyugamiento y al deleite. Lo primero que ocurre al visitante es grabar su nombre en los muros y poner debajo una fecha, la de un día que fué para él de arrobamiento y maravilla; pero ¿en dónde? Se



Sevilla vista desde la Giralda

FOTS. SERRANO

advierte con sorpresa que no hay en los muros sitio para estampar dos simples iniciales. Cientos de millares de nombres los cubren por completo. Son los de los devotos de Sevilla y de su Catedral, que quisieron que en aquella maravilla que parece destinada á ser eterna quedase algo suyo que se salvara de la muerte, aunque no fuera más que un garabato escrito con pulso agitado y febril. Leyendo alguno de los nombres y de las fechas se ve que los hay que fueron dibujados ó grabados hace cuatro siglos. Sentimos al hacer esta observación no el estremecimiento de la seguridad del aniquilamiento definitivo, que disipó en el tiempo tantas alegrías y tantos amores, sino la presciencia consoladora de la persistencia de la vida y de la solidaridad entre las generaciones y los siglos. ¿En dónde se encuentran las parejas de amantes cuyos nombres aparecen unidos, y en dónde los soñadores que concretaron en una frase, y á veces en una palabra, su alegría ó su éxtasis? La mayor parte murieron, de seguro; pero su espíritu nos acompaña en la ascensión decidida y resuelta. Como ellos, hemos escogido un día de sol y de calma espiritual para preguntar á la torre sus secretos íntimos, para contemplar desde sus balaustradas ó sus ventanas de ojivas túmidas los panoramas más blancos y jocosos del planeta. Como ellos, nos hemos sentido aislados de todos los dolores y todas las miserias. Este gigante de piedra que vive y palpita, que tiene esbeltos de palmera y atractivos de hembra meridional, morena y tentadora, presta su gracia y su confianza en lo perdurable á quien entra en su seno, como presta la rosa su perfume, dentro de su cáliz gentil, al gusano.

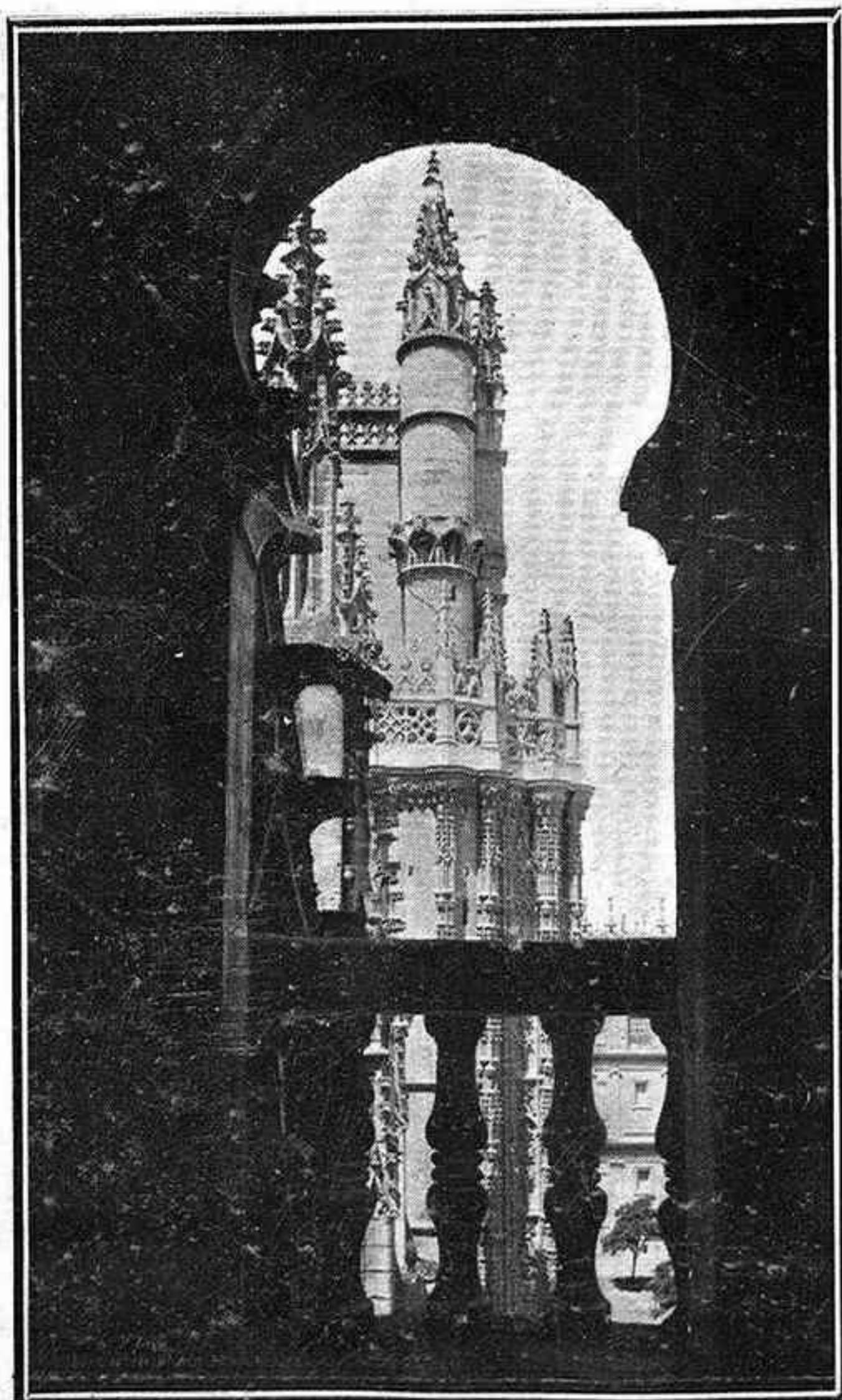
Una vez en la altura, nos asomamos y parece cegarnos la contemplación del inmenso paisaje. Sevilla se extiende soberana en su lecho de césped florido, sujeta por el ceñidor de su río, calzada con las sandalias de sus incomparables jardines, coronada por la diadema de las cresterías de su templo magno. El caserío nos deja atónitos con su alburá immaculada y tersa, como una sinfonía en blanco mayor. Miramos á todas partes con estupefacción creciente, y, ¡fenómeno extraño!, allí adonde miramos echamos de menos algo que sería como el acabamiento de la belleza del panorama. ¿Qué falta en ese cuadro prodigioso y único? ¡Ah, sí! Lo que falta es la Giralda misma, porque un panorama de Sevilla sin la Giralda es algo descabulado é incompleto. Falta ella, soberana de gentileza, sultana de gracia, hada sugestionadora de encanto. Pero de pronto nos sentimos confortados y dichosos, como el niño en el regazo tibio de su madre. La Giralda está con nosotros. Ya no podemos verla, pero la sentimos más grande, más aérea, más beneficiante que nunca, y acabamos por proyectarla sobre todos los panoramas que nos embelesan desde la altura vertiginosa. La vemos allá, pasado Triana, en

los márgenes curvas que cercan al viejo San Juan de Aznalfarache; la miramos junto al Alcázar, de maravillosos azulejos, de artesanos incomparables y de solitarios jardines espléndidos; la vemos señalando como un hito el camino de Córdoba. Está en todas partes, porque se halla fija en nuestra retina. Y acabamos por murmurar estas palabras que condensan todo nuestro cariño á la ciudad y á su símbolo alado: «¡Oh, Sevilla! ¡La Giralda eres tú!»

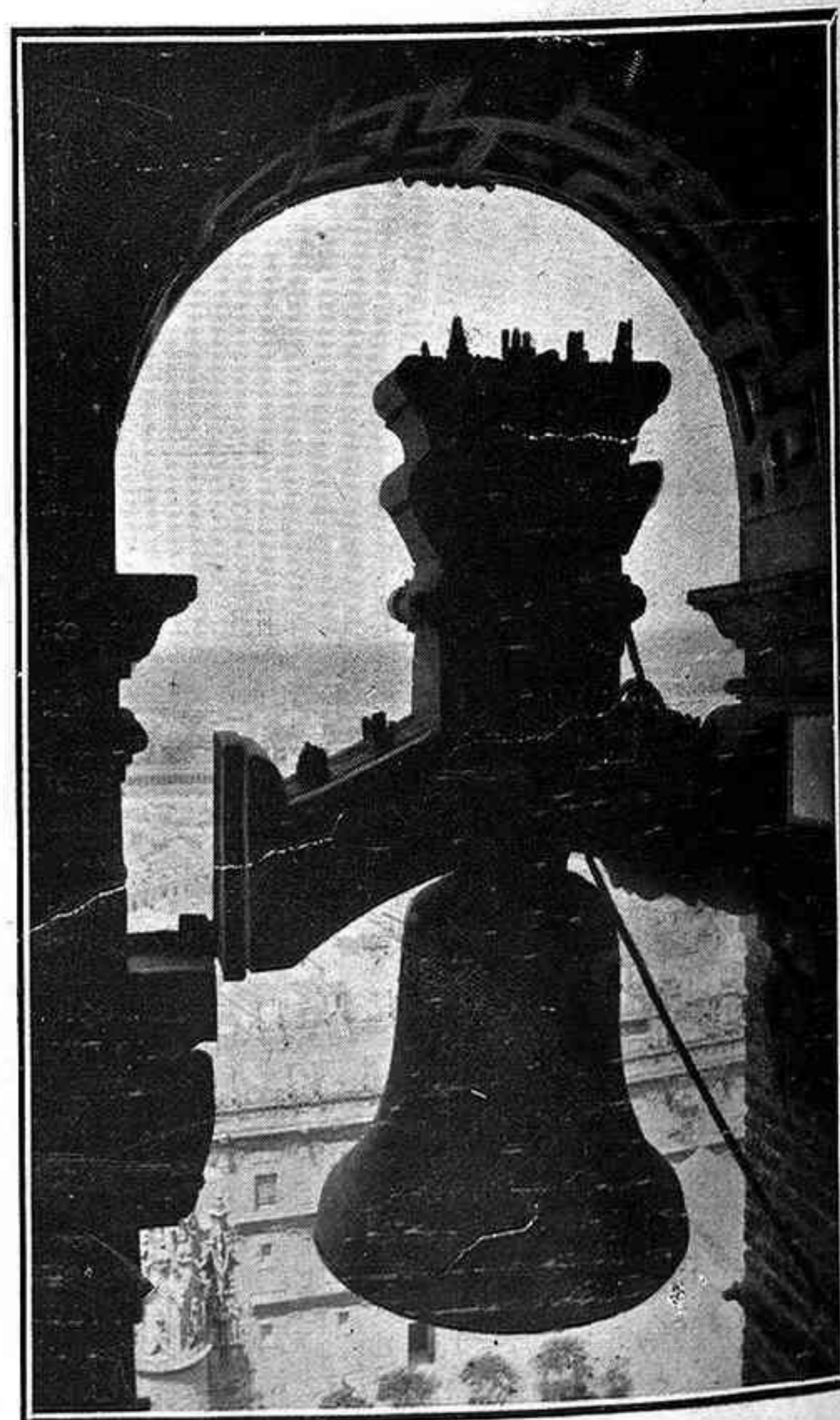
Cuando comenzamos el descenso volvemos á escuchar un gigantesco arrullo. Es el de las palomas aposentadas junto á uno de los rellanos superiores, en una habitación oscura y misteriosa. ¡Las palomas! Ellas saben, sin duda, los secretos íntimos de la torre. Ellas han registrado todos los escondrijos de la fachada del magnífico templo y de su patio de los naranjos; han anidado en las hornacinas y han dormido junto á los santos y los frailes de piedra. Juntas en bandada, á la hora en que el sol comienza á dorar los capiteles y las tracerías de los rosetones, han girado en círculo sobre la pétreo maravilla y se han elevado sobre la cruz que remata su cúspide. Ellas no bajan, tal vez, á las manos de los profanos, como sus compañeras del parque. Más amantes de la soledad, prefieren velar, desde los ventanales, el sueño de los Reyes y de los magnates, que duermen en las capillas medrosas y oscuras su sueño de piedra. Pero tienen también algo del espíritu de la Giralda, de la Torre por antonomasia, de cuyo interior se sale siempre sintiendo acrecentados el sentimiento estético y el enamoramiento de la idealidad.

ANTONIO ZOZAYA

Sevilla, Mayo 1924.



La catedral vista desde la Giralda



Una de las campanas de la Giralda

LA PINTURA ITALIANA



«Crepúsculo en el mar», cuadro original de Italo Giordani, que figuró en la exposición de sus obras celebrada en el Palace Hotel de Madrid

CANCIONES DE MI LIRA UNA VOZ ME DICE...

Una voz me dice: ¡Ya
qué esperas, di, de la vida?
Si tu juventud florida
se agostó, no volverá.

¡Es verdad! ¿Dónde te has ido,
juventud? ¿Qué fué de ti?
¡Qué poco duraste en mí!
¡Qué poco amor me has tenido!

Siendo joven ya soy viejo.
Por no verme así, cansado,
un día, desesperado,
tiré á la calle el espejo.

Con ello ¿qué conseguí?
Nada, porque el mal traidor
que agosta mi vida en flor
lo llevo dentro de mí.

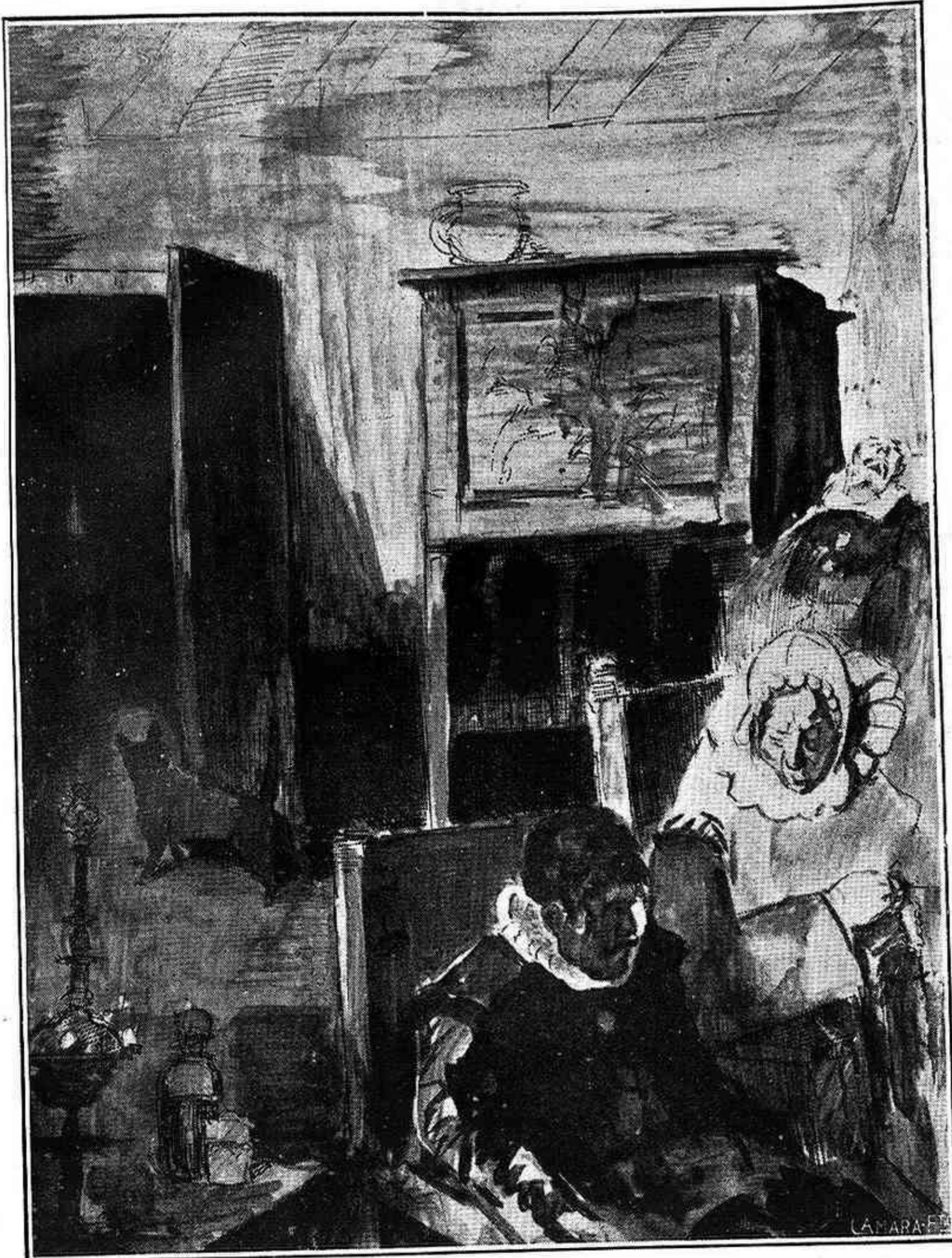
Si en la carne siento frío,
también en el corazón,
que en muriendo una pasión
viene tras de ella el hastío.

Una pasión yo tenía
que en mi corazón sonoro
como una llama de oro
se encendía.

¿Qué fué de la llama aquella?
Lo de siempre, tanto ardió,
que al cabo se consumió
como la luz de una estrella.

Juventud: ¿dónde te has ido?
Juventud: ¿qué fué de ti?
¡Qué poco duraste en mí!
¡Qué poco amor me has tenido!

Fernando LÓPEZ MARTÍN



Más ha de tres días que el señor licenciado está fuera de razón; casi ya con los dos pies en la otra vida, pues en ésta sólo puede decirse que asienta la sombra de lo que fué.

Ya no riñe ni veja á los criados ni da desazones al ama por fútiles causas, ni al gato mansurrón y recoleto consiente por compañero en las recogidas horas de la siesta, ni luego del dicho reposo pregunta si llegó el vicario de Santa María, que acompañale por la Vega un rato todas las tardes hasta la hora en que el sol se recoge para alumbrar con su luz y dorar con su fuego las tierras y los mares de la otra banda.

Sobre un rimerero de almohadas reposa su cuerpo, derrumbado como una máquina descompuesta que está á punto de perder todos sus engranajes y resortes.

Una débil lamparilla, puesta sobre una mesa que hay á la cabecera de la cama, es toda la luz que ilumina el aposento, y aun para testigo de la fatigosa y lenta agonía de su merced dijérase que es demasiada.

La sombra, al extenderse por la pared, semeja un murciélago gigantesco que cierne sus fúnebres alas sobre la estancia.

Pabellón de la muerte, que cubre la mercancía. Al obscurecer, recibió al Señor, y un momento que hubo de lucidez quiso que le administrasen la Extremaunción para gozar de ella en cabal sentido; pero díjole el sacerdote que aún no era tiempo, pues que la Iglesia no consentía esta gracia postrera hasta el momento frontero de la vida y la muerte.

De vez en cuando entra en el aposento el ama Dorotea. Acércase al lecho, y muy humilde pregunta si descansa su merced, y su merced, que, aunque está acabando, conserva rescoldillos de su genio agrio, responde ahogándose de tos y de fatiga:

—Dueña de Barrabás: si ves que descanso y que no he menester de tus cuidados hipócritas, ¿por qué me lo preguntas? Y si miras que no, ¿qué necesidad tienes de que te lo diga?

—Bien, señor; no se sofoque su merced por tan poco—exclama, viendo cuán pesadamente esle agradecido su interés.

Y cuando la gente que hay fuera, que es un sobrino del paciente (que espera como cuervo hambriento para caer sobre la carroña); el vicario de Santa María, que ya no volverá á acompañarle en los paseos por la Vega, y un alguacil de la Au-

dencia, la preguntan que cómo va el amo, responde que ó ella sabe poco de estos trances, ó no verá la luz del día. Y llora sinceramente, más que por ley á aquella vida que se apaga, porque se mira vieja y sin amparo, pues si Dios no fué servido de tentar la generosidad del señor licenciado al tiempo de disponer sus negocios temporales, tendr á que agenciarse un puesto de castañas en la puerta de una taberna, que en aquella casa nunca hubo resquicio para las sisas.

Al punto de la media noche óyese como el chirriar de una puerta. Los cuatro lucos del velón que alumbraba la sala oscilan como si una tenue bocanada de viento las moviera.

El ama, el sobrino, el vicario y el alguacil, que habíanse quedado algo transpuestos, despiértanse y recógense sobre sí como si tuviesen frío, aunque la noche no es destemplada, sino plácida y serena. La señora Dorotea, que oyó el chirriar de los goznes, dirige sus ojos hacia la puerta y advierte que fué el gato quien la empujó, único ser á quien el enfermo no gruñó nunca, y que marcha hacia la alcoba con su peculiar parsimonia. Le llama, y el animal, tras de mirarla despectivamente y rezongar, como protestando, continúa hendiendo los carbunclos de sus ojos en las tinieblas de la alcoba...

Poco después entra la vieja fámula, poque acuérdase de que es hora de dar al enfermo aquella cucharada.

La lamparilla se ha consumido.

Llama á su merced, y su merced no responde, ni aun para gruñir... Piensa que se habrá dormido. Torna á la sala, requiere al alguacil para que le ayude á dar la medicina, toman el velón. Entran de nuevo en la alcoba, y, al tiempo de entrar, tropiezan con el gato, que sale como huído. Lejos se oye, agudo y lúgubre, el aullido de un can. Lleganse á la cama y hállanse con que su merced ha roto las pesadas cadenas de esta mundana cárcel...

Visten el cuerpo con la toga de su cargo. Sobre el pecho le han puesto el sangriento lagarto de Santiago, y en las manos, apretadas como hojas de lirio, un Crucifijo de márfil.

La Muerte ha sido poco cruel con el señor licenciado; le ha dejado el rostro sereno, y aún dijérase que algo sonriente, cosa que jamás supo hacerlo la Vida.

La blanca y sedosa barba, que le ha crecido durante la enfermedad, le da el aspecto severo de un religioso anacoreta.

•••••

Comienzan á llegar las gentes que han de acompañar el cuerpo á la parroquia. Camaradas de la Audiencia, algunos señores del Consejo de Castilla, familiares del Santo Oficio, que también él pertenecía á estas magnas instituciones.

Llegan luego los pobres de la parroquia y los niños de la Doctrina, todos ellos dando lastimosas muestras de suciedad, que no parece sino que la roña y la mugre son obligada librea de estos desgraciados, que sólo tienen por oficio el asistir á entierros y procesiones.

Repártense las hachas, cargan los sepultureros con lo que fué en vida un licenciado y, precedidos del clero parroquial con cruz alzada, echan hacia la iglesia.

Dicenle la misa de cuerpo presente, y luego de que es finada la ceremonia despídese la gente del sobrino, único deudo que deja su merced en el Mundo, y que más está para recibir enhorabuena, porque la pingüe fortuna del difunto báilale en el alma con arpegios de argentería.

Vanse todos á la casa mortuoria, y, como si de celebrar un fausto suceso se tratara, sírvese el agasajo, que, en verdad, no es nada miserable, pues el chocolate y el aguamiel corren casi por azumbres y los dulces por libras.

El cuerpo muerto queda solo en la bóveda por todo aquel día hasta la noche, en que le darán entrada en su recinto postrero. Si tiene capilla en que la fundación y el culto corrieron á su costa (y éste sí la tiene, que, aunque avaro, envidioso y colérico, siempre miró por el bien de su alma), daránle entierro al lado de la Epístola, en suntuoso sarcófago que, con retumbante inscripción latina, rezará los hinchados títulos y vanidosos honores de su merced, y aquellas virtudes que no tuvo.

Si fué hombre más modesto, en la misma bóveda se labrará un nicho, por el que se darán dos ó tres reales de fábrica, y allí quedará hasta que, andando el tiempo, reclame otro difunto aquel sitio y vayan á parar los huesos de estotro á la fosa común que hay en el atrio de la iglesia...

DIEGO SAN JOSE

DIBUJOS DE MARÍN

EL CRIMEN DE UN HOMBRE BUENO

TOÑÓN la quería con un cariño firme y honrado. Eso era indudable. Y además Toñón era bueno, á pesar de su rudeza, propia del hombre que se crió en el campo y no pudo contaminarse de los vicios y virtudes de la ciudad.

Y del otro, ¿por qué acordarse? Había sido ingrato con ella. Egoísta como todos los que se dejan dominar por la ambición, la había abandonado sin preocuparse de su pena, por ir al encuentro de la fortuna que en la aldea perdida en la montaña no era posible conseguir. Y desde que marchó no había vuelto á acordarse de su Carmiña, á quien tantos juramentos hizo, á quien supo enamorar con sus palabras dulces y sus promesas falsas.

¿A qué seguir pensando en el infiel Roque, si era un imposible? Y por si no fuese bastante el cariño que Toñón la tenía, y su bondad, el matrimonio con él prometía una vida cómoda, porque Toñón era laborioso y sacaba muy buen producto de su hacienda.

Se decidió, y al poco tiempo de casada considerábase dichosa, porque el cariño de él era intenso y sabía rodearla de bienestar y satisfacciones.

Para el feliz marido reducíase la existencia á su trabajo y á su amor. El día en el campo, dándole su cuido paternal á la tierra fecunda, que le recompensaba con sus cosechas abundantes; desde el anochecer en casa, donde la esposa tenía todo tan limpio y ordenado que daba gusto. En invierno, tibio el ambiente con la lumbre que ardía en el hogar, aquella lumbre alegre, cuyo chisporroteo parecía una canción aromada con las emanaciones campesinas; en verano, tamizada la luz por las cortinas de cretona, las ventanas abiertas á la brisa vespéral, que también traía perfumes suaves de retama y de pinos, era una delicia sentir la frescura anhelada después de tantas horas bajo los rigores del sol de estío.

No ambicionaba cosa mejor. Era plenamente dichoso sabiéndose amado por aquella mujercita, que en su juvenil hermosura compendia todos sus anhelos, prometiéndole las más puras felicidades.

Era celoso de su amor, como de su campo, que le daban el bienestar y la dicha.

Una mañana, al dirigirse á su faena, tras el borriquito que conducía los aperos, vió á la entrada del encinar, donde se bifurcaba el camino, el cuerpo de un hombre boca arriba sobre la tierra.

Al aproximarse observó que estaba herido. Tenía ensangrentado el rostro y hallábase privado de conocimiento. Como respiraba, juzgó más apremiante socorrerle que avisar á las autoridades, y como su casa estaba cerca, no vaciló un momento. El era fuerte, y no significaba un trabajo penoso acomodar el cuerpo exánime sobre la albarda, y como lo pensó lo hizo, no tardando cinco minutos en llegar á su casa.

Carmela lo recibió muy sorprendida, y referido el caso en breves palabras por Toñón, aprestóse á ayudar á su esposo. Entre ambos trasladaronle á su misma alcoba, colocando su cuerpo sobre el lecho. En seguida Carmela dispuso agua para lavarle el rostro, y así que su marido con gran cuidado limpió la sangre que lo desfiguraba, ella, que apresuradamente hacia tiras un trozo de lienzo para convertirle en vendas, al fijar su atención en aquel semblante, sintióse paralizada por un intenso escalofrío. Atento á su faena, el esposo no lo advirtió. Observaba cómo al sentir la frescura de la esponja humedecida sobre las sienes, el herido iba recorriendo el conocimiento.

—Mira, Carmela: ya vuelve en sí. No parece grave la herida.

Poco después el paciente, que era un mocetón guapo y robusto, abrió los ojos, y al pasar su mirada absorta en derredor suyo y fijarse en la joven, el gesto de estupor que se marcara en su semblante hizo enrojecer á ella.

Pero el marido atribuyó aquella especie de sofoco á la impresión causada por el hecho en el ánimo de su esposa, y ni por un instante tuvo desconfianza.

Desconocía aquel escarceo amoroso de Carmela,



anterior á su matrimonio, y considerábase, felizmente, el único que había conmovido su corazón.

Pasados unos días, ya convaleciente el herido, mediaron mutuas explicaciones; pero en ellas reservábase éste todo aquello que podía infundir sospechas al marido de la que fué su novia en otro tiempo.

Al preguntarle Toñón cómo se había causado las lesiones en la cabeza que le privaron de conocimiento, dióle una ambigua respuesta: Unos desconocidos que le agredieron, seguramente para robarle, sabiéndole con algunos posibles, aunque no lograron su propósito por no haber podido dar con el dinero, que llevaba escondido bajo las ropas interiores.

Y cuando Carmela añadió que debía participarse el hecho á la justicia, él se opuso resueltamente: —La cosa no ha sido nada, y ya bueno, gracias á ustedes, ¿á qué buscar enredos con la curia? Lo que sí quisiera es corresponder á los favores que he recibido, y ustedes van á permitirme que los haga un pequeño regalo.

—Nada—dijo el esposo de Carmela—. En hacer el bien que á uno se le alcance no hay favor.

—Pero esto no es pago. Para que su mujer pueda mercarse alguna cosa de su gusto, en recuerdo mío. Y ofrecía un billete de cien pesetas que sacó de un envoltorio que llevaba oculto en el pecho.

—No lo tome á desaire; pero ni ella ni yo podemos aceptarlo.

—¡Bien está!... Entonces, ya sé cómo debo portarme para corresponder.

Y no tardó mucho en saberlo Toñón.

Caviloso y apesadumbrado, á pesar suyo, sin poder explicarse la causa, al regresar una tarde de su faena, un poco más temprano que de costumbre, dióse de manos á boca con la traición, cuyo vago presentimiento era causa de la inquietud que aquel anochecido le impulsó á emprender antes el regreso á su casa. Desde la corraliza oyó la plática que su mujer sostenía con el mozo á quien tan generosa-

mente socorriera. Y como, ya repuesto Roque, habiase marchado, despidiéndose del matrimonio dos días antes, aquella visita inesperada le pareció tan sospechosa, que le hizo sentir una aguda punzada en el corazón. Detúvose, y al amparo del muro prestó atento oído.

Hablaban quedo; pero él pudo escuchar lo necesario para darse cuenta de todo.

—Tú me quisiste, Carmela—bisbiseaba Roque—; no lo niegues ahora.

—Y no lo niego. Te quise como no merecías. Pero tu traición me curó del querer. Aquello está olvidado.

—Pero no eres dichosa con Toñón. Tú me quisiste de veras, y cuando se quiere así no se olvida nunca.

Contenía el pobre Toñón á duras penas los latidos torturantes de su pecho. ¿Qué iba á escuchar de labios de su esposa?

—Pero cuando se es honrada—la oyó decir con tono firme—, no se hace traición al hombre con quien una se ha unido para toda la vida. Si tú no fueses un infame, no me hubieras dicho palabra de eso, ni hubieras venido á espaldas de él, pagando de este modo ruín lo que le debes.

Parecióle á Toñón que, sobre la angustia que le hacía temblar, estas palabras de su mujer caían como un rocío bienhechor. Hubiera entrado para acabar con aquella escena que, aplacando de momento su ira, acrecentábase después, concentrándola sobre el malvado que pretendía robarle lo que por ley de Dios era suyo, y lo que él más quería; pero la voz del mozo le contuvo:

—De que te he visto ahora, he comprendido que te quería más de lo que yo me figuraba. No podré ya dejarte. Estoy dispuesto á jugármelo todo por ti. Dices que debiera tenerle gratitud á ese hombre, y solamente es odio lo que siento por él.

—¡Porque eres malo!... ¡Vete! Puede llegar de un momento á otro.

—No le tengo miedo.

—Pero si te viera, podría dudar de mí, y no quiero que dude ni que sufra.

—Sin que me des una esperanza, no me voy.

—No he de dártela.

—Peor para ti. Yo no renuncio, y darás ocasión á que tu marido sospeche. Si no fueras arisca, podríamos vernos cuando él estuviera en el campo. Ya me las agenciaría yo para que no nos sorprendiese.

Toñón no pudo más. Entrando en la casa, encajóse con el malvado:

—¡Iba á ser muy difícil eso!—le dijo con la voz temblorosa. Y antes de que el otro se recobrase, añadió:—¡Es así como tú pagas el bien que se te ha hecho, mal hombre!

—¡Y de todos modos!

—¡Fuera de aquí, si no quieres que te eche á estacazos!

Y como el otro, en son de desafío, permaneciese quieto, sonriente y desdeñoso el semblante:

—¿No me oíste?—añadió ya fuera de sí.

Carmela se interpuso angustiada.

—¡Vente conmigo al campo!—dijole en jaque el retador.

Y ya fueron inútiles los ruegos de Carmela, sus gritos suplicantes, los desesperados esfuerzos que hizo para evitar la lucha. Toñón había cogido la azada con nerviosa mano, y siguiendo á Roque:

—¡Espérate, ladrón!—le dijo, presumiendo que huía en la obscuridad.

Esperábase el otro con la navaja abierta, dispuesto á acometerle. Pero no tuvo tiempo. Toñón, de un rudo golpe, clavóle la azada en la cabeza, y el mozo cayó pesadamente, los brazos en cruz, empapando de sangre el suelo en torno suyo, á la vez que Carmela desgarraba el trágico silencio de la noche con un grito estridente.

Y así fué cómo el pobre Toñón, hombre bueno, feliz y obscuro, pasó de un día á otro de la placidez de su vida ignorada á la triste celebridad que adquieren los malvados cuyos crímenes espantosos horrorizan á las sencillas gentes que se juzgan incapaces de cometerlos.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

DIBUJO DE ECHEA

‘‘ EL MINUÉ DEL BUEY ‘‘

EL señor marqués está desconcertado. No lo dice su servidumbre solamente por el desconcierto con que acaricia su violoncelo, en el arte de tañer el cual es maestro insuperable, sino porque, sin transición y bien se ve que meditando, se va de un autor á otro de sus favoritos en la música «da camera».

La noche anterior fué mala para el señor marqués.

Hacia tiempo que el señor marqués creía advertir cierta frialdad, enojosa para él, en su linda esposa, demasiado joven, elegida demasiado tarde para sus cincuenta y cinco años, después de treinta más que galantes. Pero unos estudios de Haendel, en los que anda enfrascado, le han sorbido el seso lo bastante para impedirle meditar y contrastar su sospecha. Pero la noche anterior, en la reunión de sus primos los duques, se le juntaron dos envidiosos de su dicha, porque dicha es no ver lo que daña á la vista y al corazón, y se empeñaron en destruirla con retencias insidiosas.

—El señor marqués no debía pasarse la vida tocando el violón, como hace... Es un ejercicio que no sienta bien á los casados...

Y el señor marqués, á quien le cuesta un trabajo enorme el discurrir y mucho tiempo el comprender el sentido más inocente de cualquier frase, solamente ha podido entender que le llamaban violón á su violoncelo, y no ha sabido más sino enojarse de ver así, tan despectivamente calificada, su adorada caja de armonías, el instrumento musical más dulce para todo melómano experto. De tener los mismos años que el injuriador—injuriador, á su lento juicio, del instrumento—, le habría provocado á un terrible duelo. Hase conformado con darle una lección de terminología musical, que más le valiera habérsela callado. Porque el otro chusco, envidioso de su dicha, ha añadido muy serio:

—El señor marqués no ha visto la inocencia de las palabras de nuestro amigo. Ya comprendo que merecen meditar para alcanzarla. Cuando el señor marqués, tan reflexivo, las rumie, verá que no había razón para salir en defensa de su caro violoncelo, porque nadie le ha ofendido... á él...

Y los circunstantes han reído al oír el verbo rumiar...

—A propósito, marqués... Anoche oí á Comas, que se dice descendiente de aquel otro, más famoso, desde luego, del siglo xvi, tocar una pieza de Haydn, el cisne de Alemania, muy linda y que está logrando gran boga, *El Minué del Buey*. Primorosa pieza, de no pocas dificultades, y que, sin embargo, al oirla me recordó vuestra maestría para vencerla, aparte las facultades enormes y realmente extraordinarias que poseéis para ejecutarla. Probad y os convenceréis de que ninguna otra pieza va tan bien á vuestro temperamento como ese famoso *Minué del Buey*.

Y como observara que el señor marqués advertía á su vez las risitas con que la proposición y la lisonja insidiosas habían sido acogidas por los presentes, añadió muy serio y lagotero:

—No hay maestro que os iguale en esas obras para las cuales se necesita un carácter extraordinario...

Y ahora el señor marqués está tocando y á la vez rumiando, como dijo el otro, las ocurrencias de la víspera...

Y se le juntan en revuelto mare mágnum la atribución de pasarse demasiado tiempo tocando el violón, de que es ejercicio poco favorable al matrimonio, y finalmente al hallar el señor marqués en su memoria la recomendación de ensayar *El Minué del Buey*, su arco hace tales cosas, tan extrañas, en el instrumento, que los criados se preguntan si se ha vuelto demente, y está improvisando alguna pieza al estilo de las de Clemente Jannequin, el músico francés, el de la mala ocurrencia de inventar las llamadas sinfonías militares en el siglo xvi, aspirando á imitar en ellas las detonaciones del cañón y de la mosquetería, el fiero chocar de las armas, los alaridos de dolor, los gritos de cólera... música descriptiva en pecar con la cual también in-

currió el músico favorito del señor marqués, el gran Haendel, con su imitación de la caída de la nieve en el campo y de los saltos de las langostas sobre las mieses...

Y, tras la puerta, un abate y una camarera de la señora marquesa discuten acerca de lo que pretende imitar ó describir el señor marqués...

El abate, pretendiente de los encantos de la camarera y sabedor de que el mejor camino para conseguir los de cualquier fémica es el de provocar su risa, dice muy serio:

—Tengo para mí que el señor marqués pretende pintar con su violoncelo el diabólico momento en que von der Rosen, el bufón del emperador Segismundo de Alemania, construía por escala un original órgano con gatos atados por la cola á las teclas, de modo que cuando las tocaba, los levantaba colgando del rabo á tal altura, que los animalitos no tuviesen más remedio que maullar de dolor, lo que era muy gracioso... Eso es lo que parece describir ó imitar ahora el señor marqués: las melodías de los gatos colgados por la cola, intercaladas con los bastonazos que el emperador debió darle al bufón, por bárbaro...

Riendo, la camarera, que en su zafiedad creía lanzar una graciosa ironía, le replica:

—Habló el buey y dijo: «Mu».

—¿Decís eso por el violoncelo de su excelencia, ó por el señor marqués?

El señor marqués lo ha oído y ha oído las risotadas...

Y ha llamado rápidamente á la camarera. Y muy serio y muy solemne, ha cerrado con sigilo todas las puertas, ante el temblor de la aterrada camarera. La ha llevado, muy enérgico, á un aposento reservado. Y no sé qué terrible castigo le ha infligido; lo cierto es que un rato después, al devolverla á sus quehaceres, le ha soltado, entre serio y sonriente, estas enigmáticas palabras:

—Ahora le dices á tu novio que está en las mejores condiciones para aprender á tocar *El Minué del Buey*...

Y se ha creído desquitado de la mala noche de la víspera y de todas las frialdades de la señora marquesa.

ENRIQUE GONZALEZ FIAL

DIBUJO DE MARÍN



DEL SOLAR ARAGONÉS

CÓNCLAVE FAMILIAR

AQUELLO no tenía remedio; la abuela se moría. Su edad, sus achaques no permitían abrigar esperanza de salvación, y era preciso avisar sin demora á todos los parientes, que no eran pocos ni todos habitaban cerca. Telegramas, cartas, propios... Todos los medios fueron utilizados al efecto.

Y como en aquellos riscos pirenaicos se vive casi—y sin casi—en completo aislamiento del mundo, están de más hoteles, fondas y aun posadas. Pues «la función hace el órgano». Y no habiendo viajeros... ¡Viajeros!... ¡Si no hay tampoco caminos!... ¡Si allí, como signo de civilización y de progreso, son desconocidos toda clase de vehículos rodados, sin excluir el carro de mulas!... ¡Como que en el lugar de mi cuento—de mi historia, que historia es, y muy verídica—se anunció en cierta ocasión la llegada de un carro, que había de subir á aquellos vericuetos utilizando como vía... el cauce del riachuelo que pasa cerca del lugar; y aquel día se suspendieron todos los trabajos, y el pueblo entero acudió á presenciar el suceso, como hoy se acude en otros pueblos á ver llegar la primera locomotora..., y como pronto acudirán gentes á contemplar el arribo del primer avión con viajeros y correo.

Pero... ¡ibamos?... ¡ibamos?... ¡Ah, sí!... En que los parientes de la abuela habían sido llamados y debían de llegar pronto. Y no habiendo posadas en aquellos andurriales, los parientes forzosamente tenían que hospedarse en la casa presuntamente mortuoria. Y esa triste presunción, que obligaba á convocar, exigía la previsión en abastecer, no sólo para el sustento de los invitados, sino para la celebración del obligado banquete, que siempre, en tales casos, tiene lugar, presidido por el jefe de la familia. Y entre las provisiones estaba la del vino, que hay que traer de muy lejos, porque allí, ¡ay!, no se conoce la vid.

Un telegrama urgente llevado por peatón á Anso hizo el milagro de que llegara rápidamente el vino—un vino viejo del Somontano—, que, al decir de la gente de buen paladar, reanimaba á las piedras y resucitaba á los muertos. Y en cuanto llegó el preciado líquido, el tonel que lo contenía ocupó... ¡cosa más rara!..., el puesto de honor de la casa... Vale decir, la sala misma donde se hallaba la anciana enferma, y frente á la alcoba donde ésta se hallaba. Y esto no por idolatría al licor báquico, sino por falta de espacio en otros departamentos.

Y al pueblo fueron acudiendo los deudos con más ó menos celeridad, según la distancia, las ocupaciones, los medios de comunicación y... los ánimos que cada uno tenía para asistir al cónclave familiar, siempre convocado en tales casos, y cuya falta, de no estar justificada, suele considerarse como grave pecado... Tal es la tradicional costumbre en el Alto Aragón y en la Navarra Alta.

Vivían en la casa con la anciana una hija, el yerno y un niño de pocos años, Lorencico, hijo de entrambos, el cual revelaba ya las condiciones de su futuro carácter... El de la raza toda, forjado en las durezas de aquella infecunda tierra, tan admirable y grandiosa para el artista que ingrata para el hombre, á quien hace ganar el pan con algo más que el sudor de su rostro y con invertida usura, porque si otras tierras dan el ciento por uno, aquélla rinde el uno por ciento. Y de ella puede decirse, como del busto de la fábula, que es hermosa, pero sin *sese*. Y como la generosidad y la esplendidez están en razón inversa del trabajo que cuesta ganar el dinero, la prodigalidad es algo desconocido en el Alto Aragón.

Digo, pues, que el niño revelaba ya el carácter de la raza, en la que no es el sentimentalismo lo que predomina.

o-o

Conforme los deudos iban llegando veían á la enferma, á la que encontraban relativamente lúcida y todos acababan por hacer la misma pregunta:

—¿Pero qué es lo que tiene la abuela?

—Según el médico..., mal de vejez. Y su vida se apaga como la luz de un candil al que va faltando el aceite—contestaban los hijos de la anciana.

—¿Pues el peligro no parece tan inminente!...

—El doctor dice que sí... Luego vendrá y veremos.

Todo esto se hablaba, naturalmente, en otro departamento del que ocupaba la enferma. Y mientras tal sucedía, el rapazuelo Lorencico entraba y salía á la sala de la anciana, que se complacía en ver á su nieto. Una de las veces que aquélla abrió



los ojos los fijó por casualidad en el tonel de vino que se hallaba en un rincón del frente.

—¿Qué es eso?—preguntó al niño.

—Vino, abuela.

Y..., ¡cosas de ancianos!..., quiso probar el preciado líquido.

—Dame un poco, Lorencico—dijo al rapazuelo.

Y éste, incauto y obediente, abrió el grifo y le llenó un vaso. Sorbiólo la abuela, y al apurarlo se sintió muy reanimada... ¡Leche de anciano hay quien llama al vino!

A poco llegó el médico, la vió, y cuando, ya fuera, le preguntaron, contestó:

—La encuentro muy reanimada... ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!... Mañana volveré.

Y la noticia..., ¡la humanidad es así!..., no alegró á todos... ¡El penoso viaje!... ¡El abandono de quehaceres!... ¡El parentesco de afinidad!... ¡Ellos esperaban despacharse pronto!...

Y volvió el galeno al día siguiente... y la encontró más reanimada. ¡Parecía que en aquel candil echaban aceite!... ¡Como que el nietecito había obsequiado á la abuela con algún que otro vasito de añejo!...

—¡Vaya! ¡Vaya, qué cosas tiene la abuela!—decían algunos deudos impacientes después de oír al médico.

—Y las provisiones que...—añadían otros en voz baja..., aunque no tan baja que Lorencico no las oyera... ¡Pero quién se cuida de niños!...

o-o

—Lorencico, hijo mío, ¿estás solo?—preguntó la enferma.

—Solico. Están todos en la sala.

—Pues anda, maño, dame otro vasico...

Y el rapaz, plantándose como un hombrecito, replicó á la anciana:

—¡Abuelica!... ¡Ya no hay más vino!...

—Pero, hijo, ¡si es que con él me siento revivir!...

—Pues ¡no revivas, abuelica, no revivas..., que el gasto ya está hecho!—replicó el rapaz.

o-o

Cuando llegó á la casa el doctor se había acabado el aceite... Y los parientes pudieron regresar á sus hogares.

G. GARCIA-ARISTA Y RIVERA

(C. de la Real Academia Española)

DIBUJOS DE ECHEA



Echea

E L P E R D Ó N



MEDIODÍA. El pequeño café galante, estilo «americano», con sus veladores de juguete, sus sillas incómodas y su mostrador, al que por las tardes una clientela pintoresca de ociosos ricos, artistas, rufianes y cocotas se acerca como á un abrevadero, yace desierto y anegado en una suave penumbra de alcoba. Los visillos rosados de las ventanas tamizan la luz discretamente; adornan los muros, revestidos de damasco color salmón, algunos «desnudos», y en el pequeño local, que huele á perfumes y á cigarrillos orientales, se oye latir un reloj; un reloj minúsculo, frívolo y nervioso, como un corazón de mujer.

En el ángulo más recogido una aventurera, espantosamente maquillada, pero bonita y joven, fuma despacio, bebe á sorbos lentos un *cock-tail* y escribe. A veces quédase indecisa, la pluma suspendida sobre el papel y los bellos ojos fijos en el techo, cual si buscase allí una frase ó un recuerdo; y luego, con inspiración súbita, vuelve á escribir.

En la calle llueve torrencialmente; uno de esos aguaceros de verano, densos y ruidosos, en que las gotas caen tan copiosas que se alcanzan y componen un fantástico varillaje de plata.

Bruscamente, huyendo del chaparrón, irrumpe en el café el duque de Hale. Es moreno y de distinguidísima presencia. Representa treinta años. Sin perder momento ocupa una mesita de las contiguas á la pared, bate palmas y comienza á atusarse el negro bigote con el gesto rápido del hombre que tiene prisa.

Un camarero, con frac y calzón corto, acude diligente.

CAMARERO.—¿Qué manda el señor?...

EL DUQUE.—Un *lernet* y recado de escribir.

CAMARERO.—En seguida.

La aventurera, que conoce al duque de vista, le observa atentamente; y cuando sus ojos se encuentran sonríe y esboza un saludo. El demuestra no advertir la insinuación y mira á otro lado. Por dos veces consulta su reloj; prende un cigarrillo...

CAMARERO (volviendo acelerado).—Servidor de usted. Si la pluma no es buena, el señor dirá...

EL DUQUE (*distráido*).—Sí. Gracias... Es buena...

Vase el camarero. El duque de Hale reflexiona unos instantes, lanza un suspiro que pinta en el espacio una columna de humo azulado, sonríe y empieza á escribir:

«Mi preciosa *Lulú*: ¿Estás enfadada por mi informalidad de anoche? Si es así, debes apresurarte en desarrugar el morrito, porque no son palabras malas de reproche, sino palabras de consuelo y alivio las que tus dulcísimos labios han de prodigarme.

El aristócrata se detiene, trasiega un largo sorbo de *lernet* y continúa:

«¿Me aguardaste hasta muy tarde? ¡Pobrecita!... Y yo entretanto consumiéndome de impaciencia acaso por ti más que por mí mismo. Sucedió lo siguiente: Al salir del teatro yo esperaba que, según costumbre, mi mujer y su madre regresarían solas á casa en el *auto*. Pero mi «costilla» empieza de pronto á quejarse: «¡Ay, Manolo..., que tengo frío!... ¡Ah!...» Y yo, que aún no he acariado la probabilidad de enviudar: «¡Eso no es nada! Abrígate.» Y ella: «Mi malestar es interior; mis manos están heladas... Toca. Mi cabeza, en cambio, arde... Toca...

¿Habré cogido una pulmonía?... ¡Por Dios, no vayas al Casino; por una vez... No me dejes sola ésta noche...» Y mi suegra: «¡Ay, sí, sí..., Manolo!... La niña está que arde; tóquela usted!...» Yo repuse: «Señora: ¿usted cree que yo no sé cumplir con mi obligación?...» Y me quedé en casa. ¿Qué remedio? Pero no quieras saber, *Lulú* de mi alma, la noche que he pasado!... ¡Qué inquietud, qué rabia, qué deseos calenturientos de volar en tu busca!... No podía leer; tampoco podía dormir... Y mi esposa, entretanto, roncando apaciblemente... ¡Oh!... La primera ley en favor del divorcio debió de ser redactada después de una noche así.

El duque piensa: «Esta frasecilla está bien». Y una claridad de buen humor ilumina su rostro. Prosigue:

«Espérame esta tarde á las cinco, como siempre. Todavía nos separan cuatro horas; una eternidad. ¿No es cierto que cuando los relojes nos traen la felicidad caminan más despacio?...

Hasta luego, pues. Te adoro, ni alma; te siento sobre mis rodillas, te estrecho contra mi corazón hasta hacerte daño y te como á besos...»

El duque vacila. Medita: «Esto de «comerse» á besos á una mujer se ha dicho mucho; es una especie de clisé un poco salvaje... Es una frase de pueblo mal alimentado; una frase genuinamente española...» (*Sonríe.*) «Buscaré otra...» Automáticamente tacha el «como» y permanece indeciso, esperando la inspiración. De pronto escribe: «Limo». (*Con una exclamación de júbilo.*) «Ahora está bien: «Te limo á besos.» Es una hipérbole nueva y, por de contado, mucho más elegante. «Limar» una carne á besos equivale á suavizarla, á pulirla con nuestros labios... ¡Definitivo!...»

Dicho esto desliza la apasionada misiva en un sobre, en el que escribe una dirección, y sale del café.

El aguacero ha cesado. La calle, húmeda, limpia y llena de sol, ríe como una boca joven.

o-o-o

EL TELÉFONO.—Trin..., turrín..., trin..., trin..., trin...

UNA DONCELLA.—¿Quién?

TELÉFONO (*con voz grave, de hombre*).—¿La casa del duque de Hale?

DONCELLA.—Aquí es.

TELÉFONO.—¿Con quién hablo?

DONCELLA (*vacilando*).—Con una doncella.

TELÉFONO.—¿Está la señora duquesa?

DONCELLA.—No sé decirle á usted.

TELÉFONO (*imperativo*).—Diga á la señora que acuda inmediatamente al aparato.

DONCELLA.—¿De parte de quién?

TELÉFONO.—De la casa de Socorro del distrito del Congreso.

DONCELLA (*inmutada*).—Voy á avisarla. No se retire... (*Precipitándose hacia las habitaciones de su ama.*) ¡Señora!... ¡Señora!...

LA DUQUESA (*alta, rubia, extraordinariamente decorativa*).—¿Qué sucede, Juliana?

DONCELLA.—¡Corra usted al teléfono!... ¡Corra!...

DUQUESA (*palideciendo*).—¿Han llamado al teléfono?

DONCELLA.—Sí... Sí...

DUQUESA.—¿El señor?... (*Da un grito.*)

DONCELLA.—No. No es el señor... ¡Corra usted!... No sé... No he entendido bien...

LA MADRE DE LA DUQUESA (*apareciendo, trémula*).—¡Hija mía!... ¿Por qué te asustas?...

LA DUQUESA.—¡Madre!...

Las dos mujeres se abrazan, como si presintiesen la llegada de un terrible dolor y quisieran defenderse mutuamente contra él. Luego, sin hablar, lividas, se dirigen rápidas al teléfono.

DONCELLA (*caminando tras de ellas*).—¿Dios mío!... ¡Dios mío!...

LA DUQUESA.—Es la misma duquesa de Hale quien está en el aparato. ¿Con quién hablo?

TELÉFONO.—Con el médico de guardia de la Casa de Socorro del distrito del Congreso.

LA DUQUESA.—Dígame.

TELÉFONO.—El señor duque acaba de sufrir un accidente.

LA DUQUESA (*cuyo rostro se convulsiona por instantes de un modo espantoso*).—¿Cómo?... ¿Un accidente?...

TELÉFONO.—Sí, señora.

LA DUQUESA.—¿Grave?...

TELÉFONO (*tarda en responder*).—Sí, señora; grave.

LA DUQUESA (*alocada*).

—¿Ha muerto?

El teléfono calla.

LA MADRE DE LA DUQUESA.—¡No digas eso!...

¡Jesús!... ¡Déjame hablar á mí!...

LA DUQUESA (*metiendo los labios en la bocina, mientras forcejea con su madre, que intenta arrebatársela el auricular*).—¿Ha muerto?... ¿Ha muerto mi marido?... (*El teléfono no responde.*) ¡Hable!... ¡Se lo ordeno..., se lo suplico!... ¡Hable!... ¡Quiero saber la verdad!...

TELÉFONO.—Hace unos momentos salía de un café...

LA DUQUESA (*febril, sin poder contenerse*).—Sí, sí... De un café...

TELÉFONO.—Y al cruzar la calle...

LA DUQUESA.—¿Continúe!... Al cruzar la calle...

TELÉFONO.—Fue derribado por un tranvía...

LA DUQUESA (*que no tiene paciencia para oír*).—¿Y ha muerto? (*Silencio.*)

¿Ha muerto?... ¡Diga!...

¡Diga!... ¡Diga!... (*Su voz se hace estridente, se rompe.*)

DONCELLA.—¿Han cortado la comunicación?

LA DUQUESA.—¡No! ¡No han cortado la comunicación!... Es que no quieren contestarme. No se atreven... (*A su madre.*) ¡Mamá!...

mamá!... (*Estalla en sollozos.*)—A Manuel de mi alma le ha matado un tranvía...

LA MADRE DE LA DUQUESA (*llorando*).—No, hija, no... Dios no lo querrá...

LA DUQUESA.—¡Sí, mamá, sí!... Mi malestar de anoche era un presentimiento...

(Se desvanece).

•••••

Dos años después. La acción en una vetusta iglesia provinciana, resonante y tenebrosa, sobre la que pasaron solemnes más de ocho siglos; una de esas maravillosas basílicas españolas levantadas sobre los cimientos de algún templo románico, y que, eternas como el Tiempo, parecen destinadas á presenciar la muerte del sol.

La duquesa viuda de Hale, de hinojos ante un confesionario, trata de

purificar su alma con el arrepentimiento de sus culpas—de su única culpa—, y sus palabras resuenan en el silencio místico con un bisbiseo turbio y monótono.

El confesor es viejo y de eremítica delgadez; en la obscuridad de su sitial, su cráneo calvo y pálido, ennoblecido por la meditación, ofrece la claridad triste del marfil.

EL CONFESOR (*moviendo lentamente una mano flaca y amarilla, de dedos extendidos; una mano que no quiso nunca nada para sí*).—¿Es posible, Señor, que las raíces del odio sean tan fuertes..., tan profundas? (*Pausa.*) Es necesario perdonar, hija mía.

DUQUESA (*la voz humilde*).—No puedo, padre.

CONFESOR.—Supérese á sí misma y perdone; lo único que limpia nuestras almas es el perdón.

DUQUESA.—Igual recomendación me hizo usted el año pasado.

CONFESOR.—Bien lo recuerdo; y por no haberme obedecido me fué imposible absolverla. (*Con acento dolorido.*) ¡Lo mismo ocurrirá este año!...

Un silencio.

DUQUESA.—¿Cree usted que no he batallado por seguir su consejo?... ¡Oh, sí!... Pero este rencor de que estoy saturada es más fuerte que yo. Soy la que era, la que usted conoce..., ni mejor ni peor... Mi espíritu no ha variado en un ápice; nada se ha

renovado en él, y todos los recuerdos, aun los más nimios, conservan intacta su horrible vivacidad. Yo amé á mi marido como urtedes nos recomiendan amar á Dios...

CONFESOR (*interrumpiéndola presuroso*).—¡No blasfeme usted!

DUQUESA.—Sí... Le amé infinitamente, porque por él, á través de él, de su cariño..., todo, cielos y tierra, me parecía bello y digno de ser amado. (*Su semblante se oscurece.*) Hasta que... de pronto...

(*Calla unos instantes y luego continúa, como en un monólogo.*) Si me hubieran hablado de su traición, la herida no hubiese sido tan venenosa. Contra lo desagradable que oímos se lucha bien, porque las palabras insanas nuestro mismo amor poco á poco las modifica..., las borra... Pero su traición nadie me la explicó; yo la vi... ¡La vi!... Y lo que nos entó por los ojos el alma no lo olvida jamás. (*Sus manos empiezan á temblar.*)

CONFESOR.—Cálmese... Cálmese...

DUQUESA (*hablando consigo misma y olvidada del cura*).—A mi esposo le trajeron á mi casa muerto; el tranvía le había destrozado el cráneo... Yo perdí los sentidos y después la razón. Estuve loca varios meses... Ya recobrada la salud, un día, registrando en un armario, descubrí varios objetos que me arrancaron un torrente de lágrimas; allí estaban el reloj de Manuel, sus sortijas, su cartera, un pañuelo bordado por mí... «Era todo lo que llevaba sobre sí el día en que murió», me dijo mi madre. No sucedió más y cerré el armario; aquellos recuerdos demasiado queridos me daban miedo. Otro día sentí la necesidad de volver á verlos, de palparlos..., de besarlos... Dentro de la cartera había una carta cerrada y dirigida á una mujer... ¿Qué pasó por mí entonces? Nunca sabré explicarlo; pero me quedé fría..., rígida..., muda... Luego pensé: «¿Debo leerla?...» A veces me parecía que no, que yo no tenía derecho á conocer lo que la Muerte dejó en el misterio. Sin embargo, la curiosidad—una curiosidad que casi era ya un dolor—renacía invencible. Aquel sobre hermético atraía; yo adivinaba el pecado escondido en él; era como una puerta tras la cual cuchicheasen dos amantes, y que invitaba á espiar... ¡Y al fin violenté su enigma!... ¡Ah!... ¿Por qué lo hice? (*Llora.*)

CONFESOR.—Rompa usted esa carta.

DUQUESA.—En mil pedazos la rompí; mas ¿qué adelanté si la sé de memoria?... (*Con ira.*) Todo lo que allí el perjuró decía de mí está escrito con letras de fuego en mi corazón.

CONFESOR.—Perdón, señora; perdón para los que ya fueron juzgados...

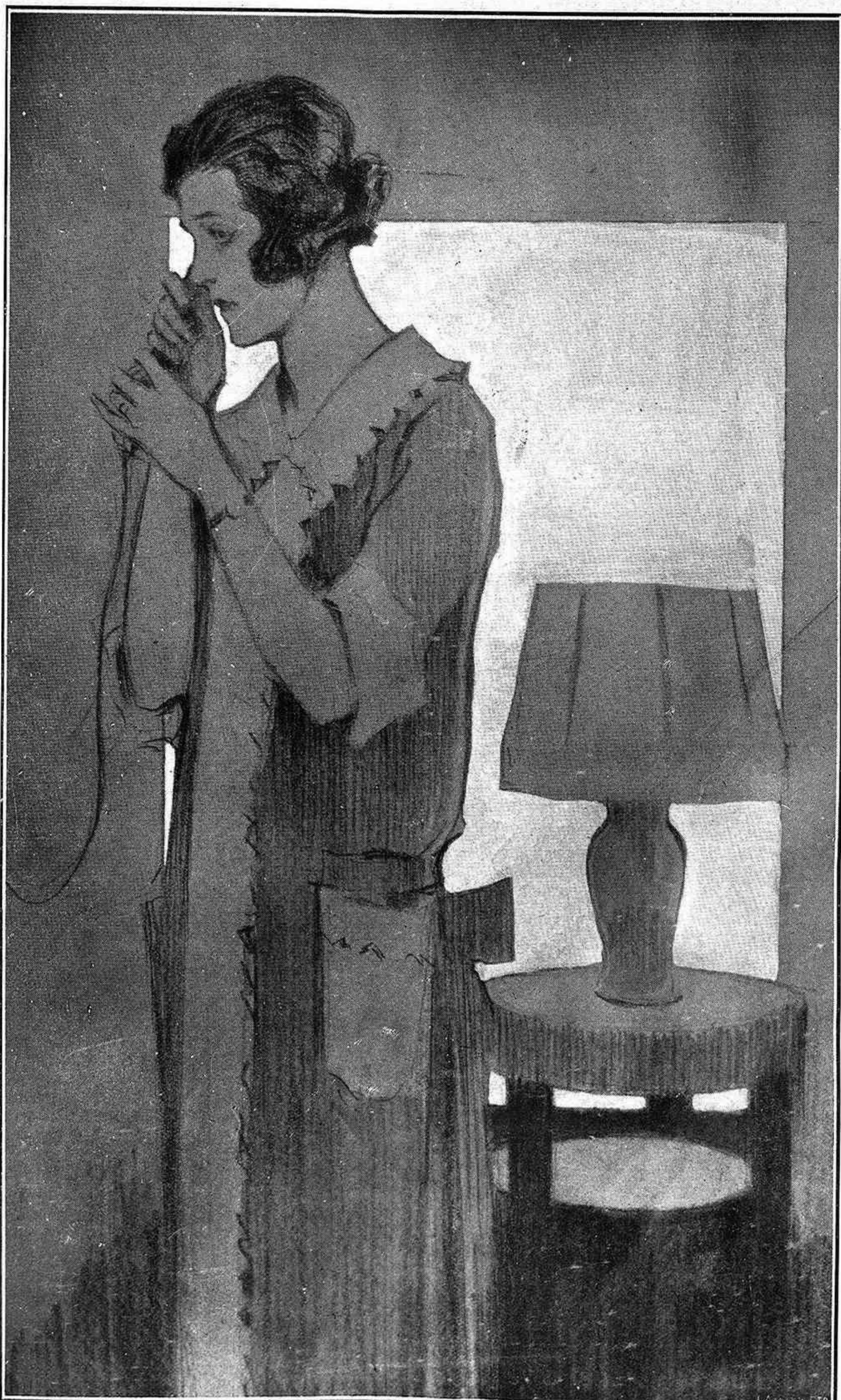
Desde la torre descendían pausadas y retumban sonoramente en el silencio de la iglesia cinco campanadas.

DUQUESA (*mordiéndose las manos*).—¿Oye usted?... ¡Las cinco de la tarde!... La hora en que los celos me atormentan más; la hora maldita en que «él» iba á verla... todos los días...; «como siempre»... decía en su carta. (*Enloquecida.*) ¡No! ¡No le perdonaré jamás!... Aunque mi alma se condene, no le perdonaré nunca... ¡Nunca!... Además, ¿para qué salvarme si él no ha de estar conmigo?...

CONFESOR (*elevando los ojos al cielo*).—¡Señor: perdónala! ¿Pero cómo la castigarías si la hiciste así?

EDUARDO ZAMACOIS

Dibujos de Echea



EL PABELLÓN ESPAÑOL EN VENECIA

La vocinglería lamentable, el triste espectáculo que se forman en torno á las bienales ferias de medallas han agravado el silencio y el olvido en que suele tenerse nuestra aportación anual á las Exposiciones de Venecia.

Ello es injusto; acusa hasta qué punto las manifestaciones de arte sufren en España—y fuera de España, si son españolas—el desdén y el abandono de quienes debieran protegerlas, alentarlas y divulgarlas en condiciones honrosas.

Extraviada la atención pública por lo que hay amontonado en el Palacete del Retiro y por las luchas—ajenas al arte—de sus alledaños, no se han enterado que por primera vez el arte español *está en su casa* en la Internacional de Venecia.

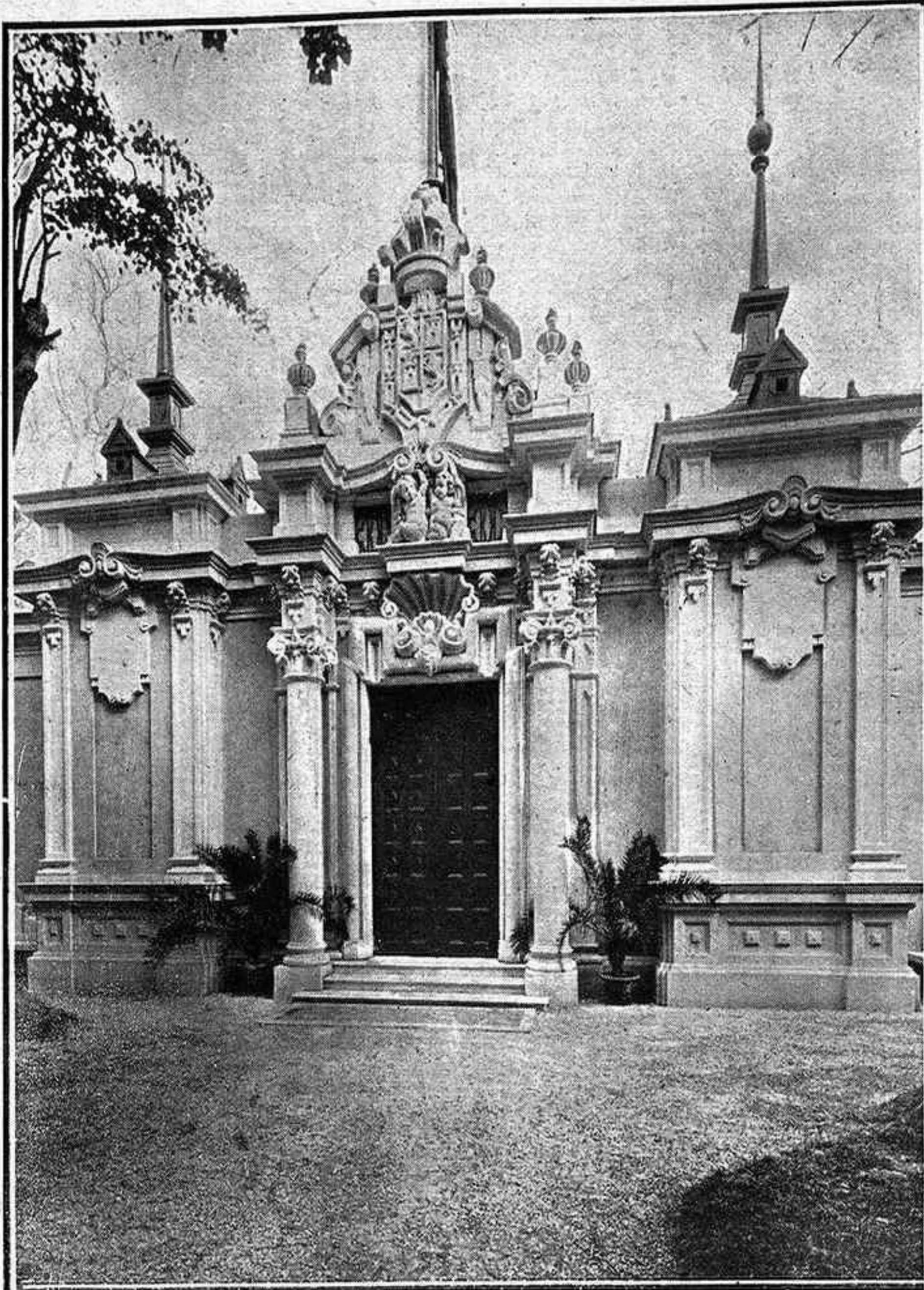
Y aposentado con toda señoría, según reconoció el Rey de Italia al inaugurar nuestro pabellón. Apenas traspasó el umbral del vestíbulo y puso el pie en el magnífico salón central de doce metros de largo y tapizado como las demás salas con las espléndidas telas fabricadas por Fortuny y Madrazo, exclamó:

—¡Este es un pabellón de Señores!

¡Señoría no sólo de la forma, sino del alma, la del arte español que España es la primera que se obstina en desvirtuar, en desconocer y en desatender! ¡Señoría que el año actual ha hecho del pabellón nacional en Venecia el más atrayente conjunto de belleza reconocido por los extraños!

No se puede completar la frase corriente con la palabra «propios» porque apenas si hubo cuatro españoles, contando á Mariano Fortuny y Madrazo, que residé en Italia, y á Graciano Macarron, que fué enviado oficialmente para instalar las obras con sus habituales é insustituibles condiciones de actividad y competencia.

Pero, en cambio, mientras las demás naciones enviaban representantes suyos á artistas, á críticos, á conferenciantes; mientras procuraban que se realizara el valor de los envíos con la noble propaganda de la palabra y del artículo y se defendían los intereses del arte de un modo más práctico—y al mismo tiempo espiritual—que clavando los cuadros y fijando las estatuas sobre sus pedestales para abandonarles en un largo silencio y una pobre orfandad de seis



Fachada principal del pabellón español en la Exposición Internacional de Venecia, obra original del insigne arquitecto Francisco Javier de Luque

meses, España ha creído que bastaba esto último y no se ha vuelto á ocupar de la Exposición de Venecia, tan digna de atención oficial siempre, pero más que nunca este año.

Cuentan los que allí estuvieron que el día de la inauguración, ante el legítimo respeto y el lógico asombro de los artistas, directores de Museos, críticos y periodistas llegados de todo el mundo para defender y exaltar los pabellones respectivos, se sintieron empujados y humillados del solitario desamparo de nuestro pabellón. Pugnaba en días sucesivos cada país por medio de sus cuadros especiales de toda índole en atraer la atención y en procurar una posible supremacía de sus bellas artes sobre las demás.

Y el pabellón español no tenía sus exégetas sino en el público extraño; carecía de los orientadores y definidores, y aun con toda su hermosura diríase de una mudéz divina y de un orgullo hostil.

No obstante, si algún año convenía más que en ningún otro que se hubiese prestado interés por el Gobierno y por la Prensa y las sociedades particulares y los organismos oficiales de carácter artístico, era el actual.

Porque, según decimos al principio, España alojaba al fin á sus artistas en su propia casa y de un modo espléndido.

Valía, pues, la pena de decirlo allí y aquí, en vez de callarlo en ambos sitios. Mientras á la dolorosa feria de la vanidad y de la intriga se otorga una atención que no merece ó que por lo menos se emplea bastante mal.

•••••

Las Exposiciones internacionales de Venecia son desde hace más de quince ó diez y siete años la más alta manifestación de arte universal. Se celebran desde el mes de Abril hasta el mes de Octubre, y á ellas acuden los artistas de todo el mundo con sus envíos escrupulosamente seleccionados.

Italia ofreció para las primeras Exposiciones internacionales un palacete con veintiséis grandes salas, donde procuró colocar lo mejor posible estos envíos de Europa y América.

Pero pronto se vió que eran incapaces para contener aquel fecundo alud de



Una de las salas del pabellón español de la Exposición de Venecia, donde está instalado el cuadro de Muñoz Degrain «El Coloso de Rodas»

LAMARA-FLO

belleza plástica que cada primavera se precipitaba sobre Venecia.

Y entonces diversas naciones fueron construyendo sus pabellones propios é independientes: Holanda, Francia, Bélgica, Alemania, Austria-Hungría. ¿España? España, no. España, país eminentemente, tradicionalmente artístico, cuyos pintores y escultores señalan en las internacionales el nivel más elevado y dan siempre á la minoría culminante de artistas de cada época un número por lo menos igual al de todas las demás naciones reunidas, España siguió concurriendo de prestado y gracias á la hospitalidad ajena.

El pabellón de Italia le cedía una de sus salas merced á la deferencia del Comité organizador y, sobre todo, al entusiasmo del secretario general, el insigne crítico Vittorio Pica, por el arte español.

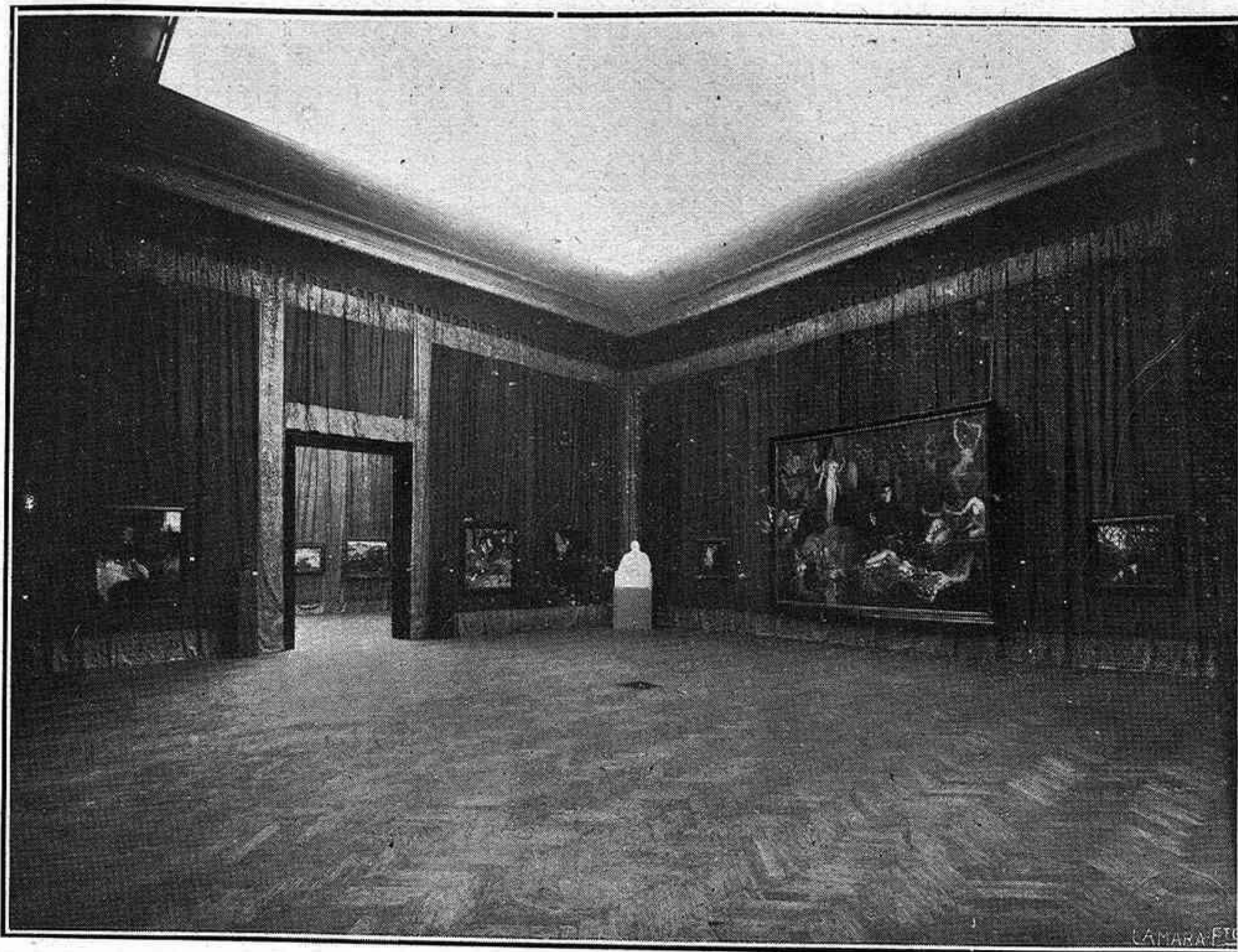
Debe agradecerse á Mariano Benlliure la iniciativa y sobre todo los trabajos constantes y el fervor sin desmayo para construir nuestro pabellón como las demás naciones. Se pensó incluso por alguien en adquirir el de Alemania; pero prevaleció afortunadamente el criterio de hacer uno español de nueva planta y de española traza en el terreno cedido gratuitamente por la Muni-

mos periodísticos y de los compadrazgos partidistas. Dentro de las proporciones y condiciones que toleraba el presupuesto, Luque ha sabido crear un pabellón amplio, armónico y bien distribuido por dentro; de acentuada línea española en lo exterior. Causa desde luego excelente impresión y ha motivado justos elogios de la Prensa italiana.

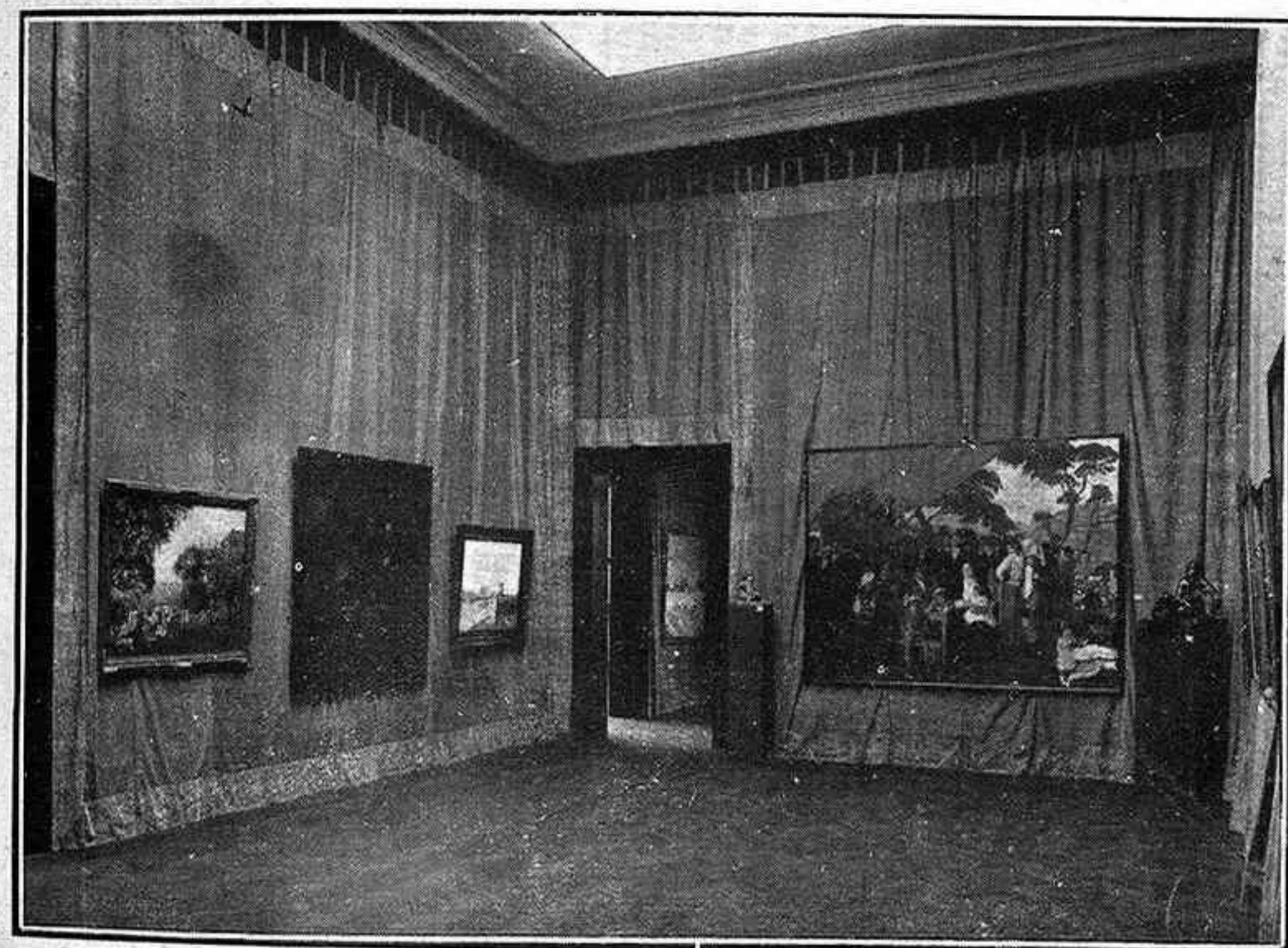
Para el interior del pabellón, Mariano Fortuny y Madrazo, hijo del gran pintor, y que lleva con personal prestigio la pesadumbre de dos gloriosos apellidos, ha fabricado unas telas especiales, en cuyo arte es maestro, y que enriquecen de un modo suntuoso y único las cuatro grandes salas de que se compone el pabellón.

Se nombró en Madrid un Comité organizador y de admisión de obras, compuesto de Miguel Blay, presidente, y de Julio Romero de Torres, José María López Mezquita, Carlos Verger, José Moreno Carbonero, Mateo Inurria, José Capuz, Anselmo Miguel Nieto, Marcellino Santa María y Julio Vicent, vocales.

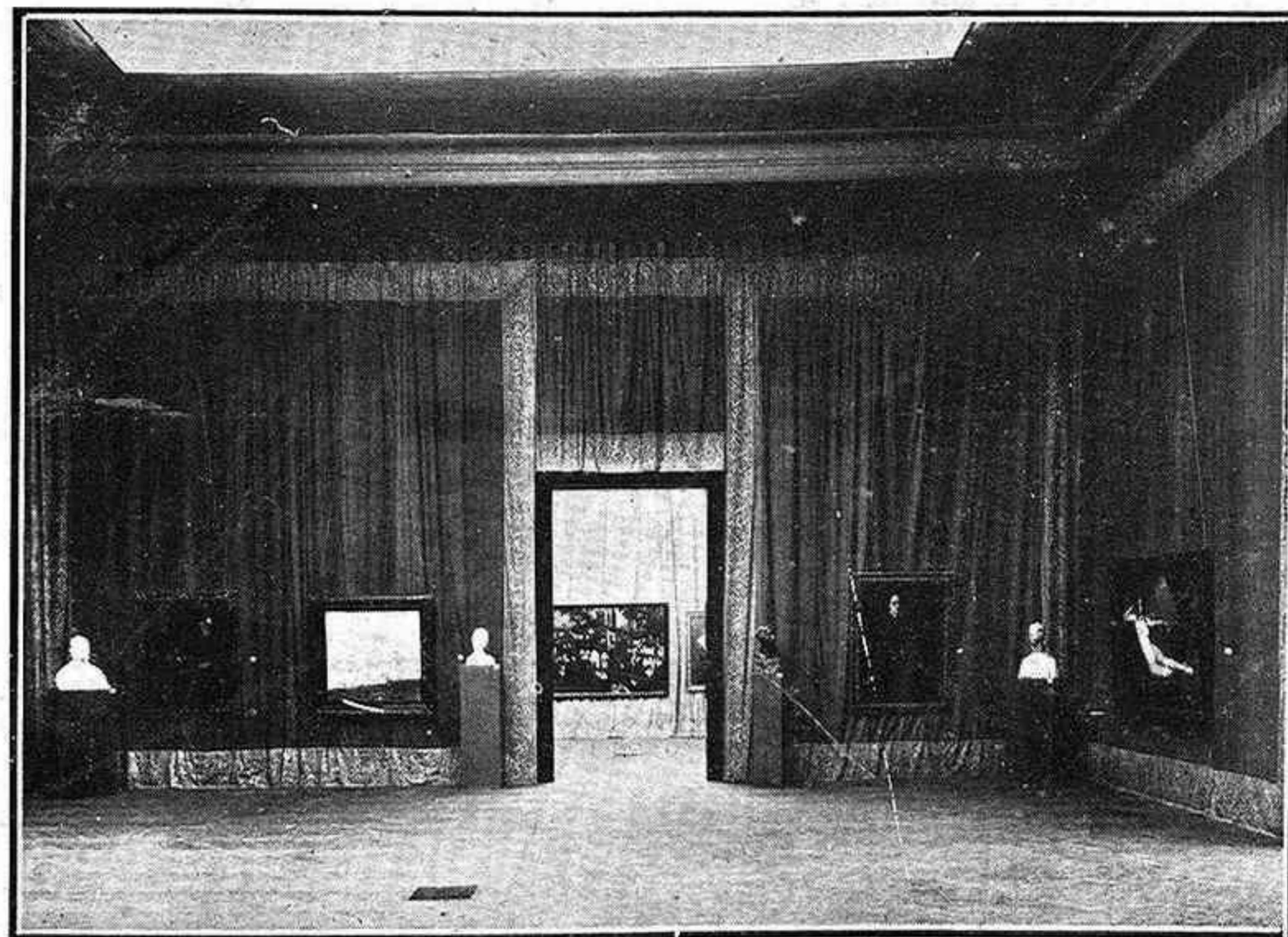
Los artistas expositores son los siguientes:
Pintura.—Alvarez de Sotomayor, Benedito, Benlliure (José), Bermejo, Bilbao, Casas, Chicharro, Colón, Esteve (Antonio), Fornas, Galwey, García Lesmes,



Vista de otra sala, donde se exhiben lienzos de Chicharro, Sotomayor, Piñole, Bermejo y Zaragoza y esculturas de Benlliure y Clará



Salas con cuadros de López Mezquita, Piñole, Rodríguez Acosta, Néstor, Fornas, Zubiaurre y Verdugo Landi y esculturas de Inurria, Capuz y Clará



cipalidad veneciana dentro del perímetro de las Exposiciones Internacionales rodeado de jardines.

Esta feliz iniciativa fué recogida por el conde de Romanones, que en su larga carrera política ha demostrado ser uno de los gobernantes más cultos y más amigos de las bellas artes, y en el ejercicio económico de 1921 y 1922 apareció en los presupuestos la consignación necesaria para realizar el proyecto.

Y á estos dos hombres ilustres de Mariano Benlliure y del conde de Romanones han de añadirse los de García de Leániz, director general entonces de Bellas Artes y entusiasta siempre de estos asuntos, y el de Alfonso Pérez Nieva, á quien los artistas y sus compañeros de Ministerio acaban de reconocer públicamente la extraordinaria labor en pro de los intereses artísticos de nuestra patria.

Eligióse con innegable acierto á Francisco Javier de Luque para la construcción del edificio.

Luque es uno de los arquitectos más admirables de nuestra época. Una gran modestia personal le aleja de las camarillas y fraguas de autobombos; una noble sencillez de actos positivos le caracteriza. Va realizando su obra al margen de los recla-

García Martínez, Gil de Vicario, Gutiérrez, Solana, Hermoso, Hernández Nájera, Huidobro, Martínez Cubells, Martínez Vázquez, Meifren, Menéndez Pidal, Mir, Moisés, Mongrell, Muñoz Degrain, Néstor Oroz, Pinazo, Piñole, Puig, Perucho, Raurich, Roca, Rodríguez Acosta, Rusiñol, Soler, Sorolla, Urgell, Verdugo Landi, Zaragoza y Zuhacone (Valentín).

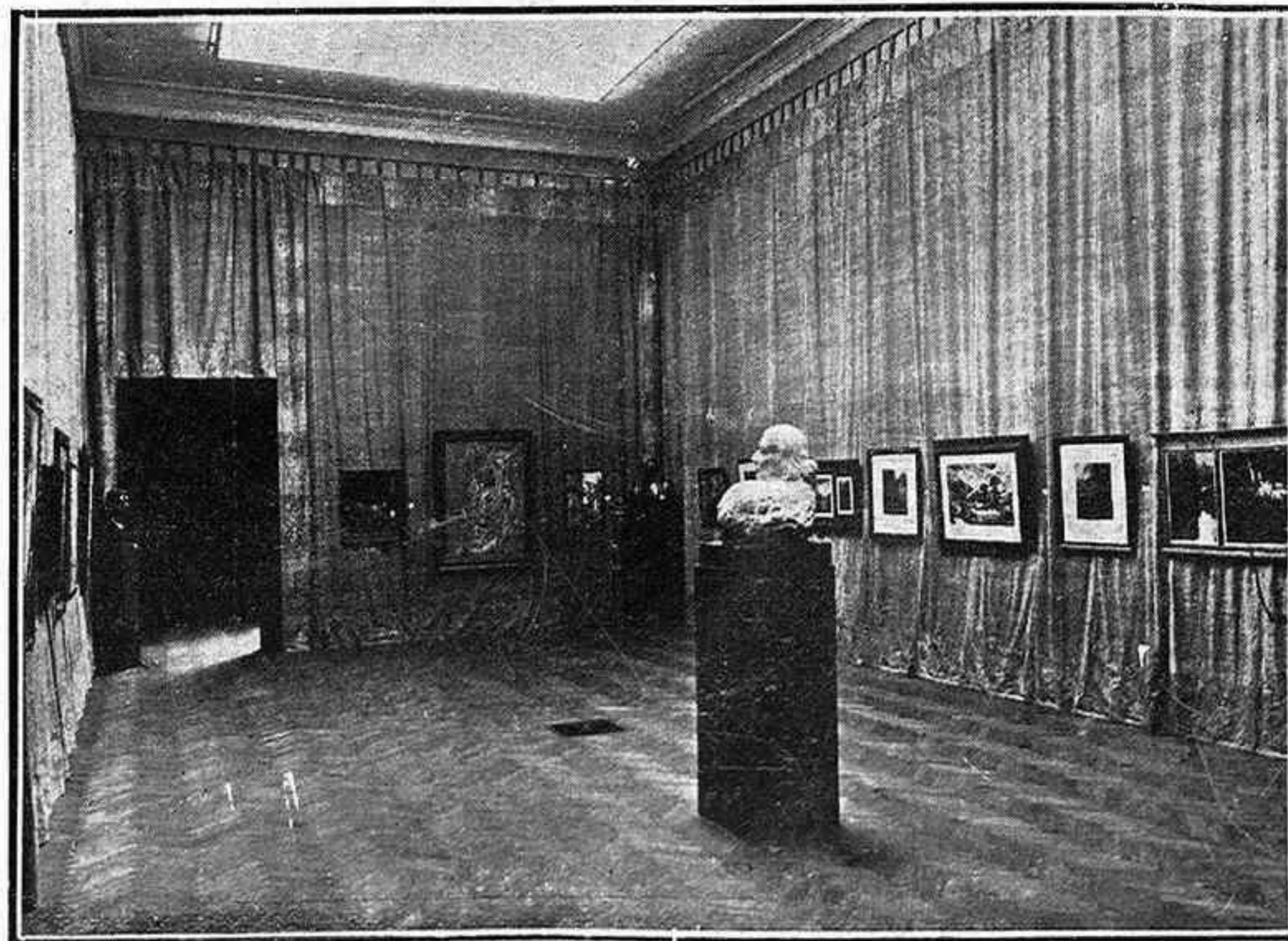
Escultura.—Barral, Benlliure, Capuz, Chicharro Gamó, Clará, Juan Cristóbal, Huerta, Inurria, Macho, Pérez Comendador, Quintín de Torre y Vicent.

Dibujo y grabado.—Castro Gil, Clará, Roberto Domingo, Espina, Esteve Botey, Labrada, Navarro, Néstor, Pedraza y Ricardo de los Ríos.

Las obras han sido colocadas con un escrúpulo que convendría señalar á nuestros colgadores de las Nacionales. (Bien es verdad que se había restringido el número de admisiones y que ello consentía el espacio entre unas y otras.) Pero es que las Exposiciones deben ser así, y no almacenes de cuadros y depósitos de escayola.

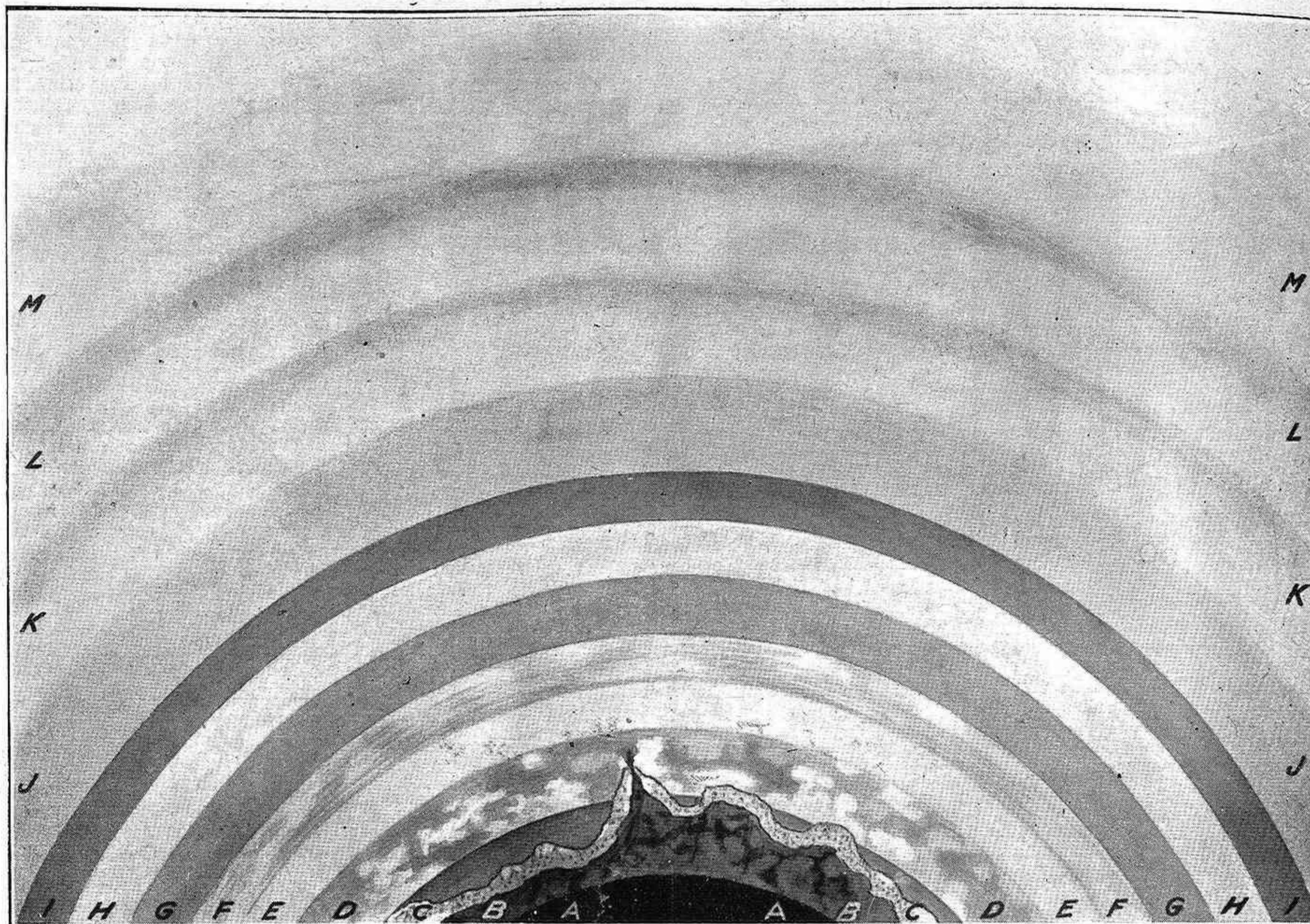
Todo esto significa el Pabellón español de Venecia y que—fuera de España, olvidado de la propia España—habla de nuestro país con la voz suprema y única de sus artistas esclarecidos.

JOSÉ FRANCÉS



Sala de cuadros de Rigoberto Soler; grabados de Espina y Esteve Botey; dibujos de Roberto Domingo, y esculturas de Juan Cristóbal y Quintín de Torre

LA CÁRCEL DE NITRÓGENO



Croquis esquemático de nuestro planeta con: a) su núcleo metálico, compuesto quizá de metales de la mena del hierro y aun de la del platino y el oro; b) su corteza en fusión ígnea, á altísimas presiones; c) su coraza, según la teoría de Sieberg, sobre cuya superficie vivimos, y en cuyo fondo se asientan los mares; d) tropósfera, ó región atmosférica, según Teisserenc de Bort, de unos diez kilómetros de altura, y donde se forman las nubes y demás meteoros; e) estratósfera, hacia los veinticinco kilómetros, y donde ya no alcanzan los humos de los volcanes; f) región de los arcos crepusculares más bajos; g) capa de nitrógeno y aun de cianógeno sólidos (Birkeland), á unos 130 kilómetros de altura y á más de 200 grados bajo cero de temperatura, cárcel de nitrógeno, donde el bombardeo electrónico de los rayos solares produce el fenómeno de las auroras; h) capa de difusión de la luz solar que acaso dé coloración azul á la bóveda celeste; i) capa absorbente que roba á los rayos emanados del Sol la mayor parte de su indescriptible magnificencia; j, k, l, m) regiones problemáticas del helio, el hidrógeno, el geocorano y el nebulio (Wegener), y que se prolongan más allá del globo de la Luna

OCURRIRLE suele al científico lo que al cazador cuando, persiguiendo una clase de caza, tropieza con otra. Si no bastasen á demostrarlo casos históricos como el de Brandley, persiguiendo la comprobación del movimiento del sol en el espacio y hallando la aberración de la luz y la mutación del eje de la Tierra, ó el de Brandt buscando en la orina el oro y hallando el fósforo, que es el oro de la inteligencia, henos hoy con el caso del sabio noruego Störner investigando acerca del origen de las auroras polares y tropezando, entre otras cosas raras, llenas de posibilidades increíbles, con la causa verdadera de la propagación de esas ondas misteriosas de la telefonía sin hilos, ó T. S. H., de los técnicos, que nos ponen al habla con los puntos más distantes de nuestro planeta, y muy pronto quizá con los discutidos moradores de Marte ó de Venus...

Todo el mundo sabe que en las altas latitudes, las últimas donde alcanza á vivir el hombre en lucha cruel con las inclemencias del cielo, es decir, en países cual Escandinavia, Siberia, Canadá, etc., ó bien cual la Patagonia, en el hemisferio austral, las largas horas de ausencia del sol en el respectivo invierno están, en cierto modo, compensadas por otras luces, tales como la de unos crepúsculos interminables; la de la Luna, que llega hasta no ponerse en algún día, y sobre todo la de esas auroras polares que con su policromía maravillosa, reverberando en las nieves y hielos perpetuos, hacen de la noche polar un día *sui generis* de poesía infinita.

Desde los tiempos de Ampère, físicos y astrónomos se han venido esforzando en descubrir las causas de semejante magnificencia natural, que resiste al pincel y á la pluma, pero que enloquece á las brújulas, y que ayuda en las noches polares á los

balleneros en sus penosas faenas de pesca; y ha sido preciso llegar hasta nuestros días, en que el velo del misterio natural—Velo de Isis—ha sufrido ese gran desgarrón operado por el descubrimiento del radio y de los fenómenos radioactivos, para poder enfrentar el problema, como le han afrontado con éxito, á más de Störner, los sabios Birkeland, Onnes, Vé-gard y Leyde, en el Observatorio de Kammerlingh.

Tengo á la vista los números de *La Nature* del 24 de Mayo y anteriores—la cosa es, como se ve, de palpitante actualidad periodística—, en los que se esclarece por fin el misterio de la *raya verde* y de otras treinta más de las que las auroras polares dan en el espectroscopio.

Birkeland nos dice, en efecto, que si se aproxima un imán rodeado por una esfera electrizada á un tubo de Crookes conteniendo nitrógeno en estado sólido, se producen dos hermosas zonas de luminosidad en la vecindad de entrambos polos de la esfera, con todas las apariencias visuales y espectroscópicas de las auroras polares. Con los datos de observación así aportados, Störner ha podido «meter en ecuación» el problema, calculando en cuatro años hasta 720 trayectorias luminosas en un lindo legajo de 7.000 cuartillas, y ha podido encontrar la distribución geográfica de las auroras, su aparición, sobre todo á media noche; su forma, etc. La emanación de los torrentes electrónicos de partículas *beta* con carga negativa lanzada por el Sol á los espacios es captada, pues, por el campo electromagnético de la Tierra, penetrando, según Vigue-ron, en las altas capas de nuestra atmósfera á velocidad de un tercio de la de la luz, ó sea á 120.000 kilómetros. Dichas capas están integradas, por tanto, por nitrógeno en estado sólido en ínfimos cris-

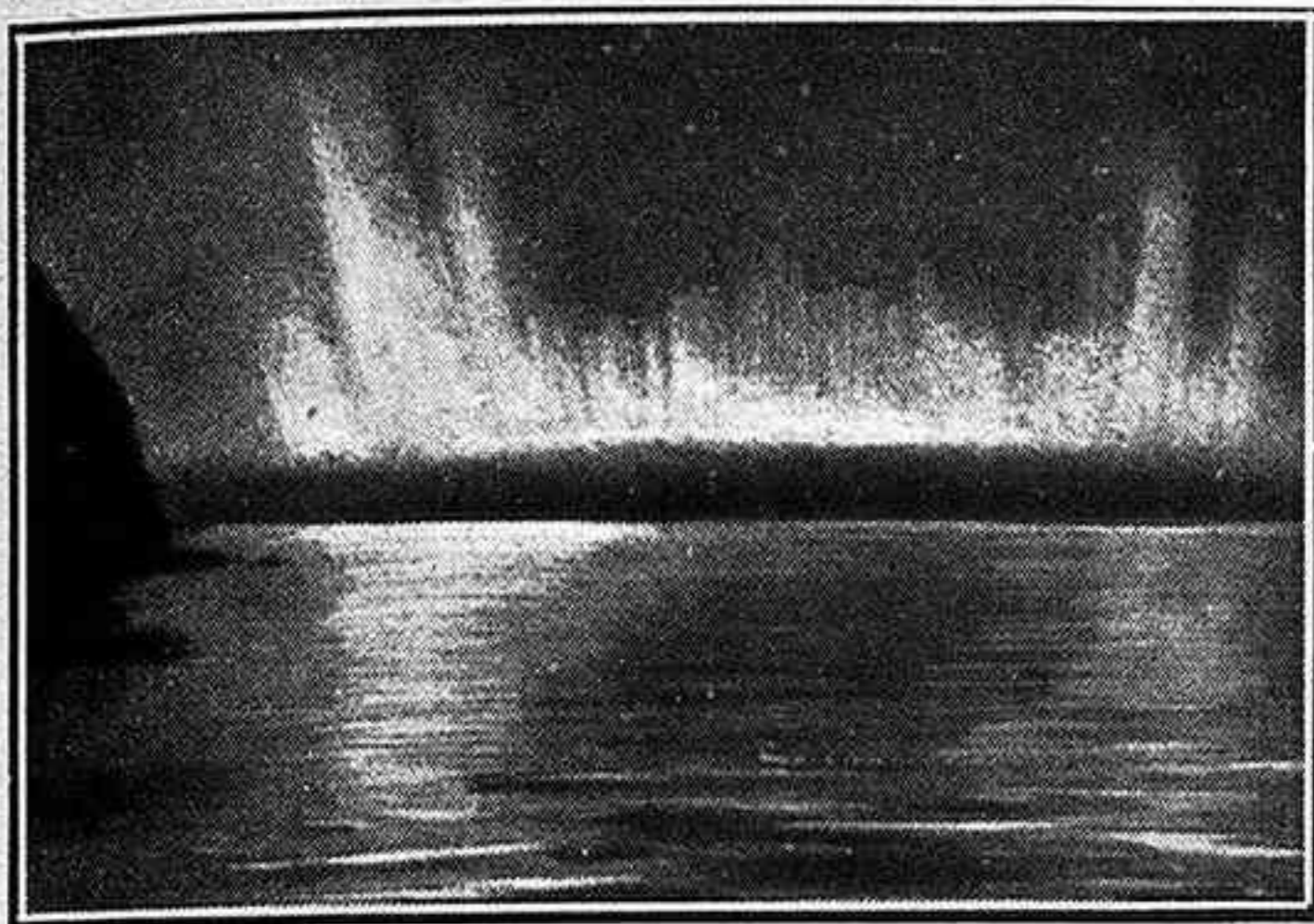


La Tierra aislada en el espacio y recibiendo del Sol el bombardeo electrónico como un electroimán

tales cargados eléctricamente por el potencial terrestre y por él elevados á alturas que oscilan entre los 100 y los 500 kilómetros sobre la superficie del suelo.

Végard, por su parte, ha comprobado asimismo que dichas razas espectroscópicas de las gigantescas fosforescencias de las auroras polares son, repetidas, idénticas á las de la fosforescencia catódica del nitrógeno sólido á la temperatura del hidrógeno líquido, que, como sabemos, es de cerca de 200 grados bajo cero.

Bañer y Danjou, al resumir en *L'Astronomie* estos deliciosos trabajos, dicen entusiasmados: «Las apariencias todas de la aurora polar se producen, pues, á alturas que varían entre los límites dichos, con un máximo de intensidad hacia los 120 ó 130 kilómetros, que es donde la *polvareda de nitrógeno helado* aparece acumulada en cantidad mayor. A ella también debemos referir la causa de los llamados *arcos crepusculares*, que permitieran asimismo á Esclangoud el situar á referida altura una capa sólida difundidora de la luz solar. Hemos podido comprobar, además, en 1922, en el Observatorio de Vallot, sobre el Montblanch, que por encima de esta capa de dispersión luminosa existe otra de 30 kilómetros ó más, y que es muy absorbente de la luz del Sol.



Aurora boreal observada en Douville (Mancha)

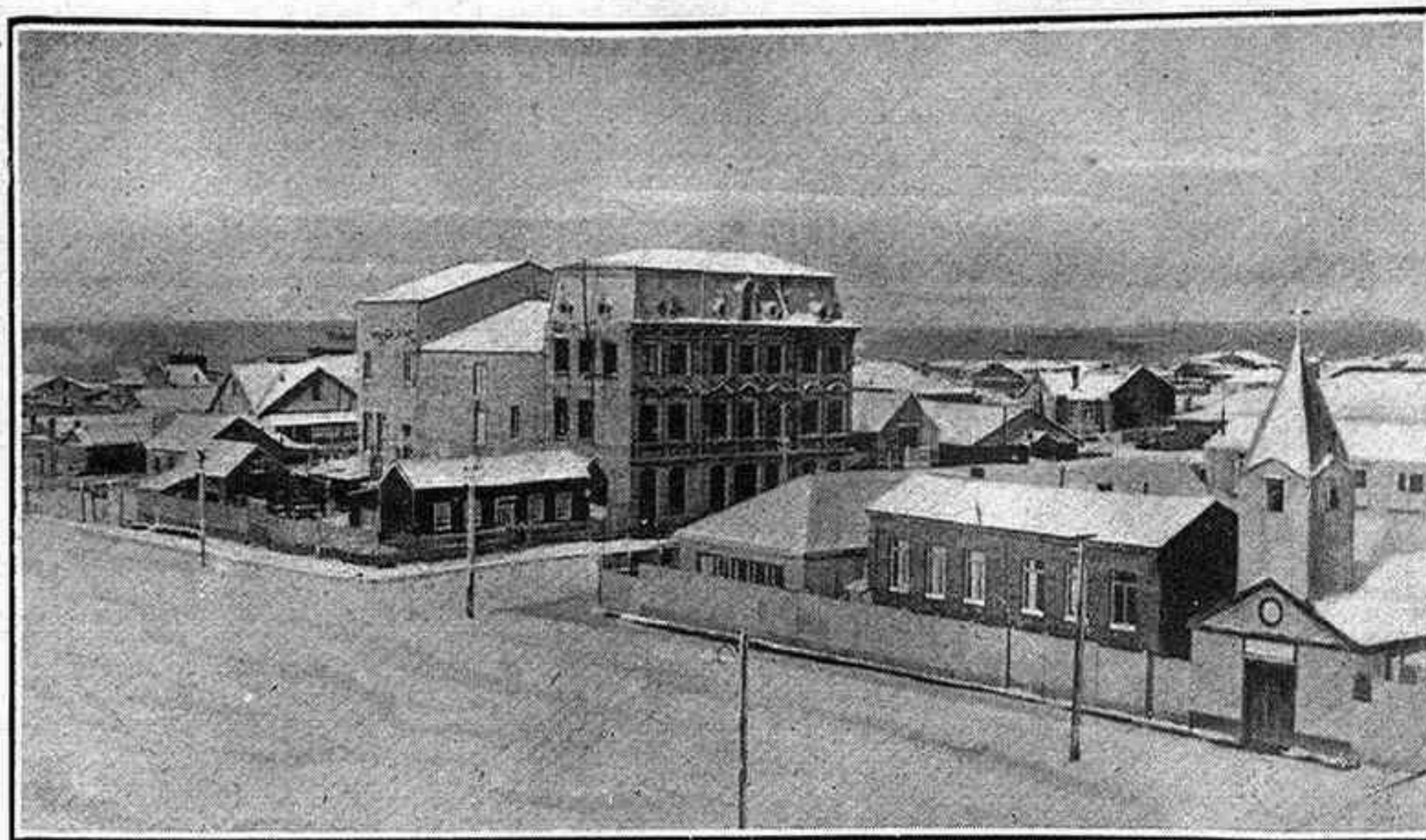
En fin, la propagación de las ondas de la T. S. H. á lo largo de la superficie terrestre es atribuida por Heaviside á la existencia de una capa conductriz situada hacia el mismo nivel.»

Para que nuestros lectores no técnicos, que es para quienes escribimos, se formen mejor idea del alcance científico y hasta filosófico del párrafo transcrito, conviene consignar que nuestro planeta parece estar formado por una serie

de múltiples capas de índole variadísima, esquematizadas en el croquis adjunto de este modo: a), un núcleo central metálico, á base probablemente de hierro y de sus similares; pero que en las regiones más densas puede contener oro, platino y sus análogos, para compensar con su mayor peso la densidad media asignada á la Tierra por las observaciones, y que resulta superior á la de las rocas conocidas de la superficie; b), el núcleo ó *capa infracrustal* de Günther, Fischer y Stübel, al que se refieren las recientes investigaciones sismométricas del comandante é ingeniero geógrafo D. Vicente Anglada en su obra *El interior de la Tierra*, publicada por el Instituto Geográfico y Estadístico; c), la *coraza rocosa* superior de Fischer, y en la que, según el Dr. Clarke, de la Oficina Geológica de los Estados Unidos, entra un 47 por 100 de oxígeno, un 28 de silicio, un 8 de aluminio, un 8 de hierro, y el resto de los demás metales calcio, magnesio, potasio y sodio, principalmente; coraza desigual, llena de oquedades y resquebrajaduras, y cuya superficie exterior más baja está recubierta por los mares, al modo de otros tantos lagos efectivos. La existencia de estas tres capas está comprobada experimentalmente, entre otros hechos, por el de que una oscilación sísmica que se produzca á gran distancia del observador (epicentro), marca tres clases de curvas sucesivas en los sismógrafos, correspondiendo la primera, que es la menos irregular y la más fina, á la onda transmitida á más velocidad y en el sentido de la cuerda terrestre por el núcleo metálico; la segunda, que llega minutos después, es la transmitida á lo largo de la «atmósfera fluida» ó *corteza* en fusión ígnea á altísimas presiones por bajo de la llamada «zona neutral» por Fischer, y la tercera unos veinte minutos más tarde, que es irregularísima, como transmitida á lo largo del arco formado por sus heterogéneos elementos térricos, rocosos y acuosos, llegando hasta á faltar á veces.

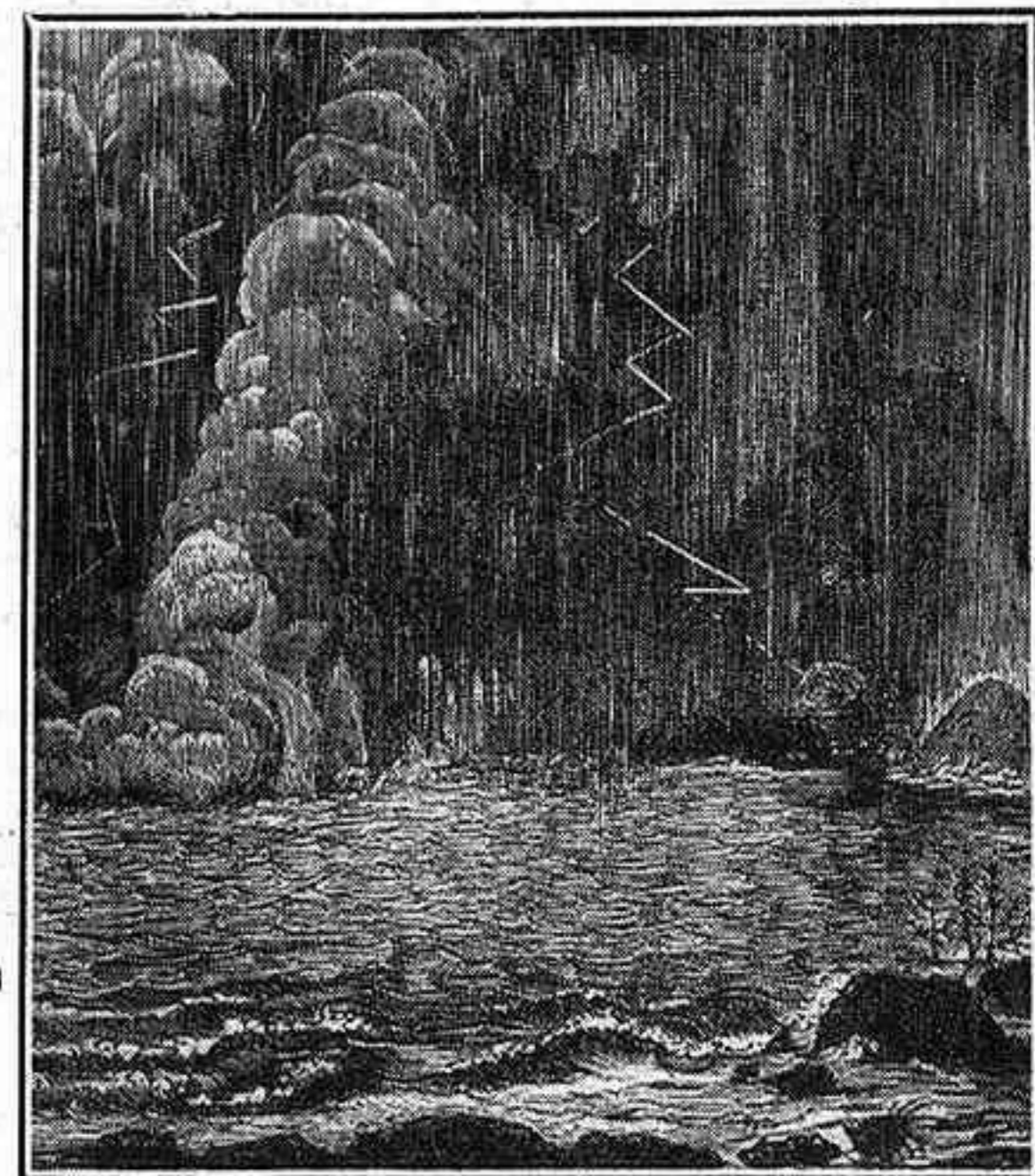
Todas estas capas que yacen bajo nuestros pies se continúan con otras sobre nuestras cabezas, aprisionándonos bajo su red invisible, á saber: d), la *tropósfera* de Teisserenc de Bort, de poco más de diez kilómetros de altura, en cuyo seno se forman las nubes, y en la que la temperatura, registrada por los globos sondas, va disminuyendo hasta los 60 grados bajo cero; e), la *estratósfera* del mismo sabio, en la que la temperatura, si no es constante, al menos decrece con mayor lentitud; capa que se ha sondado hasta los 30 kilómetros, pero que sin duda alguna se extiende hasta los 80 ó 100 kilómetros en una tercera región f, sin nombre todavía; pero que pudiera denominarse *región de los arcos crepusculares inferiores*, sin que á ella alcancen ya los penachos de humo de los volcanes, que parecen tropezar contra la estratósfera como el humo de los cigarros contra el techo del salón.

La comprobación de la altura de estas diversas capas se ha hecho por un lado midiendo trigonométricamente la altura, á la que alcanzan los humos de los volcanes y la de los llamados «arcos crepusculares», y por otro, estudiando las trayectorias de los meteoritos, que se ponen incandescentes cuando atraviesan las capas superiores del hidrógeno y se encienden cuando entran en las inferiores del oxígeno, pero que se apagan al cruzar por la del nitrógeno; g), la *capa de las auroras polares* propiamente dicha, la *CÁRCEL DE NITRÓGENO*, añadimos nosotros, que nos aprisiona bajo sus invisibles tém-



Punta-Arenas (Argentina).—La ciudad más meridional del mundo, célebre por la magnificencia de sus auroras australes

panos de quizá hasta 400 kilómetros de espesor, como al pez le puedan aprisionar los hielos del polo; capa que, asociada á las h ó i, que señalamos más arriba, pese á su relativa transparencia, roban á los rayos del Sol las nueve décimas partes quizá de sus efectivos esplendores, y al cielo todas sus más ricas magnificencias, siendo muy probable el que la serie de capas de esta efectiva «Serpiente de las siete pieles» de las Estancias de Dzyan, de esta verdaderamente simbólica «cebolla» egipcia, se continúe con otras como las señaladas con las letras j, k, l y m, de helio, hidrógeno, geocoronio y nebulio—las debatidas capas de los cálculos de Von der Bornz, y de las observaciones de Wegener—, que, tenuísimos y en estados semejantes á los de las zonas espectrales del Sol y de las demás estrellas, alcanzarán ya en sus regiones superiores á envolver á la Luna juntamente con la Tierra, como la albúmina envuelve al huevo de dos yemas, Huevo del Mundo ó de la cisne del Kalevala nórdico, que después de poner seis «huevos de oro», que son otros tantos planetas, puso al fin el huevo de *Leda* de nuestra Tierra..., ¡un huevo de hierro!...



Forma teórica de la atmósfera de oxígeno y nitrógeno mezclados, en cuya zona inferior se producen las tempestades electromagnéticas por bajo de la zona de nitrógeno sólido, en el que se desarrollan las auroras polares

En resumen: que ni más ni menos que esos peces ciegos que vegetan estúpidos en las aguas de los lagos subterráneos, nosotros, los humanos fraticidas que creemos que el hombre es lobo para el hombre, hormigueamos bajo dos potentes bóvedas de oxígeno y de nitrógeno helados; bóvedas, ¡oh, asombro!, sobre las que rebotan y se reflejan—más bien que son conducidas—las ondas de varias decenas de kilómetros de amplitud, que á lo sumo empleamos en la telegrafía y telefonía sin hilos, como rebota y se refleja nuestra voz bajo el cañón de un túnel, produciéndose, por tanto, esas zonas extrañas de silencio y de sonido alternativos que tanto chocaron á los sabios con motivo de la catástrofe de la vía férrea de Junfrau en 1908, y que han seguido chocando con motivo de otras muchas explosiones determinadas por la Gran Guerra, hasta llegarse á los experimentos de estos días en Clermont-Ferrand, cuyos resultados no se han publicado todavía en el momento en que escribimos. ¡Bóvedas, ¡ay!, que no son sino verdaderas formaciones geológicas incipientes por encima de nuestras cabezas, dotadas de esa tenuidad é inconsistencia que antaño caracterizó á las primeras condensaciones rocosas de los terrenos primievales, y que nos roban tras su manto de azul las más extrañas é increíbles bellezas del abismo cerúleo, dejándonos ver apenas un sol de topos, poco más brillante ya, gracias al velo interpuesto, que la roja bola que ven los buzos desde su campana á varios metros bajo las aguas!... El simbolismo de semejante cárcel sería acaso el que quiso darnos el divino Platón en su *República* cuando en nuestra vida de fugacísimos años nos compara á los eternos prisioneros que, de espaldas á la luz—la luz perpetua que luce sin duda allende esas capas anubadoras del nitrógeno sólido y radioactivado—, tomamos por realidades las sombras que se proyectan en las paredes de nuestro calabozo, el también calabozo simbólico del que es sacado Periandro en el comienzo de la póstuma obra de Cervantes, *Trabajos de Persiles y Sigismunda*...

DR. ROSO DE LUNA

“J - ju - jú”

Junto al apagado hogar
están los viejos sentados.
La lumbre crepuscular
cae en los rostros ajados
por años y hondo pesar.
Es tarde de fiesta bella.
Para aquellos dos ancianos
que están en la estancia aquella,
tarde de amarga querrela
y de recuerdos tiranos.
En día así se «alejó»
la hija que fué su cielo.
Era su lumbre; pasó
la muerte; la apagó al vuelo
y en la sombra los dejó.

De la plazuela cercana
llega de pronto un rumor.
Es una voz que galana
en una copla aldeana
de juventud y de amor.
De los padres la aflicción
rómpele en llanto á aquel son;
y juntos en lazo estrecho
sollozan pecho con pecho,
corazón y corazón.
Y en gloria y placer radian'te
el canto vuela anhelante,
y á coronar su armonía
sube, glorioso y triunfante,
un «ju-ju» de alegría.

Angel CORUJO



JUAN ESPINA CAPO

TAN mal instalada como las otras secciones—ya que en este Certamen únicamente las llamadas Artes decorativas tienen holgado y favorable acomodo—, la sección de Grabado ocupa uno de los testeros del Palacio de Cristal.

En el Palacio de Cristal se ha almacenado de cualquier manera todo aquello que al Jurado de colocación no inspiraba interés. Así, entre cuadros francamente rechazables, hemos visto obras de positivo mérito, dañadas por contactos enojosos y promiscuidades que significan

verdaderos agravios para un artista. Allí se intenta, por ejemplo, desvirtuar el valor de un Jaime Mercadé (cuyo *Suburbio* es una de las más finas notas de paisaje que hay en la Exposición); de un Ivo Pascual, siempre delicado, atrayente y sugerido; de un Martín Durbán ó de un Mariano Sanchó, artistas jóvenes de noble y franca capacidad sensitiva, de moderna orientación y claro optimismo cromático; de un García Martínez, paisajista

junto a la suya ó que presentan los que están en la misma categoría de ese grotesco, absurdo y dañino escalafón de las medallas burocráticas.

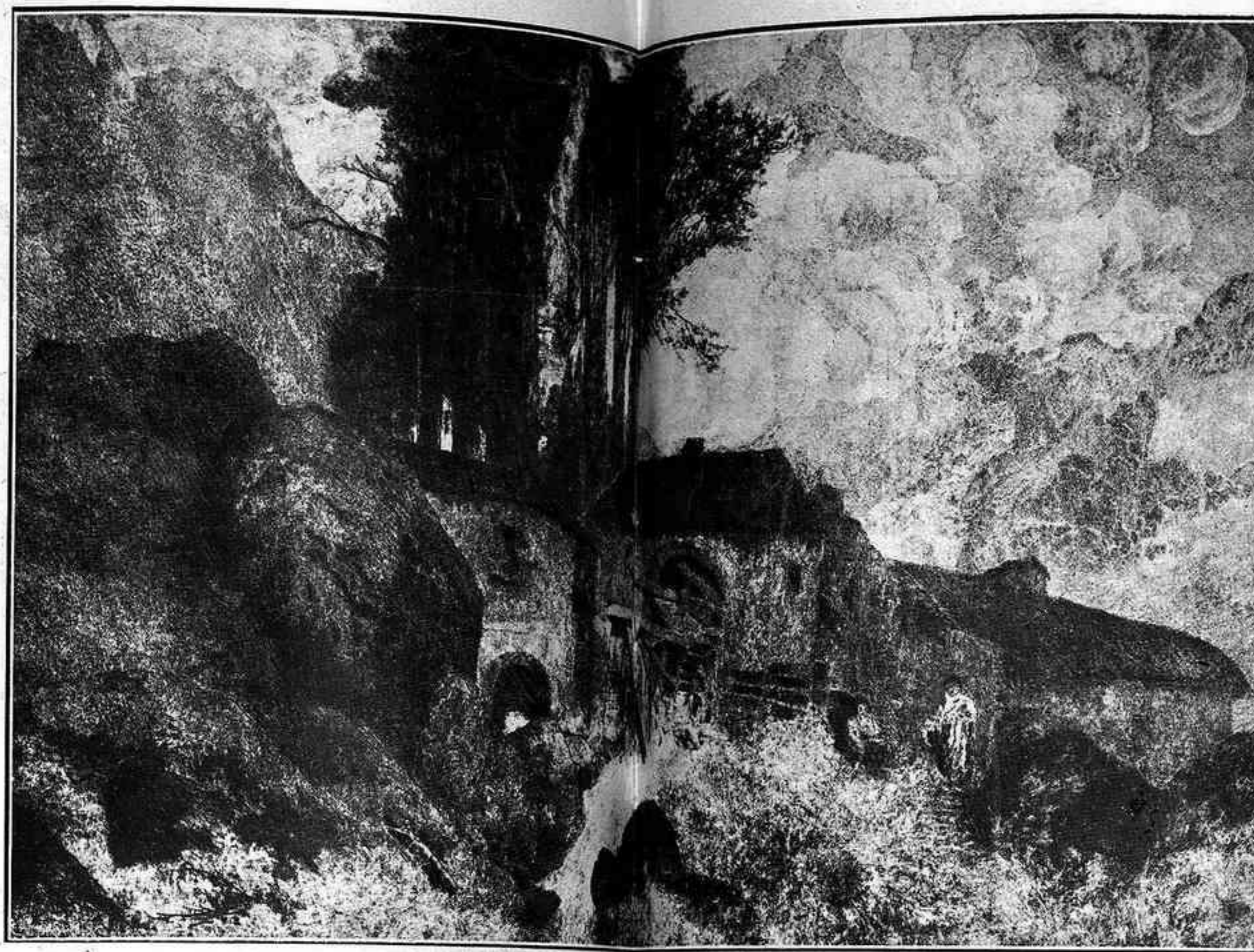
Vale la pena de decirlo para que el año próximo, ó se suprima la ineficaz sección de las llamadas artes decorativas, para que no estorbe ni quite sitio, ó se las conceda una exposición á ellas solas, y de ese modo terminaremos de una vez con el equívoco fantasmal.

Los envíos de grabados no son muchos, pero no están exentos de interés.

En general, los grabadores y dibujantes se obstinan en sus hallazgos y trucos repetidos. La personalidad suele confundirse con el amaneramiento, y á medida que repiten los motivos, gratos á cada uno, diríase que van descuidando aquellas nobles dificultades de factura y de procedimiento que son el valor fundamental de su arte.

No está, por lo tanto, el interés en la forma de grabar, en el dominio de la técnica, sino en cómo se la sortea, se la disimula y se hace antes un bello dibujo, una imprecisa y delicada estampa, y no un vigoroso trabajo de buril que consintiera exhibir al lado de la prueba la plancha, para cotejar dónde termina la maestría profesional y dónde comienza la misteriosa cuquería artística.

He aquí otro de los errores de los reglamen-



«Paisaje», por Juan Espina Capo



«Paisajes», por Eduardo Navarro



EDUARDO NAVARRO

LA EXPOSICIÓN NACIONAL EL GRABADO



«Ciudad castellana», por Castro Gil



CASTRO GIL

resionalidad de su arte. Se le debe, además, la batalla contra aquel secundario y gregario rutinarismo de los que todavía se obstinaban en creer que el grabado era un procedimiento de reproducción ó copistería en pleno esplendor de las artes gráficas. Este solitario *Castillo de Oriambre* tiene un fulgor propio, singular, y una esencia de eternidad que no ha sabido ver el Jurado.

Eduardo Navarro es el poeta lírico del aguafuerte, así como Castro Gil es el poeta épico.

Hace escasamente medio año veíamos en el Salón Arte Moderno un conjunto admirable de estampas envaguecidas, soñadoras, melancólicas, de una sutilísima delicadeza, de una refinadísima caricia á los ojos y al alma. El tema, el motivo se perdían, se difumaban para quedar solamente su perfume de idea y su «eco de línea». Llegar á esa depuración tan sensible de la forma y de la emoción es, indudablemente, un privilegio estético. De aquellos cipreses solitarios con su halo de luz al límite de un horizonte insinuado, que fueron sus primeras notas características, á estas estampas de viejos barcos, rúas arcaicas y árboles frondosos de ahora, Eduardo Navarro ha ido sublimando su temperamento y su manera. Se ha encontrado á sí mismo, y el tímido acento que llamáramos «franciscano» tiene ahora una mayor pompa lírica, una sinfónica riqueza de matices indudable.

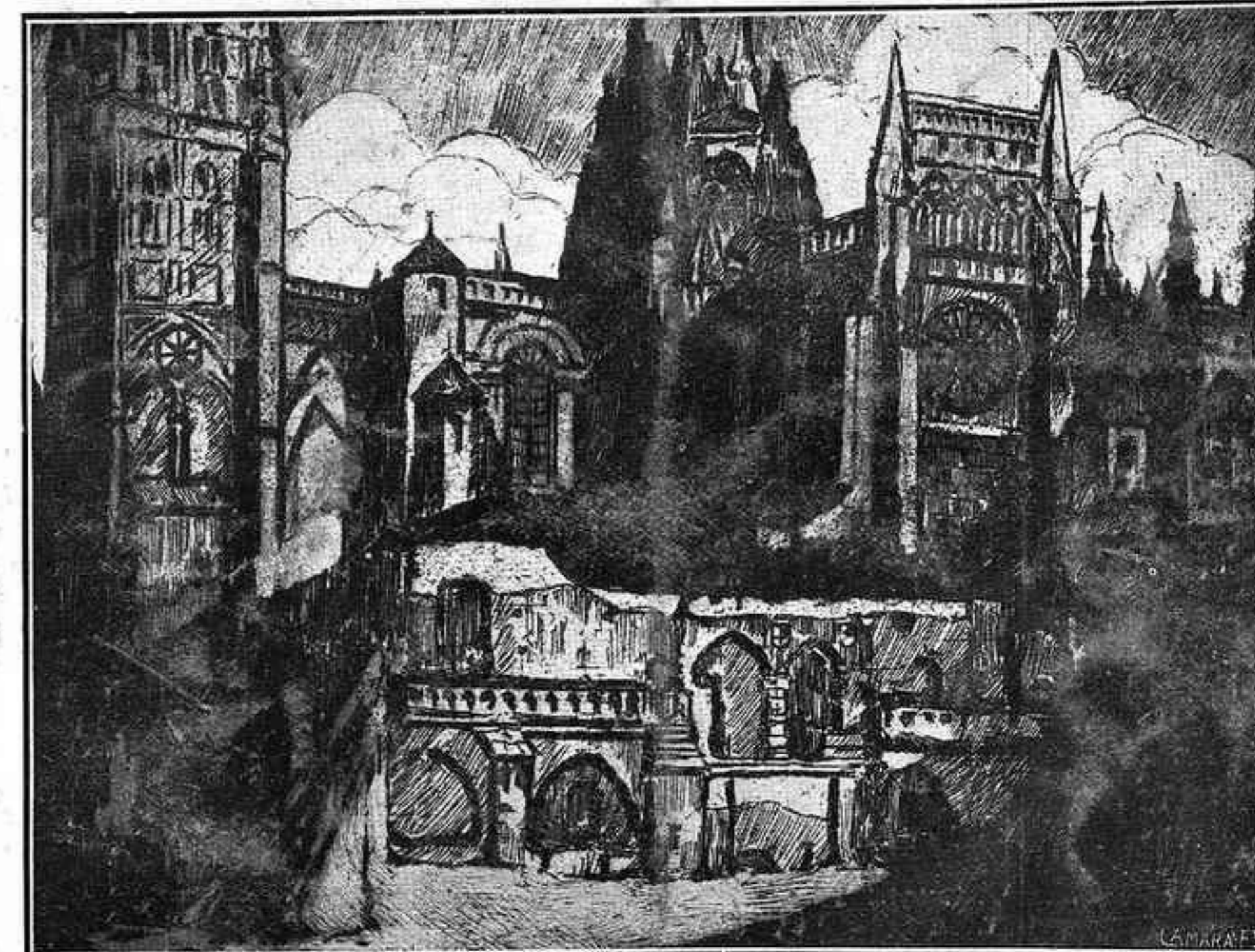
También Rafael Estrany sugiere esa confianza, esa seguridad del obrero concienzudo de su arte. Pero con un impulso más libre y un acento más polifónico. Estrany es acaso uno de los mejores grabadores actuales. No exento de francesismo, es ampuloso ó conciso, según conviene á los asuntos.

Su línea da la sensación de estar bien afianzada y su claroscuro conserva indudable respeto á la tradición.

Ceferino Palencia, este inquieto temperamento de artista, este admirable cultivador de las bellas letras y de las bellas artes con iguales capacidades, se afilia también gustoso, en cierto modo, á las modernas síntesis europeas. Pero con una soltura y una energía personales. A grandes síntesis, con amplio conocimiento de las formas primigenias y con una cabal grandeza de los volúmenes sabiamente empleados, su *Basílicas españolas* son de las mejores de la sección.



CEFERINO PALENCIA



«Basílicas españolas», por Ceferino Palencia

vibrante, luminoso; de un Bello Piñeiro, intérprete sutilísimo, con íntimas ternuras, con suavidades inasequibles á una pupila del Sur ó de la llanura, que es uno de los mejores paisajistas gallegos; de un Domingo Carles—¡mal se ha tratado á Cataluña en esta ocasión!—, tan dotado de excelencias técnicas y espirituales, tan digno de otra postura más asequible á la contemplación reposada y afaible; ó las esperanzas ya comenzadas á granar, como Neneta López Roberts, cuya *Canción moruna* es una franca y gozosa nota valientemente acometida y resuelta.

Otro tanto pudiera decirse de la Escultura, en la que presidió no menor arbitrariedad al repartir entre los dos pabellones obras malas y buenas, sin otra razón que la del capricho ó la simpatía personal.

Finalmente, al Grabado, que exige una sala íntima, recogida y de luz amable, una de esas salitas usurpadas por el conglomerado heteróclito é inexpresivo de lo que se llaman artes decorativas, también se llevó al desfavorable lugar donde toda esperanza se pierde y á donde no llega nunca el tres por ciento de los visitantes de buena fe. Porque los de mala fe apenas si ven las obras de los que están

tos de las Exposiciones Nacionales, tan gangrenadas, tan ulceradas de ellos. Antes que conceder facultades de juzgador á un artista de otro género por el hecho de haber obtenido una primera medalla, debía exigirse la condición indispensable de ser un verdadero profesional del grabado, en el sentido clásico del *metier*, no sólo para premiar, sino para admitir únicamente aquellas aguafuertes y litografías que lo mereciesen como tales.

De lo contrario, iremos creando una ficción bellamente imaginativa, suavemente poética, deliciosamente sugeridora, pero ficción al fin. Se formará un grupo de excelentes dibujantes que emplean el buril como un lápiz duro, la plancha como una cartulina, y procuran con el trapo hacer la competencia al difuminador mecánico.

Claro es que hablamos en términos generales. No nos referimos concretamente á un artista determinado, pues, en realidad, á todos cabría algo de esta culpa. Nos limitamos á llamar la atención de quien puede, sabe y debe acudir al remedio futuro. Atengámonos mientras tanto al otro valor emotivo y á las equalidades de compositor y de dibujante que muestran los expositores de este año.

Entre ellos hay varios maestros del género, destacados ya en Exposiciones colectivas ó individuales, y alguno que otro nuevo, como Francisco Mateos, que aporta normas extranjerizas é imaginación exaltada.

Fernando Labrada me da idea siempre de la perfección serena y segura, del buen gusto reposado, de la normalidad sobre bases sólidas. Su *Castillo de Oriambre* está bien situado en la trayectoria factual é ideológica que han hecho de este artista uno de los primeros en la pro-

Castro Gil, decimos, es el poeta épico. Ama las ruinas, los celajes preñados de tormenta, las convulsiones geológicas petrificadas por los siglos, las frondas pujantes de su Norte fecundo. Salen de toda su obra una elocuencia robusta, algo bárbara de tan vital. Diríamos que hay en esas evocaciones legendarias, en esos ritmos himnarios de sus aguafuertes un ímpetu y una turbación genesiaca.

Es inútil que á veces Castro Gil, en el noble amor á la tierra nativa, busque las calmas sonrientes, blandas, mimosas, de las rias bajas. El es un silvano fuerte y un cazador de violencias. Lo más expresivo de su obra son los comentarios á las ciudades remotas, la feroz alegría de las cumbres y el resistente brío de los robledales y encinares centenarios. No sonríe, no languidece—sin olvidar sus arquitecturas arbóreas de otros días—este celta amamantado de gestas heroicas y de agrarias proezas. Suena á galerna, á tumulto frondal, á torrencera, ó impone ese silencio hondo, cóncavo, de la naturaleza majestuosa en su perdurable victoria sobre las ambiciones humanas.

Juan Espina da la sensación de las normas tradicionales, del romanticismo que conquistó también para sí la plancha y la piedra. Sus grabados, sus litografías, tienen aquella expresión certera y aquella solidez interior de los maestros del siglo XIX, discípulos á su vez de los siglos preteritos. Transmite la emoción del paisaje con esa romántica exaltación que da también á su pintura. Minucioso y paciente, pasa largas horas inclinado sobre su obra, sin considerar nunca llegado el instante de firmarla. ¡Cuán lejos de las síntesis y estilizaciones que indudablemente desdeña!

Julio Prieto, discípulo de Castro Gil, habrá de ser, ó mucho me engaño, la antítesis que completará, sin embargo, la expresión galaica en el grabado. Quiero decir que Prieto será respecto de los tipos y las costumbres lo que Castro Gil es en cuanto á la naturaleza poderosa y las potencias arquitecturales del pasado. Julio Prieto evoca las mocías suaves, los campos de égloga y de bucólica, los ingenios poblados y también el otro mundo entre burlón y medroso de los seres quiméricos en los que todo buen gallego cree supersticiosamente.

María Ferrer de Homs, con sus reminiscencias goyescas y sus remotos atisbos á lo Ensor; Francisco Mateos, con sus fantasías impregnadas de expresionismo germánico, dan la nota satírica en la sección, así como sostienen el respeto al escolástico clasicismo Pedraza Ostos y Leandro Oroz.

Deben citarse igualmente las bellas litografías de Carlos Ismer, las cabezas al lápiz de Vázquez Díaz, las pruebas de Ricardo Verde y las evocaciones de El Escorial y de Toledo que firma el alemán Albert Ziegler.

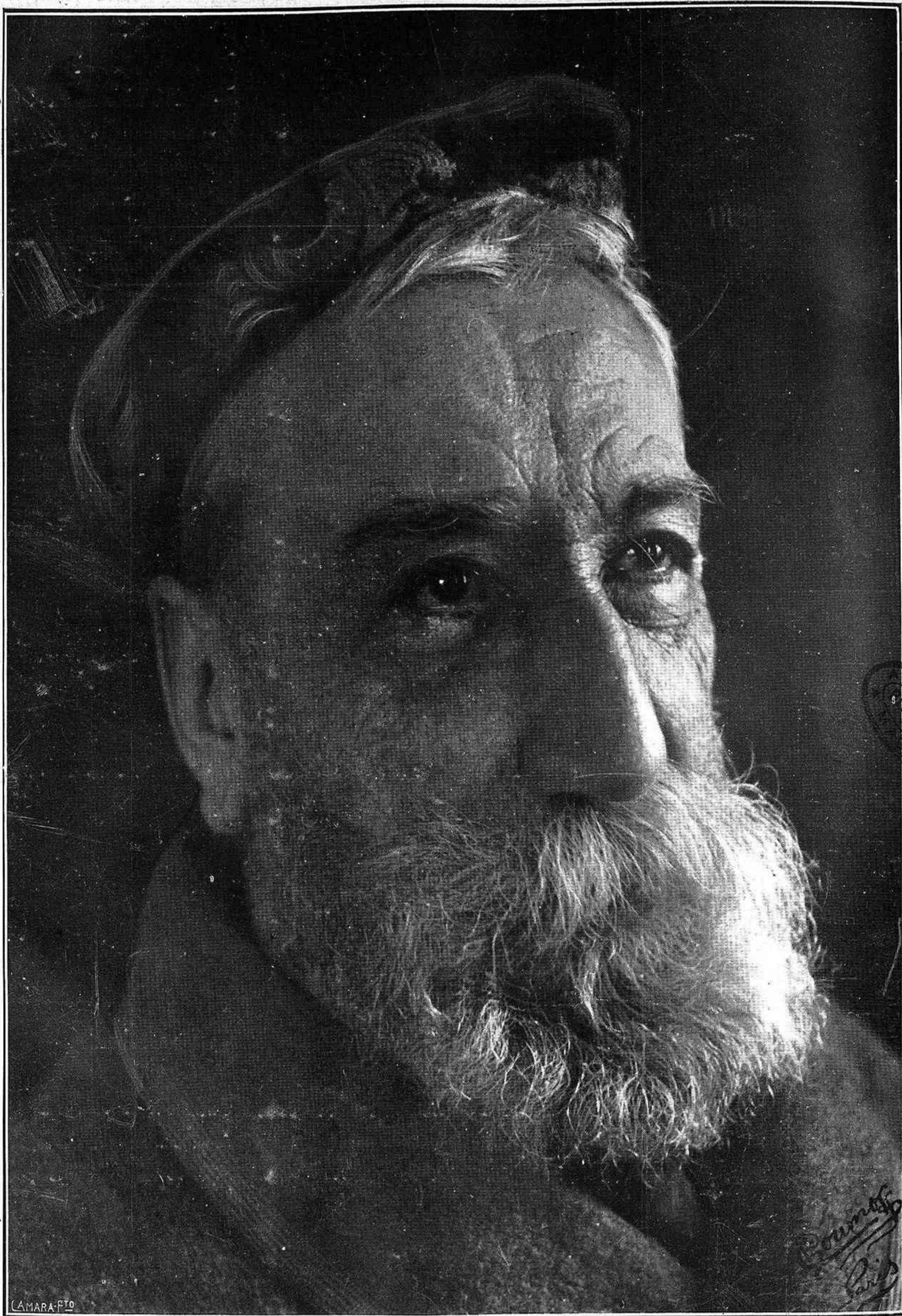
José FRANCES

CARICATURAS DE SANCHÓ

PARÍS

UNA "INTERVIEW" CON ANATOLE FRANCE

FORZANDO LA CONSIGNA DE LA «VILLA SAID». — EL «SANCTA-SANCTORUM» DE FRANCE. — LA POLÍTICA, SU PASIÓN Y SU IRONÍA. — LOS LITERATOS GRANDES Y LOS LITERATOS BUENOS. — EL ÚLTIMO LIBRO DE FRANCE



Último retrato de Anatole France

A la orilla del Bosque, frente a la puerta Dauphine y a la derecha de la Avenida, se abren durante el día las rejas de la «Villa Said», vía privada, estrecha calle de pequeños hoteles blancos y pulidos, alineados a lo largo de las aceras como yates atracados a un muelle en el refugio del puerto.

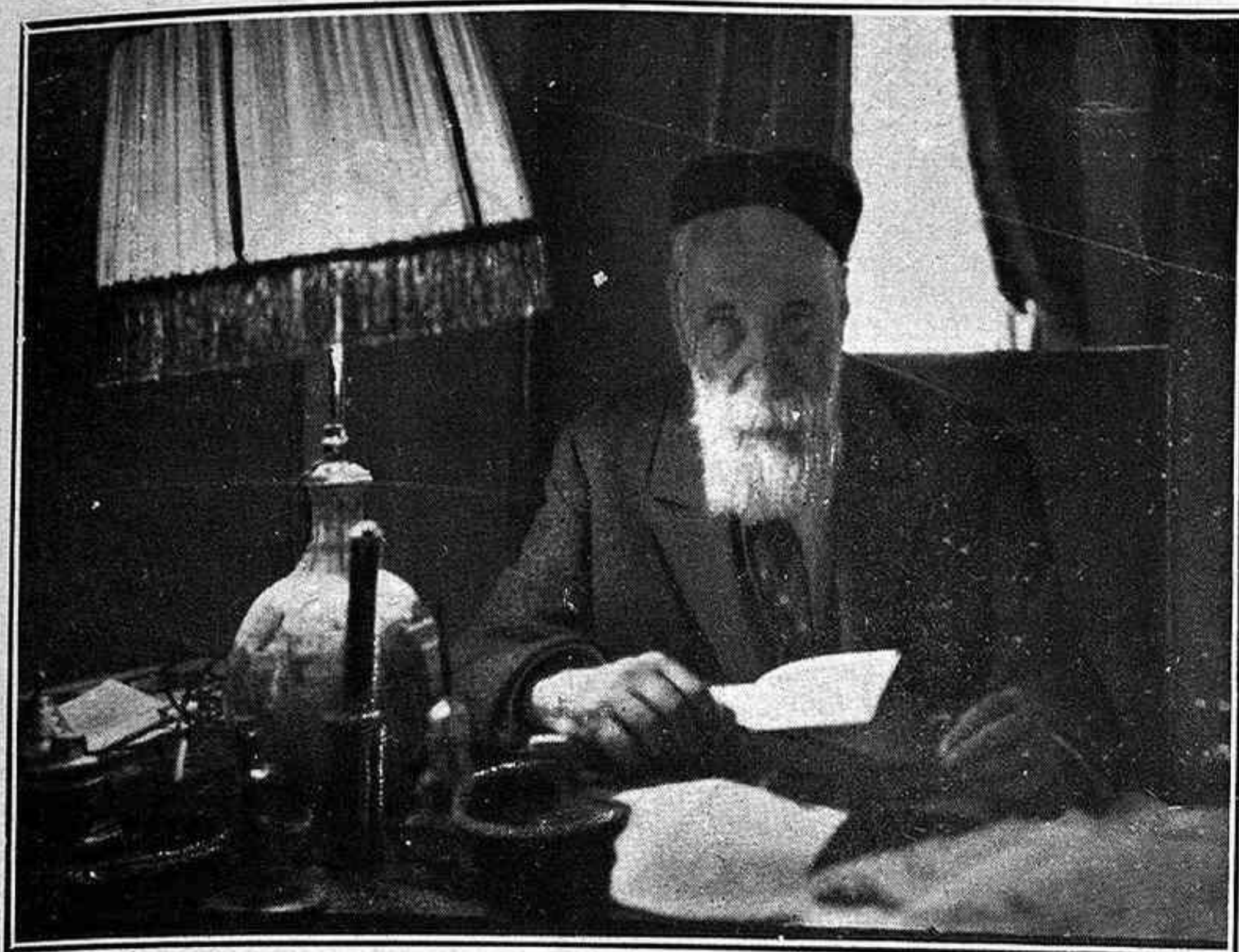
Entrando en la «Villa Said» quedan atrás, como dolores olvidados, el estruendo, la fatiga y la inmensidad de París; y a la sombra de los sicomoros,

como en un retiro provinciano, se va por camino de paz, en descanso de silencio... A esta paz y a este silencio se acogió el maestro France cuando, hace muchos años, abandonó su ancestral Quai Malaquais, difumado por las brumas del Sena.

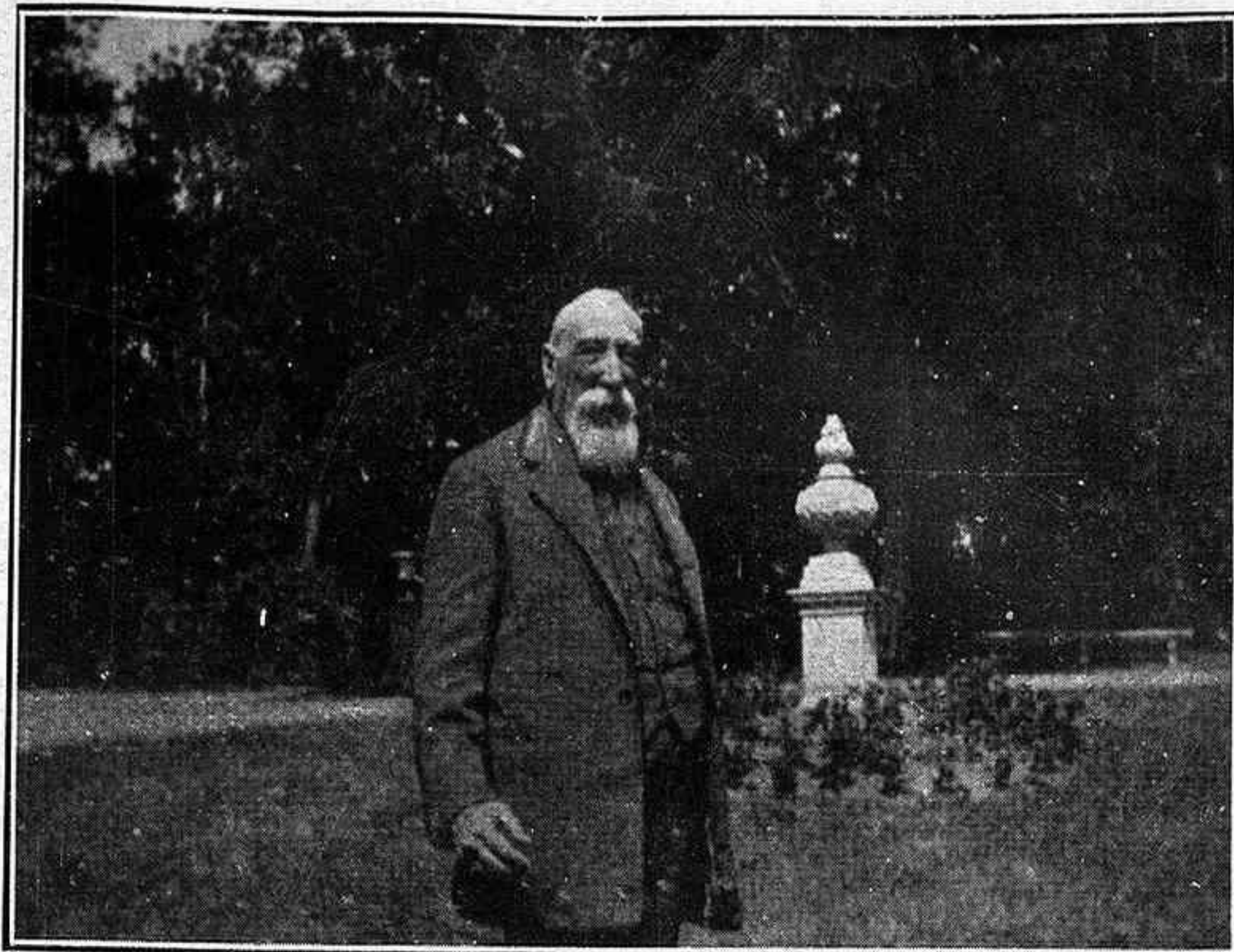
La casa de France tiene, contiguas, dos puertas: una principal, guarnecida con viejo aldabón de bronce, y otra pequeña, como de servicio, provista de un timbre eléctrico. En el buen tiempo en que el

maestro recibía a todo el mundo, y el hotel núm. 5 de la «Villa Said» era lugar de peregrinación para hombres de todos los países y de todas las condiciones, France distinguía a los artistas de los políticos en la manera de llamar: los artistas utilizaban el antiguo aldabón de la puerta grande; los políticos preferían el timbre de la puerta pequeña.

Ahora, por desgracia, no hay ocasión de elegir. Ambas puertas permanecen igualmente cerradas.



Anatole France ante su mesa de trabajo, en la «Villa Saïd»



France paseando por el jardín de «La Béchellerie»

El maestro France ha estado muy enfermo, y á su edad la convalecencia es larga. Para reponerse, el insigne anciano vive en su finca de *La Béchellerie*, en Touraine, y sólo viene á París cuando su salud necesita la vigilancia inmediata de los médicos. En esos días, para evitar toda fatiga, no recibe á nadie, no lee carta alguna, no firma siquiera los contratos editoriales que, para no molestarle, deja en suspenso desde hace tres meses su fraternal amigo Leopoldo Kahn, director de la casa Calmann-Lévy.

—O—O—

Por lo tanto, sin el auxilio—que en esta ocasión tuvo aire de complicidad—prestado por el bondadoso señor Kahn, no me hubiera sido posible volver á ver á Francia. Pero el señor Kahn me había citado la otra tarde en su casa para presentarme á madame Kahn y tratar de obtener de ella, por algunos días, la cesión de un magnífico retrato ofrecido y dedicado á la exquisita dama por el maestro... Madame Kahn me preguntó si la ausencia de la fotografía iba á ser larga; si no había temor á que el precioso documento quedara para siempre en la cima de un archivo; si no volvería roto ó manchado... Hice el máximo elogio de los servicios de redacción, de archivo y de grabado de Prensa Gráfica, tomé sobre mí todas las responsabilidades, obtuve el retrato y besé con infinita gratitud la mano de madame Kahn... Al despedirme, en el umbral, el señor Kahn insinuó:

—France marcha mañana á *La Béchellerie*; yo le acompaño, y voy ahora á la «Villa Saïd» para preparar algunas cosas...

Respondí, asiendo la ocasión por un cabello:

—Entonces, señor Kahn, permítame acompañarle hasta la Porte Dauphine... Pienso dar una vuelta por el Bosque...

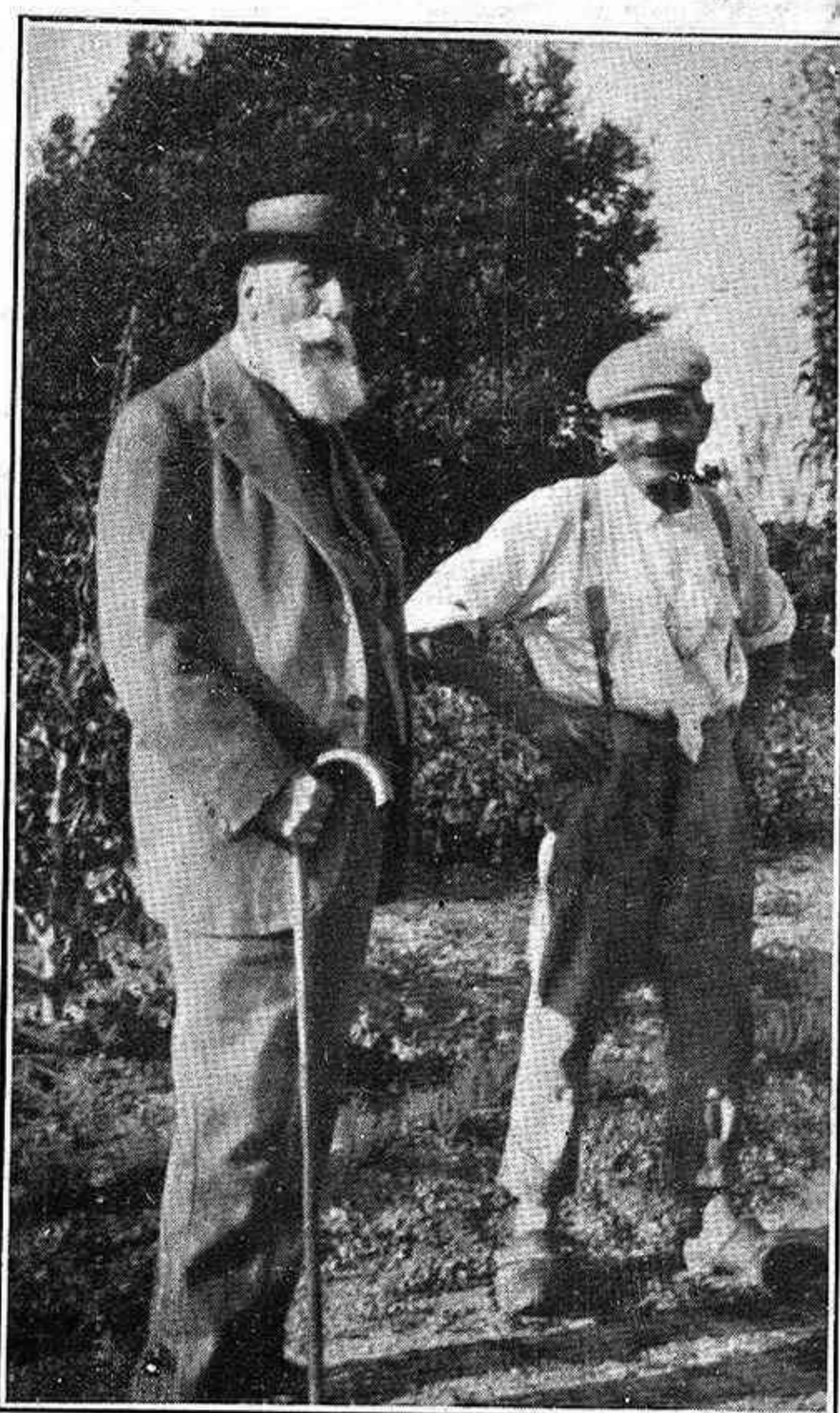
Salimos juntos; llegamos juntos hasta la «Villa Saïd», y á la puerta de la casa de France, mi excelente amigo concedió:

—Pase usted... Ya veremos...

El señor Kahn subió á la biblioteca en busca del maestro... Yo quedé en el saloncito que hace las veces de vestíbulo, y cuya suntuosidad produjo asombro y desconcierto á más de un visitante... Recordé la historia de cierta nihilista rusa llegada hasta ese mismo lugar, después de un largo viaje emprendido con el exclusivo objeto de conocer personalmente al escritor y al apóstol, y que, al hallarse entre tesoros artísticos dignos de la residencia de un príncipe, huyó sin aguardar á que France la recibiera, convencida de que aquel hombre, ó no era el que ella buscaba, ó, si lo era, se burlaba tranquilamente de sus lectores...

La voz del señor Kahn pronunció mi nombre en lo alto de la escalera. El *sésamo* se abrió. Llegué ante la mampara de cuero acolchonado que en el último piso del hotel, bajo los techos, da paso á la biblioteca y semeja puerta de sacristía... La mampara cedió al empuje blando que midió, con ademán de liturgia, la mano reverente del señor Khan, y pasamos de la clara luz de la escalera soleada á la penumbra de templo creada en el *sanctuarium* de France por los vitrales góticos de las ventanas...

Sentado frente á la inmensa chimenea renacimiento, en cuyo hogar aún ardían leños; envuelto en su bata gris y tocado con su legendaria monterilla de terciopelo carmesí, el venerable anciano volvió hacia nosotros su exangüe rostro de marfil, en el que sólo los ojos negros conservan un intenso fuego de vida; y sonriendo bajo la maraña de plata



Anatole France conversando con sus jardineros de «La Béchellerie»

que cubre sus labios, murmuró, con la hidalga cortesía de siempre:

—No me levanto... Perdóneme...

Tendió las manos... Me incliné sobre ellas, y, cumpliendo la misión encomendada por Prensa Gráfica, dije la admiración, el respeto y el amor, no sólo nuestro, de España, sino de toda la gran familia española dilatada por el mundo, en ese inmenso reino del espíritu y del corazón donde el sol no se pone jamás.

France escuchó, agradecido, con esa humana cordialidad que le hace desear el afecto de todos los hombres... Luego hablamos de la reciente fiesta del Trocadero, en la que el Maestro pronunció su tal vez última arenga por la reconciliación de los pueblos y por la paz.

—En una ocasión—me dijo France—recibí la visita de un periodista extranjero que me preguntó por qué abandonando mi torre de marfil descendía á la palestra del mitin...

Por toda respuesta le aconsejé que leyera detenidamente el *Quijote*...

France, en esa palestra á la que descendió por amor del prójimo, lucha en las filas de los proletarios porque aborrece las guerras y piensa que únicamente la organización internacional del proletariado conseguirá en adelante impedir las. Y para exponer sin ambages su punto de vista, discurrió acerca de la patria...

«Las conciencias nacionales—explicó el Maestro—no se oponen, sino, por lo contrario, se completan entre sí. Por ello un hombre puede amar su

patria y venerar al mismo tiempo las otras. Si no todo el mundo, ni mucho menos, comparte tal criterio, es porque una patria no es tan sólo un conjunto de ideas radiantes, sino también, y por desgracia, la razón social de una multitud de empresas financieras entre las cuales hay pocas recomendables. Los antagonismos de las concupiscencias capitalistas, y no los odios de razas ó de pueblos, son los que originan los choques entre las naciones y causan las guerras modernas...

Pero el impulso redentor, la pasión generosa que ha hecho intervenir á France en las luchas políticas no le ha dominado hasta el punto de hacerle olvidar esa ironía sutil y punzante, dulce y amarga á un tiempo, que es la sal y la pimienta de su genio:

—Fuí una vez—me contó—á la Bolsa del Trabajo para ver al formidable Pataud, secretario del Sindicato de electricistas. Quería yo sorprender al agitador en su ambiente y estudiarle un poco... Hallé al hombre abismado entre una avalancha de impresos... Le felicité, suponiendo que todo aquello era material de propaganda... Pataud me contempló con cierta conmiseración, y mostrándome uno de los folletos, me dijo: «Son las aventuras de Sherlock Holmes, única lectura que interesa á los sindicatos...»

Llevada á tal terreno la conversación derivó hacia la literatura. France me preguntó:

—¿Tienen ustedes ahora en España muchos grandes literatos?

Respondí:

—Tenemos algunos buenos...

Entre la maraña de plata volvió á brillar una tenue sonrisa:

—No es lo mismo—indicó France—grande que bueno... Por lo general, los grandes escritores son malos, por lo menos á juicio de los estilistas y de los pedantes... Escribir bien, para la mayoría de las gentes y para todos los críticos, es hacerlo sujetándose á las reglas... Los buenos escritores las respetan, mas los grandes escritores prescinden de ellas... Rabelais, uno de los más grandes escritores de Francia y del mundo, abusaba de los epítetos, acumulaba los substantivos y los verbos y construía frases que carecían de flexibilidad, de ritmo y de equilibrio... Molière también escribía mal, y lo mismo le ocurría á Balzac... Otros escritores fueron más cuidadosos, más puros, mejores, en suma; pero no fueron grandes, verdaderamente grandes, como Rabelais, Molière y Balzac...

Después de esta disquisición, el Maestro se puso en pie. Era la hora del paseo cotidiano en automóvil, bajo las frondas del bosque. Acariciando un montón de cuartillas oprimidas, sobre la mesa, bajo un trozo de mármol antiguo, France dijo:

—Mi querido Kahn: esto va despacio...

Esto es el nuevo libro que el maestro preparaba cuando la enfermedad le sorprendió: se titula *Sous la Rose*, y está constituido por varios capítulos de conversaciones filosóficas.

El señor Kahn murmuró:

—Hay tiempo...

La voz del buen editor temblaba un poco.

France me tendió la mano con ademán triste y lento, como en un adiós definitivo...

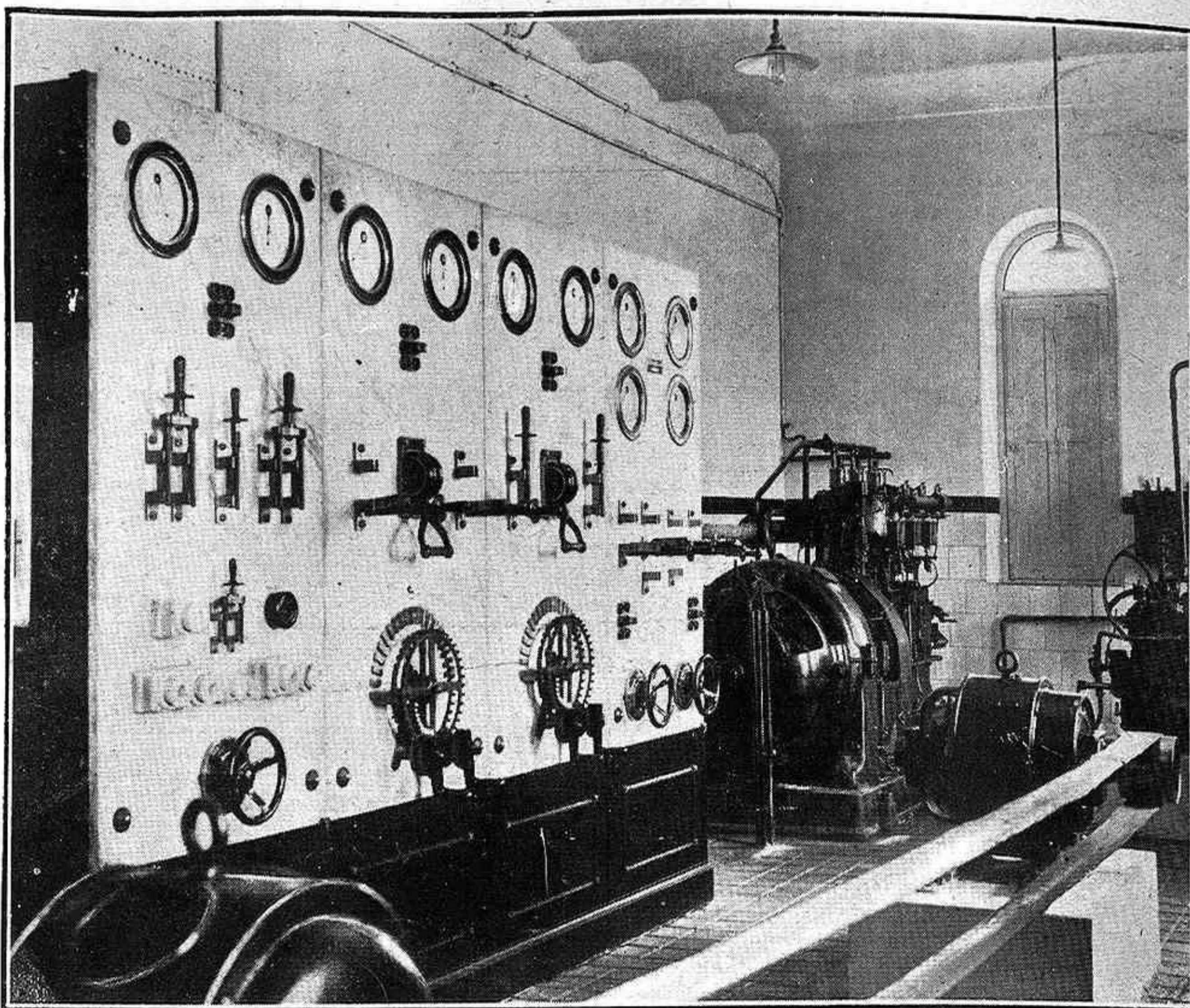
Salí de la «Villa Saïd», fui despacio por la Avenida y di una inmensa vuelta para salir á los Campos Elíseos sin acercarme á la Plaza de la Estrella, porque llevaba en la mente y en el corazón la imagen apostólica del Maestro y no quería profanarla con la visión marcial y aborrecible del Arco de Triunfo...

ANTONIO G. DE LINARES

LA ESTACIÓN CENTRAL RADIOELÉCTRICA DE LA MARINA DE GUERRA

LA estación más potente de telefonía sin hilos que tenemos en España pertenece al servicio de la Marina de Guerra, y se halla instalada en terrenos de la Ciudad Lineal cercanos á Chamartín de la Rosa. Es interesante saber que esta estación es debida en todas sus partes á los trabajos de un técnico español: el ingeniero de Radioelectricidad y miembro del Cuerpo de Telégrafos D. Antonio Castilla, y ha sido construida por completo en Madrid en los talleres de una antigua entidad industrial, de la que el Sr. Castilla fué uno de los fundadores y director técnico. Una torre de acero de setenta y cinco metros de altura soporta la antena cuyos seis hilos se extienden como las varillas de un paraguas á una altura media de sesenta metros sobre el suelo. Hasta hace poco los transmisores se unían por un lado á la antena y por otro á tierra ó á unos pocos hilos que constituían lo que se llamaba la contraantena; pero en esta estación, siguiendo la tendencia moderna, en vez de la tierra se emplea una red de hilos que, sostenidos por postes de unos siete metros, se extienden por todo el terreno, formando lo que se llama una «pantalla de tierra», lográndose así reducir al mínimo las pérdidas de energía que alcanzaban al 80 por 100 con los antiguos métodos, mientras que con el dispositivo mencionado quedan reducidas al 30 por 100, y aun menos.

El aparato transmisor está contenido en un mueble que lleva tres cuadros, de los que el de la derecha contiene los organismos de ajuste para el cambio de longitud de onda y aparatos de alta frecuencia; el del centro lleva los tubos ó lámparas transmisoras con sus aparatos de regulación, y el de la izquierda las lámparas de modulación, los aparatos para cambio de método de transmisión y otros organismos accesorios. En realidad son dos transmisores completamente independientes entre sí, pero acoplables al mismo sistema de alta frecuencia y antena, pudiendo usarse las dos unidades á un tiempo para desarrollar la máxima potencia de cuatro kilovatios de la estación, ó bien una sola unidad de dos kilovatios, quedando la otra en reposo y como de repuesto. Los organismos más importantes son los tubos ó lámparas termiónicas también denominados triodos; de éstos hay cuatro de gran potencia para transformar la energía de corriente continua de las dos dinamos anexas al transmisor en energía de corriente de alta frecuencia que se establece en la antena y cuyas corrientes son las que originan la producción de ondas en el espacio; otros cuatro de igual potencia que los anteriores, cuya misión es «modular», es decir, variar la amplitud ó intensidad de la corriente de an-



Sala de máquinas y cuadros de carga de baterías

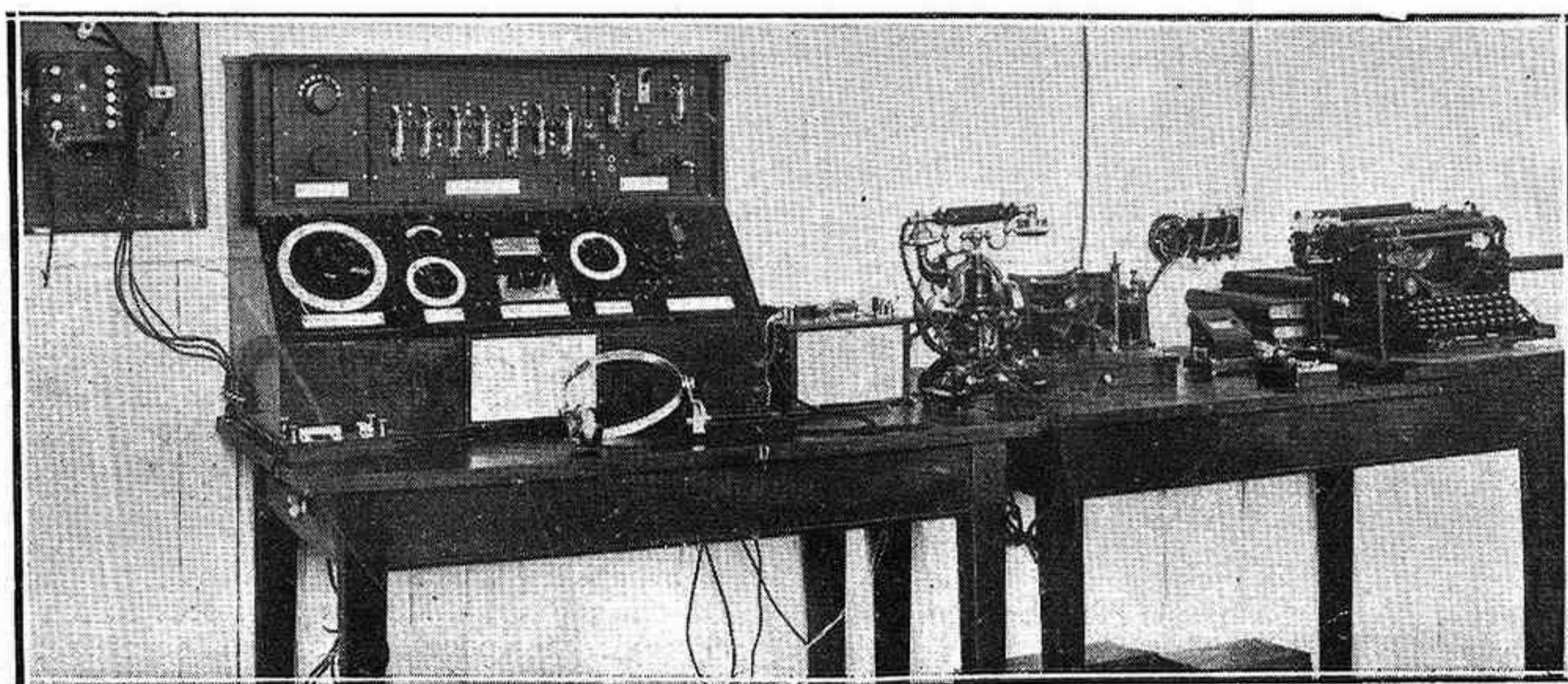
tena y, por tanto, de las ondas emitidas, siguiendo el ritmo de la voz ó de los sonidos, y, por último, un tubo ó triodo de menor potencia que los anteriores (sólo de unos ciento cincuenta vatios), cuyo objeto es amplificar unas cincuenta veces la energía de la corriente telefónica del micrófono ó de otro origen y actuar así sobre los tubos moduladores de modo eficaz, aunque las corrientes telefónicas sean relativamente débiles. Todos los tubos ó triodos referidos son de patentes del Sr. Castilla del año 1923; estos mismos tubos son los que se emplean en la estación de conciertos de Radio-Madrid, debida también al Sr. Castilla.

El alcance de una estación de T. S. H. es algo

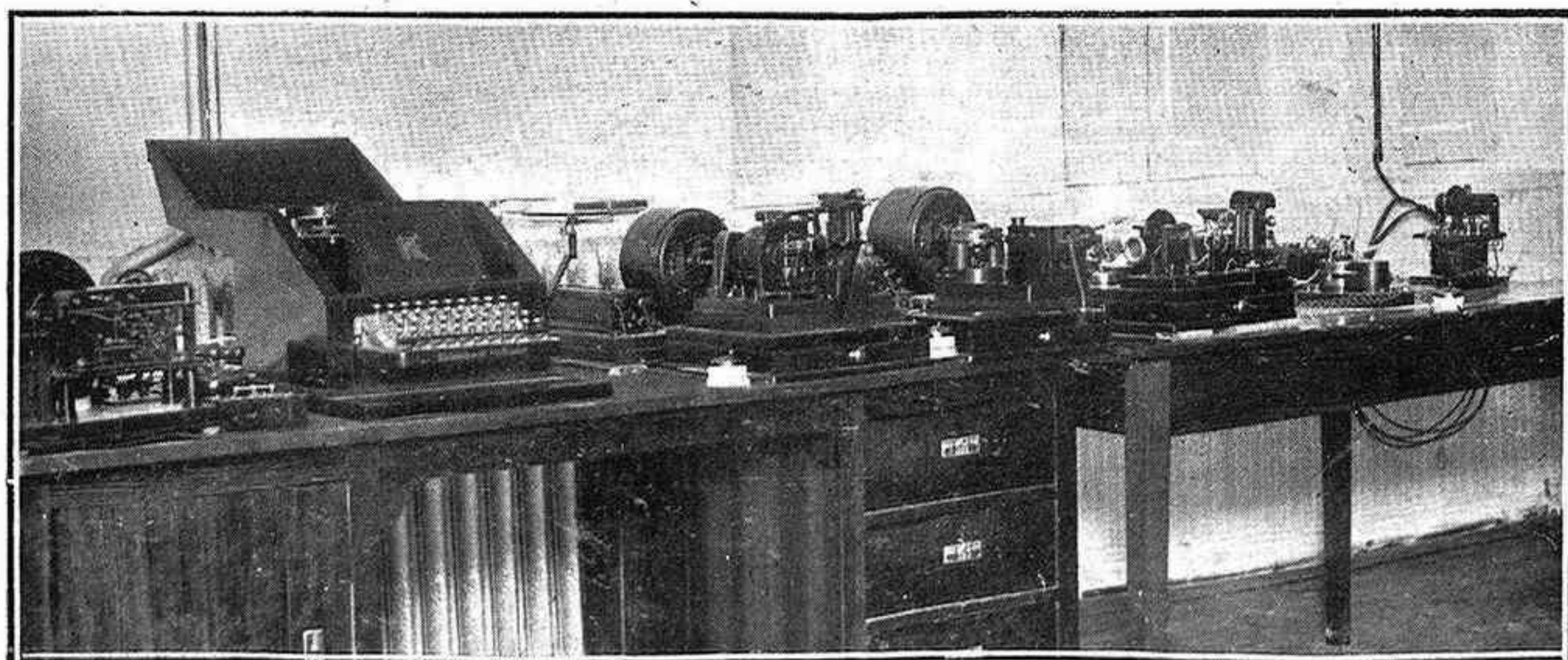
muy difícil de precisar, pues depende de un gran número de circunstancias; como ejemplo puede citarse el caso de las estaciones inglesas de radiodifusión que han sido oídas muy frecuentemente á distancias de seis mil kilómetros y mayores aún; sin embargo, según afirmaba en reciente artículo publicado por *Wireless World* el mismo director de la Compañía inglesa de Radiodifusión «The British Broadcasting Co.», resulta que para oír esas mismas estaciones con su potencia actual, de un modo realmente satisfactorio, es decir, limpia la audición de ruidos extraños en cualesquier circunstancia y en todo momento, precisa no estar de cada una de ellas á distancia mayor de cien kilómetros; es decir, unas sesenta veces inferior á los alcances máximos registrados. Respecto á la estación que nos ocupa, podemos decir que durante el discurso radiotelefónico del Presidente del Directorio, en Abril último, y pocos días después, cuando emitió un concierto en el que cantó el barítono Aguirre Larobe, fué oída muy intensamente en toda la Península y con suficiente intensidad hasta en Inglaterra; debiendo tenerse en cuenta que en ambas ocasiones trabajó el transmisor solamente con dos kilovatios, ó sea con la mitad de su potencia máxima.

Normalmente la estación comunica en perfectas condiciones por telefonía con los Apostaderos de Cádiz, Ferrol y Cartagena; con las bases navales, incluso la de Mahón, y con los barcos de la Escuadra. Merced á un aparato amplificador especial, puede enlazarse la estación con la línea telefónica de modo que desde el Ministerio de Marina sea posible hablar con la Escuadra ó Apostaderos. La estación puede trabajar en telegrafía por onda continua ó «modulada», oyéndose en este último caso la transmisión telegráfica como una nota musical. Existe el propósito (y esto es interesante para los radioauditores ó radioescuchas, como ahora se dice) de utilizar esta estación como radiotelefónica no sólo para el servicio oficial de la Marina, sino también para emitir quizá una vez por semana algún concierto, conferencias, etc., etc. El transmisor puede emitir utilizando seis longitudes de onda distintas entre 900 y 2.000 metros, siendo esta última la onda normalmente empleada.

La iniciación para el establecimiento de esta estación se debió al malogrado ministro é insigne marino D. Augusto Miranda; posteriormente el jefe del departamento de electricidad del Ministerio de Marina, D. Antonio Azarola, una de las mayores autoridades en la técnica de la Radioelectricidad, y el actual jefe de la estación, capitán de navío D. Federico Aznar, acogieron con verdadero entusiasmo é interés los proyectos é iniciativas del señor Castilla, proporcionándole todas las facilidades para la realización de esta obra, que es, sin duda, una brillante prueba en favor de la técnica y el trabajo nacionales.



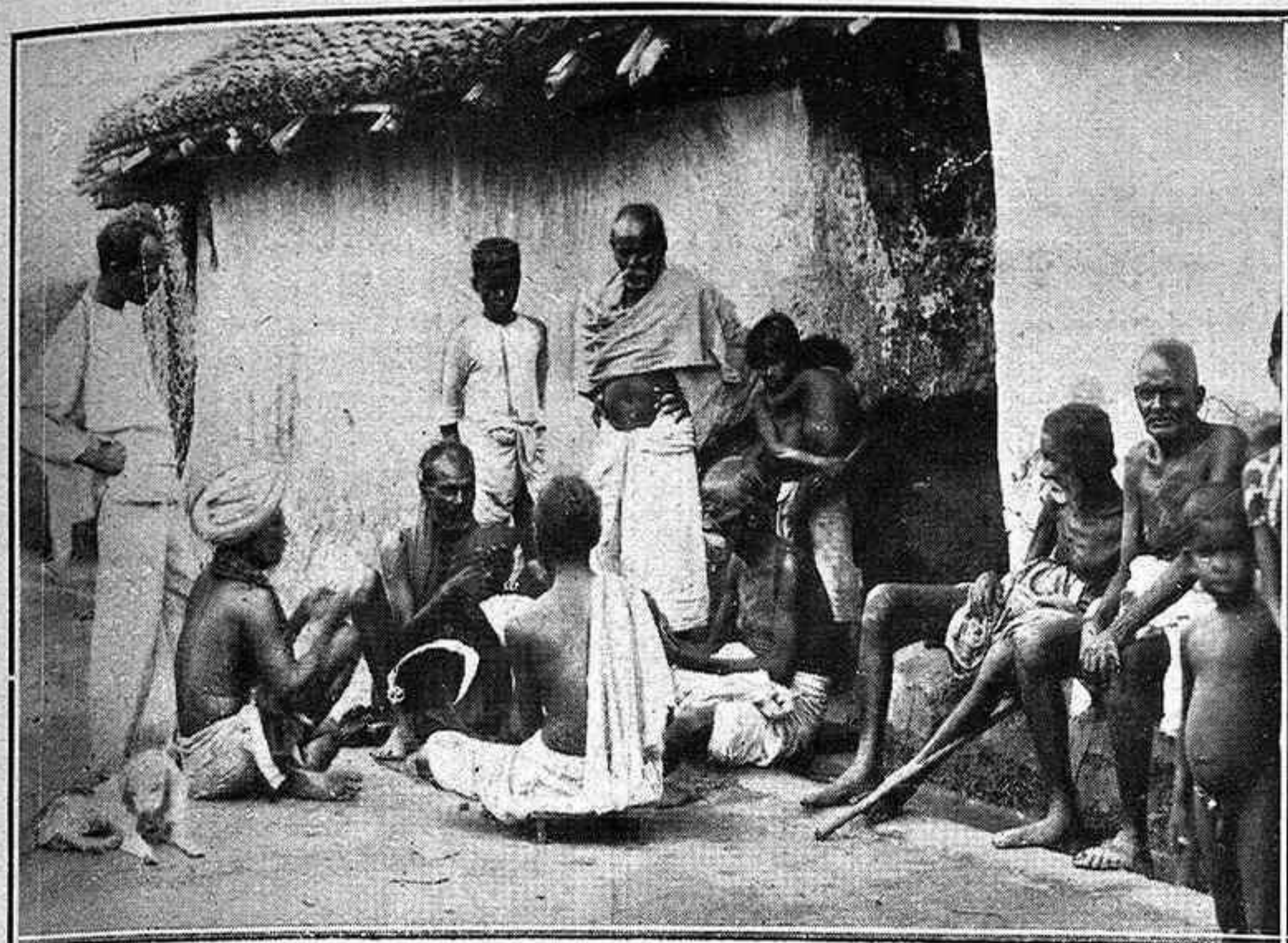
Receptor radiogoniométrico



Aparatos automáticos de recepción y transmisión

FOTS. DÍAZ

M U J E R E S D E L A I N D I A



Tipos de indos de Madura



La familia de un brahman en peregrinación

De Norte á Sur, desde Cachemira y el Nepal, lindantes con el Himalaya tibetano hasta la costa malabar y la isla de Ceylán, viven en la India tantas razas que el palacio de un rajá puede considerarse como compendio del género humano. Los tipos de estas razas responden, por consiguiente, á muy distintos ideales de belleza. La manzana es tentadora; pero la naranja es deslumbrante y la aceituna también es bella. Todas tienen su sabor y su aroma, como frutos de un suelo rico de savia y de un sol pródigo.

Una cosa les es común á todas: la brevedad de la belleza. Nuestras gitanas, indias de origen, se marchitan muy pronto. Las bengalesas, como las malayas, son todas flores tempranas, y una mujer de veinticinco años ha envejecido ya.

El indio no toma mujer sino para que le dé hijos, y cuantos más tiene más feliz se considera. Sea cual fuere su estado de pobreza y desnudez, no se le oirá nunca quejarse del aumento de su familia. La esterilidad de su mujer es la mayor desgracia que puede ocurrirle; ese estado se considera como una maldición celeste, y en ciertos casos puede autorizar la separación. Es, por lo tanto, la mujer india sarmiento que arde muy de prisa. El clima y la maternidad gastan en pocos años su juventud, mientras que el hombre puede llegar á muy altas edades conservando todo su vigor.

La mujer trabaja. Comparte las labores del campo. Ayuda en los oficios. Una mujer europea, una

francesa muy inteligente, madame Jacolliot, que acompañó en distintas expediciones al célebre viajero y que escribió sus impresiones de la India, ha contado, probablemente con mayor sencillez é intimidad que nadie, la realidad de la vida femenina en aquel país. Ha pasado tiempo desde la permanencia en la India de madame Jacolliot; pero la civilización inglesa no ha logrado alterar las líneas esenciales de la vieja cultura india.

Un indio del pueblo, un *macía*, por ejemplo, insulta á su mujer delante de extraños por la menor inadvertencia, como á una sierva ó una esclava, empleando términos violentísimos. Los indos consideran á la mujer como de especie muy inferior al hombre. Hasta los brahmas de las castas más elevadas proceden con la madre de sus hijos como con un ser sin consistencia, sin razón, sin valor moral, que necesita ser mantenido en la línea del deber por la severidad. La mujer vive en la India en un estado continuo de dependencia y sumisión, y en ninguna circunstancia de su vida puede llegar á ser dueña de sus actos. Su deber es obedecer á los padres cuando niña, á su marido y á la madre de su marido de casada, y en la viudez los hijos vienen á ser sus superiores y tienen derecho á mandar sobre ella. Á consecuencia de estas ideas, la educación de las mujeres está absolutamente descuidada; no se cultiva de ningún modo su inteligencia ni su talento, aunque fácilmente puede apreciarse que algunas tienen extraordinarias condiciones naturales. En el estado de degradación á que la mujer está sometida, ¿para qué le serviría la instrucción? Para comprender cuán falsa es la marca de inferioridad intelectual y moral que se le impone y para reclamar un puesto de igualdad en el hogar doméstico... Su situación actual le conviene más al indio, acaso más por tradición que por propósito reflexivo, porque en el fondo no es malo. Así es que toda la educación de la mujer en la India se reduce á enseñarla á mondar el arroz, á cocerle y á distraerse en los cuidados, poco numerosos, de la casa.

Las bayaderas, cuya profesión es bailar en los templos y en las ceremonias públicas, ó las mujeres que hacen tráfico de sus encantos, son las únicas á quienes durante siglos se les ha permitido aprender á leer y escribir, además del canto y de la danza. Era, por consiguiente, vergonzoso que una mujer honrada supiere leer, y si por casualidad aprendía, se avergonzaba de decirlo.

Estos últimos años los ingleses han ido con gran cautela y parsimonia transformando esas antiquísimas costumbres. Van niños y niñas indígenas á las escuelas públicas. Pero la transformación va tan despacio que apenas si se nota en la vida del pueblo.

El movimiento musulmán, engendrado por el formidable cambio que acaba de operarse en Turquía, y especialmente entre las mujeres turcas de la mejor sociedad, quizá llegue á producir efectos en ciertas zonas de la India.

Todavía la mujer india se cree inferior, y no es raro oírlas decir, á manera de justificación, cuando se les reprocha alguna falta: «Después de todo, yo no soy más que una pobre mujer.» Una de las injurias más sangrientas que un indio puede dirigir á otro en cualquiera circunstancia de la vida es ésta: «Se ha portado como una mujer.» La mujer le llama al marido «mi amo», «mi señor» y muchas veces «mi dios». El respeto le impide llamarle nun-

ca por su nombre; y si en momentos de buen humor ó familiaridad se tomara esa licencia, pasaría por mujer mal educada y sería inmediatamente llamada al respeto por una corrección que todo el mundo encontraría muy merecida.

Pero si las mujeres gozan de poca consideración en la vida privada, el respeto que se les tributa en público es una especie de compensación. Nadie las molesta. Pueden ir por todas partes; pasar por los sitios más frecuentados sin tener que temer miradas indiscretas ni impertinencias de los desocupados.

Una casa en que hay mujeres es un asilo que el más desenfadado libertino no violará nunca. Y en general su vida no es mala, á pesar de su servidumbre. No se la somete á ningún trabajo penoso. Y, en realidad, llega á adquirir verdadero influjo en la familia.

Todos los días oímos decir á un indio, sin distinción de casta ó fortuna:

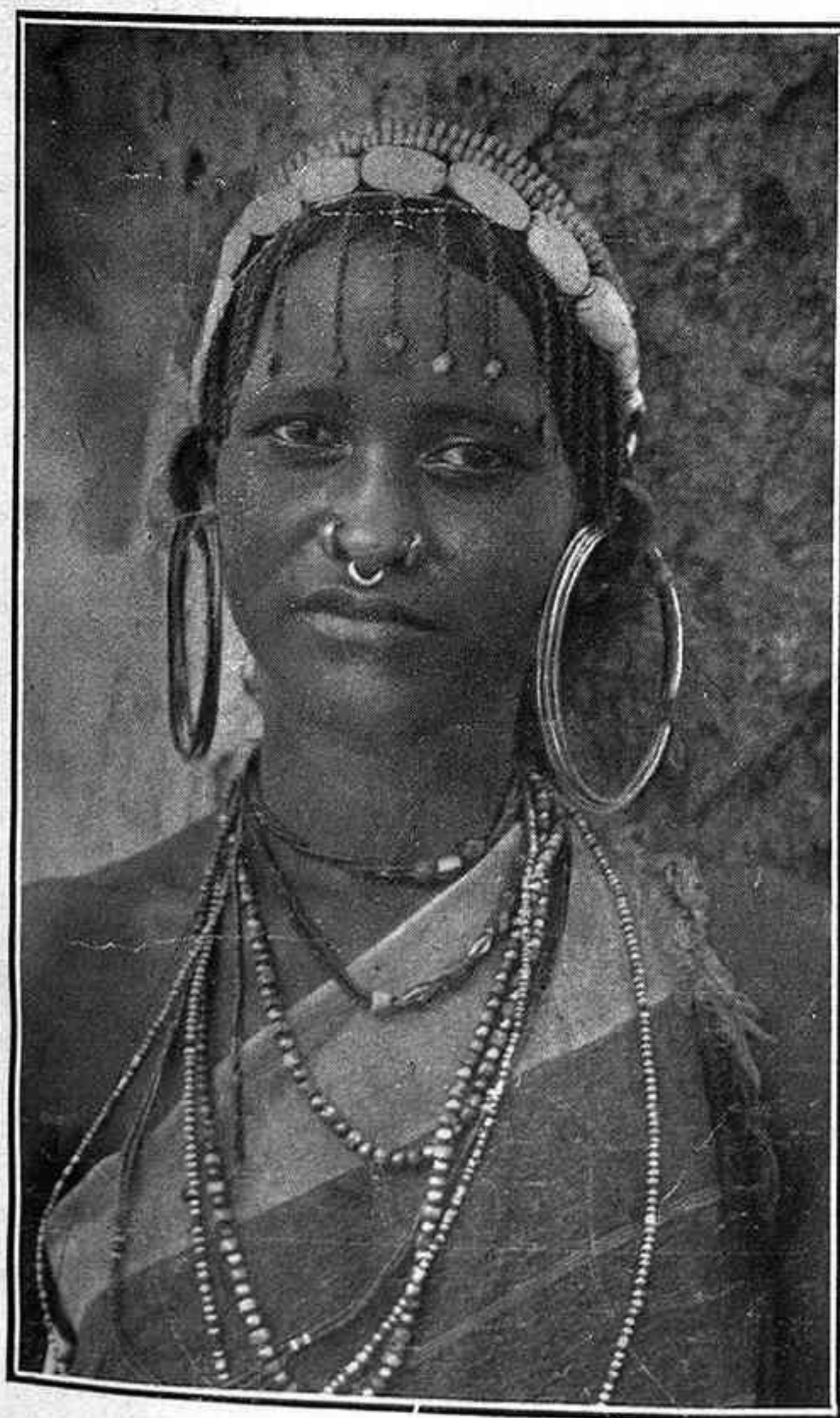
—Bien querría hacer eso, pero no puedo.

Y si su interlocutor le pregunta por qué:

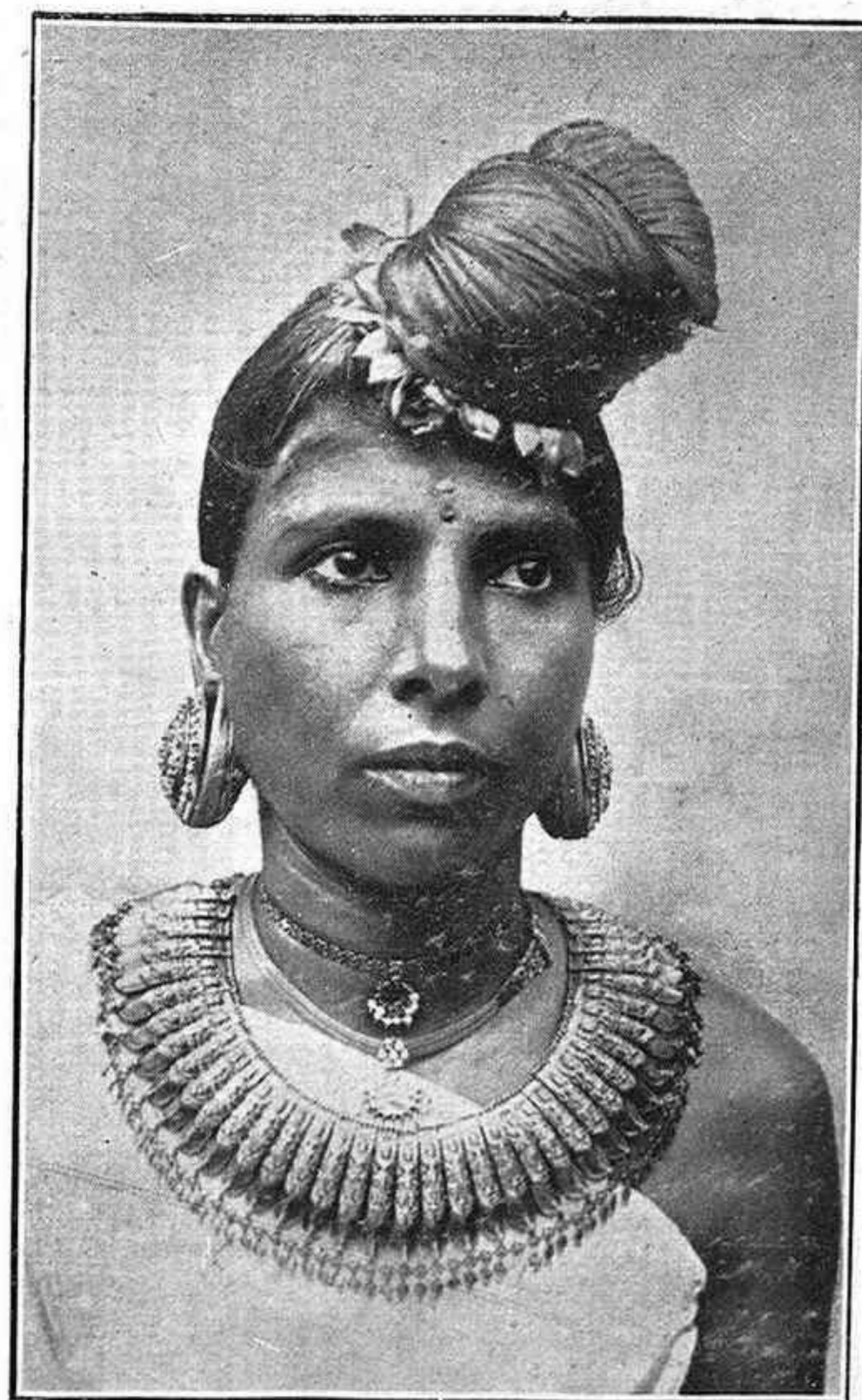
—La *mujer* no quiere—responde—. Porque voy á disgustar á la *mujer*. Cuando la *mujer* está triste los chicos lloran, y los dioses no bendicen las casas en que las mujeres no son felices.

Y este es el desquite de la mujer, en la India como en otros muchos lugares, sin hablar de España.

A. DE TORMES



Una belleza del Gaujan (Norte de la India)



Mujer de Malabar engalanada para una fiesta

CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

QUIEN haya leído atentamente los libros maravillosos del gran entomólogo Favre, habrá podido comprobar que la mayoría de los inventos humanos fueron inspirados por la observación directa del mundo animal.

Sin referirnos sino al más reciente descubrimiento, la aviación, cuyo nombre expresivo y gráfico recuerda el origen zoológico del prodigioso hallazgo, es ahora, en el momento presente, cuando la telefonía sin hilos constituye la monomanía universal, ocasión y motivo de confirmar nuevamente el referido aserto científico. A ello se ha consagrado con todo amor y perseverancia un sabio norteamericano, Mr. Horle, famoso entomólogo, cuyas colecciones de mariposas son las más completas que existen. Observando este ilustre compatriota de Edison que algunos lepidópteros poseían la facultad de llamarse a distancias considerables, hubo de preguntarse si esas lindas florecillas vivientes podrían utilizar en su servicio las ondas hertzianas.

Crean, en efecto, los naturalistas que las antenas de los insectos les sirven no sólo para el tacto, sino para la audición y el olfato. Algunas especies de mariposas perciben el olor de sus compañeras a varios kilómetros de distancia. Por el contrario, hay ciertos ortópteros, como el vulgar grillo campestre, cuyas antenas constituyen el aparato auditivo del animal. De igual modo, entre las libélulas, los referidos órganos están formados por una sola fibrilla rígida, que, á juzgar por su estructura, parece transmitir las vibraciones sonoras al cerebro del insecto. Ha de admitirse, pues, una comunicación acústica entre las pequeñas bestezuelas, pues si la Naturaleza nada crea que no tenga objeto, ¿por qué había de dotar á las cigarras y á otras primas donnas de los cam-



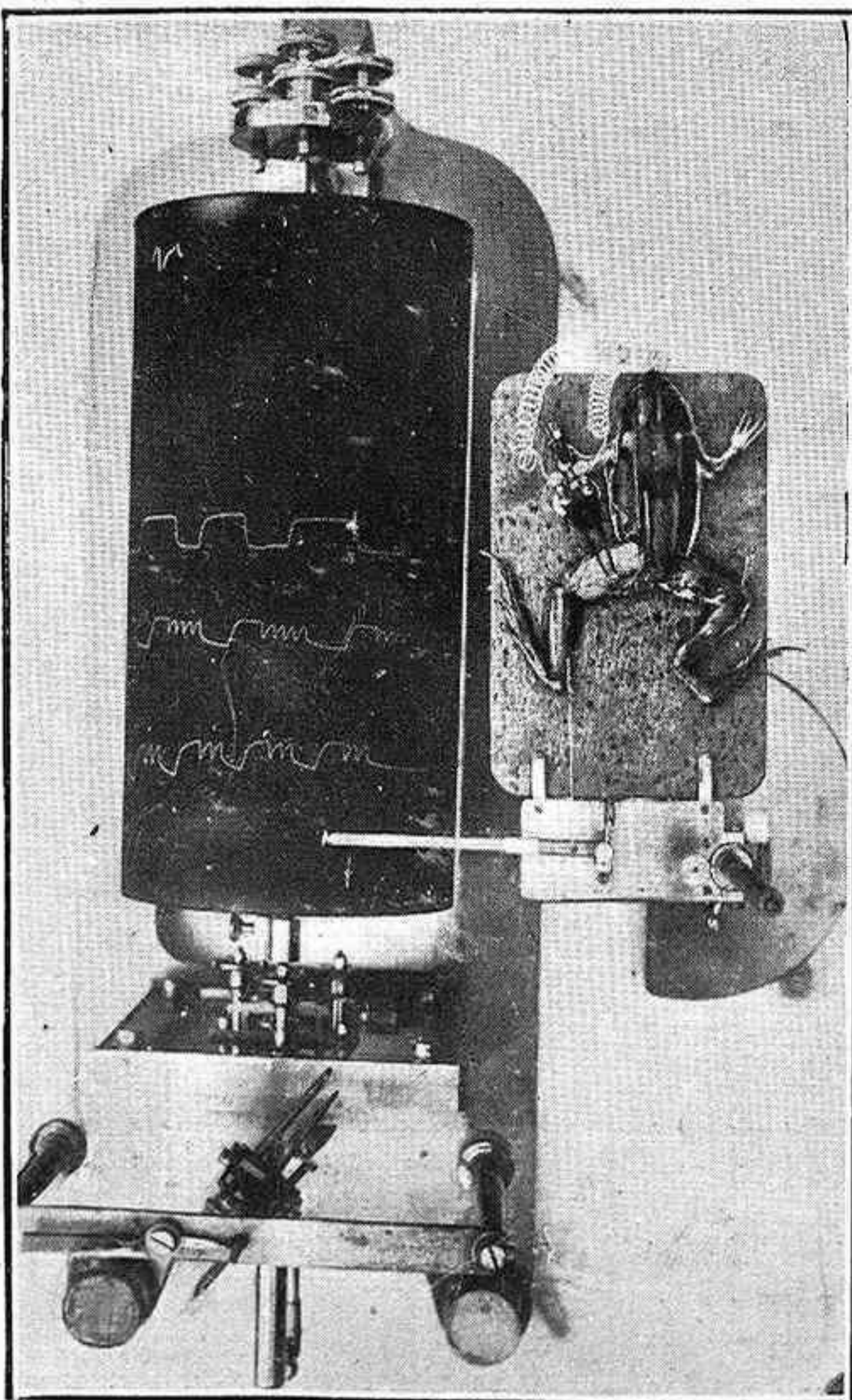
El vulgar grillo campestre, á la entrada de su esconderijo, agita sus antenas como un radiogoniómetro

LA RADIOTELEFONÍA EN EL MUNDO ANIMAL

para transmitir instantáneamente el pensamiento humano. Según el testimonio de dos de sus amigos, ciertos moluscos poseen la propiedad de mantenerse bajo la reciproca influencia simpática, sea cualquiera la distancia que los separe. Pocas cosas más cómicas que el experimento llevado á cabo por estos dos amigos de M. Alix para dar con el por ellos llamado «fluido caracolístico». Hombres pacienciosos ambos, empezaron por construir una rueda de madera, movable sobre su eje y en torno de la cual iban suspendidos veinticinco casilleros correspondientes á las diversas letras del alfabeto. En cada una de esas casillas depositaron luego un caracol vivo que empezaba á agitarse no bien se le acercaba uno de sus viscosos compañeros. Inútil nos parece añadir que el «telégrafo caracolístico» excitó la inventiva de los caricaturistas y humoristas de la época. Más recientemente otro francés, el Dr. Lefeuvre, profesor de la Escuela de Medicina de Rennes, llevó á cabo ensayos de más alto valor científico. Valiéndose de una rana logró recibir mensajes radiotelegráficos. Para ello unía los músculos del batracio á la palanca de un miógrafo, y de este modo llegaba á inscribir sobre un tambor embadurnado de negro de humo las indicaciones horarias transmitidas desde la torre Eifel.

Como ha podido advertirse por lo que antecede, nuestros «hermanos inferiores» toman parte en los progresos de la civilización humana, aunque es claro que del mismo modo que hablaba en prosa el famoso M. Jourdain, ó sea sin saberlo. En todo caso, los insectos «telesinhilistas», emisores de radiaciones invisibles, tienen, sin duda, su puesto señalado por la Naturaleza entre el gimnoto, productor de electricidad, y el gusanillo de luz.

D. R.

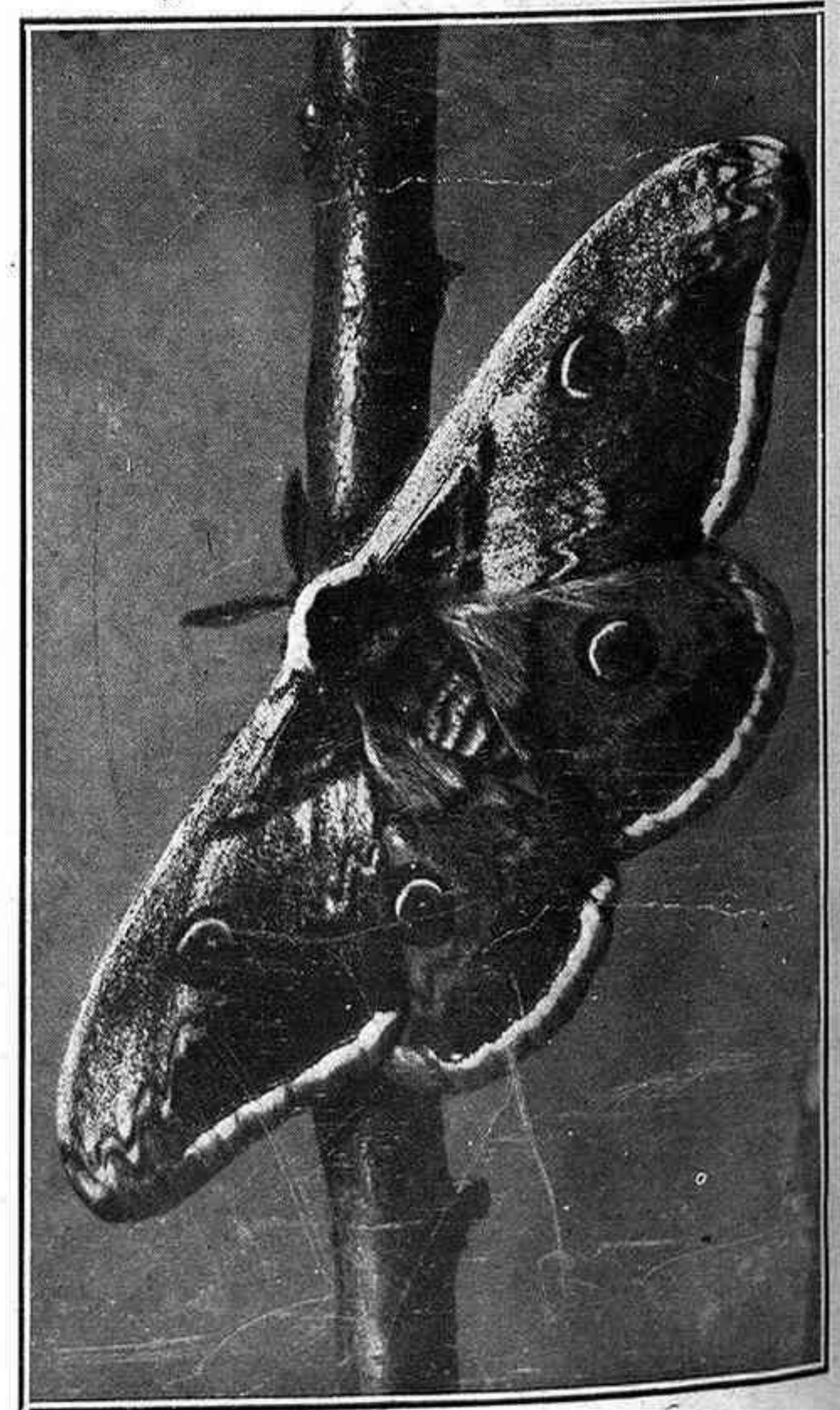


Curioso empleo de la rana para registrar las señales radiotelegráficas

pos de admirables instrumentos con los que entonan durante días enteros sus cantos epitalámicos, si ninguno de sus congéneres pudiera oírlos?

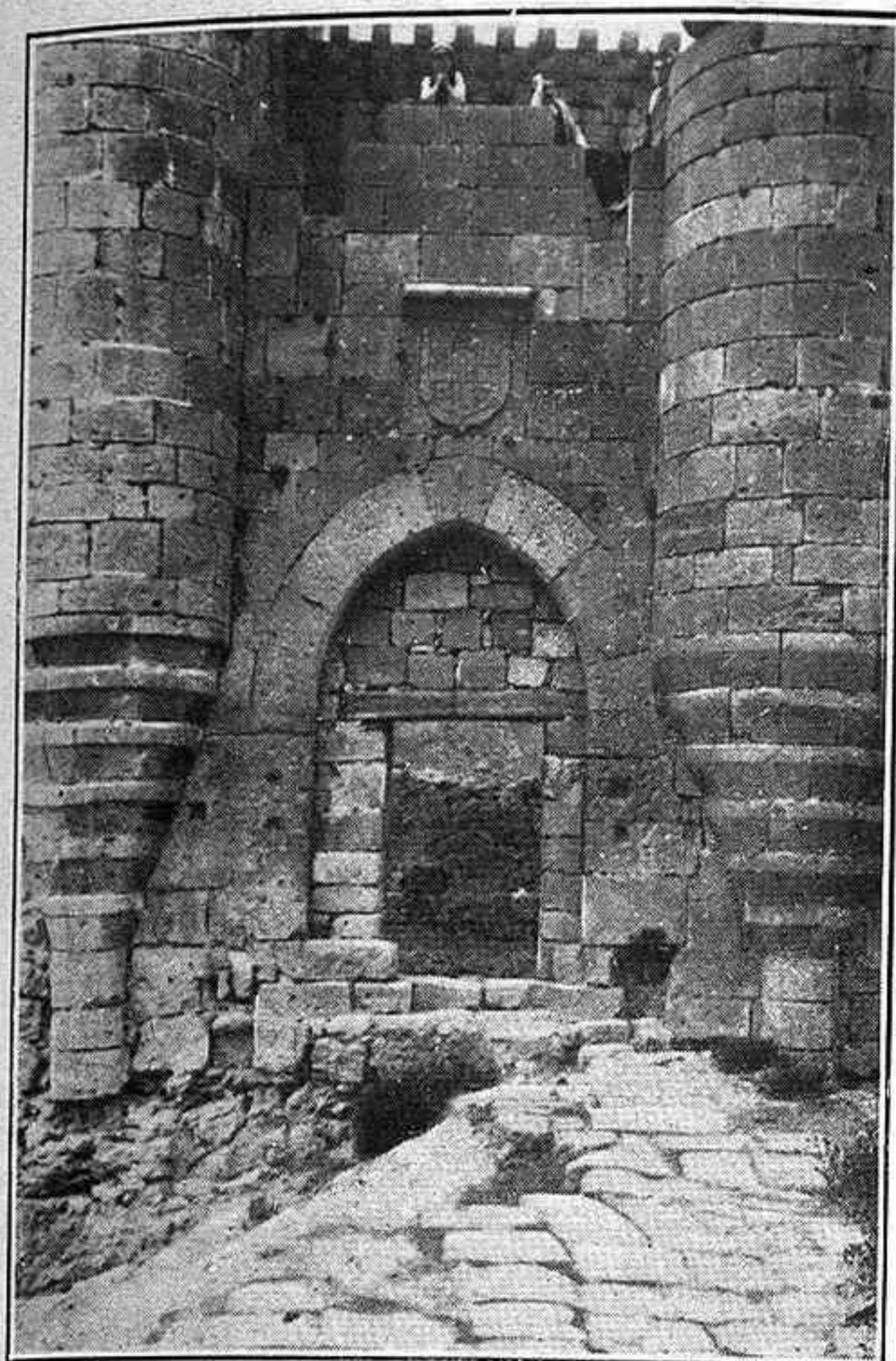
Como quiera que sea, es lo cierto que cuando una mariposa de las llamadas pavones empieza á hacer la corte á la hembra, empieza por mover su antena á derecha é izquierda, de igual modo que el radiogoniómetro destinado á dar la dirección de un puesto emisor, y luego, sin vacilar un punto, se lanza en línea recta hacia la hembra, que le espera agitando levemente sus pintadas alas sobre una rama ó una flor lejana. Buscando la explicación de estos hechos el entomólogo Horle, hubo de suponer que esos lepidópteros emiten ondas radiotelegráficas. Y admitida la hipótesis, intentó probarla por dos procedimientos distintos. Consistió el primero en transformar en calor, valiéndose de una pantalla absorbente, las supuestas ondas emitidas por el insecto, procurando descubrir las con ayuda de una pequeña pila termoelectrónica ultrasensible. Pero como el experimento diese resultados negativos, Mr. Horle procedió de un modo aún más ingenioso, colocando algunas mariposas en la proximidad de un oscilador especial cuya frecuencia hacía variar á capricho. Seguidamente, y por los procedimientos habituales, amplificaba las pequeñas oscilaciones resultantes, llevándolas á dos generadores radiotelegráficos. El misterio continuó, sin embargo, impenetrable. El receptor telefónico vibraba á maravilla; pero ello era debido quizá á la influencia de los ruidos parásitos, á perturbaciones eléctricas locales. En resumen: si los insectos se comunican por la «T. S. H.», aún no se ha logrado descubrir las ondas electromagnéticas, en extremo pequeñas, percibidas por sus delicadas antenas.

Y ¿no podrían ser también otros bichitos radiotelegrafistas á su modo? Digamos á este propósito que hace ya más de medio siglo un francés, M. Jules Alix, recurrió á los vulgares caracoles de tierra

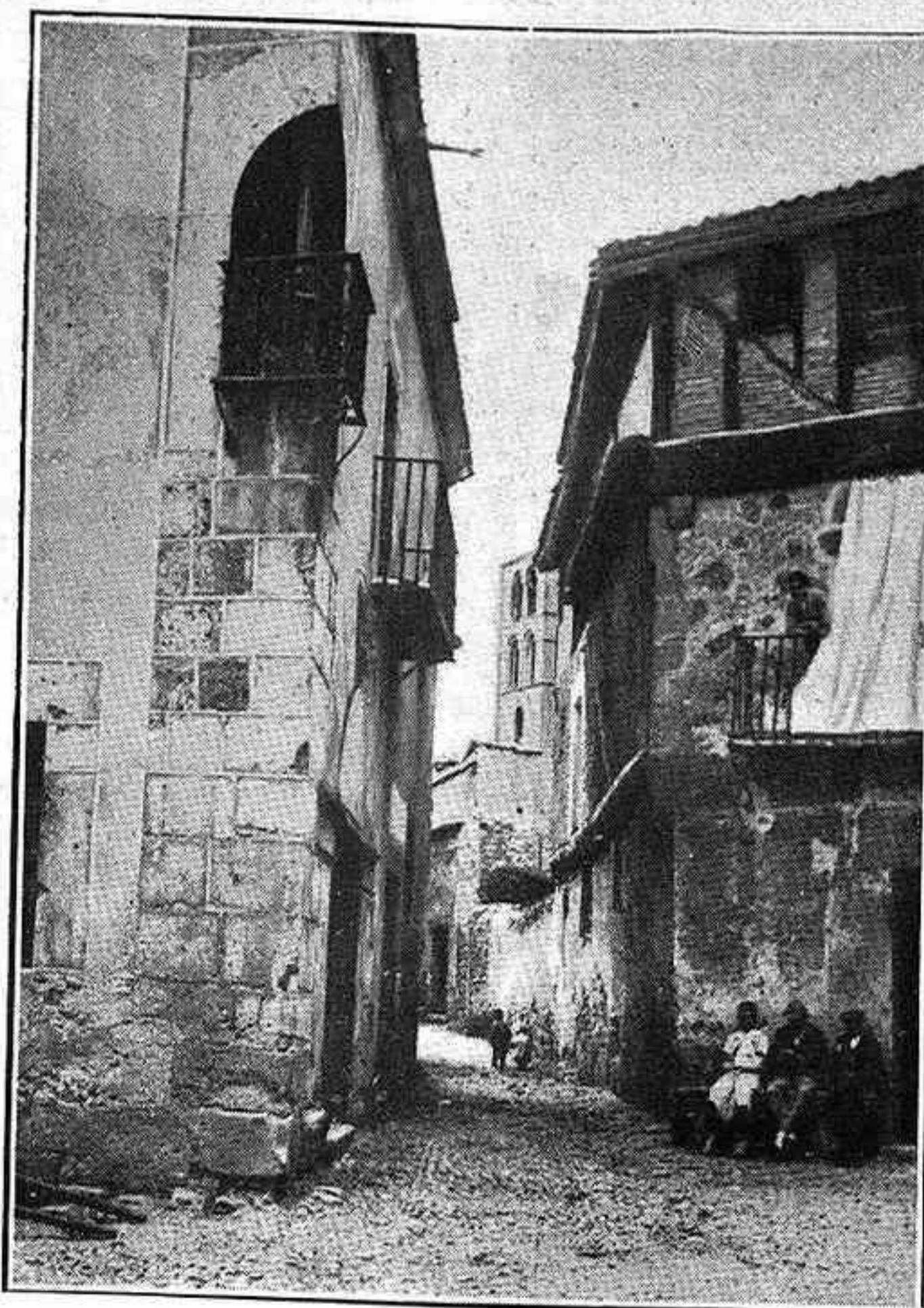


Gracias á sus antenas, ciertas mariposas perciben las ondas hertzianas FOTS. DIAZ

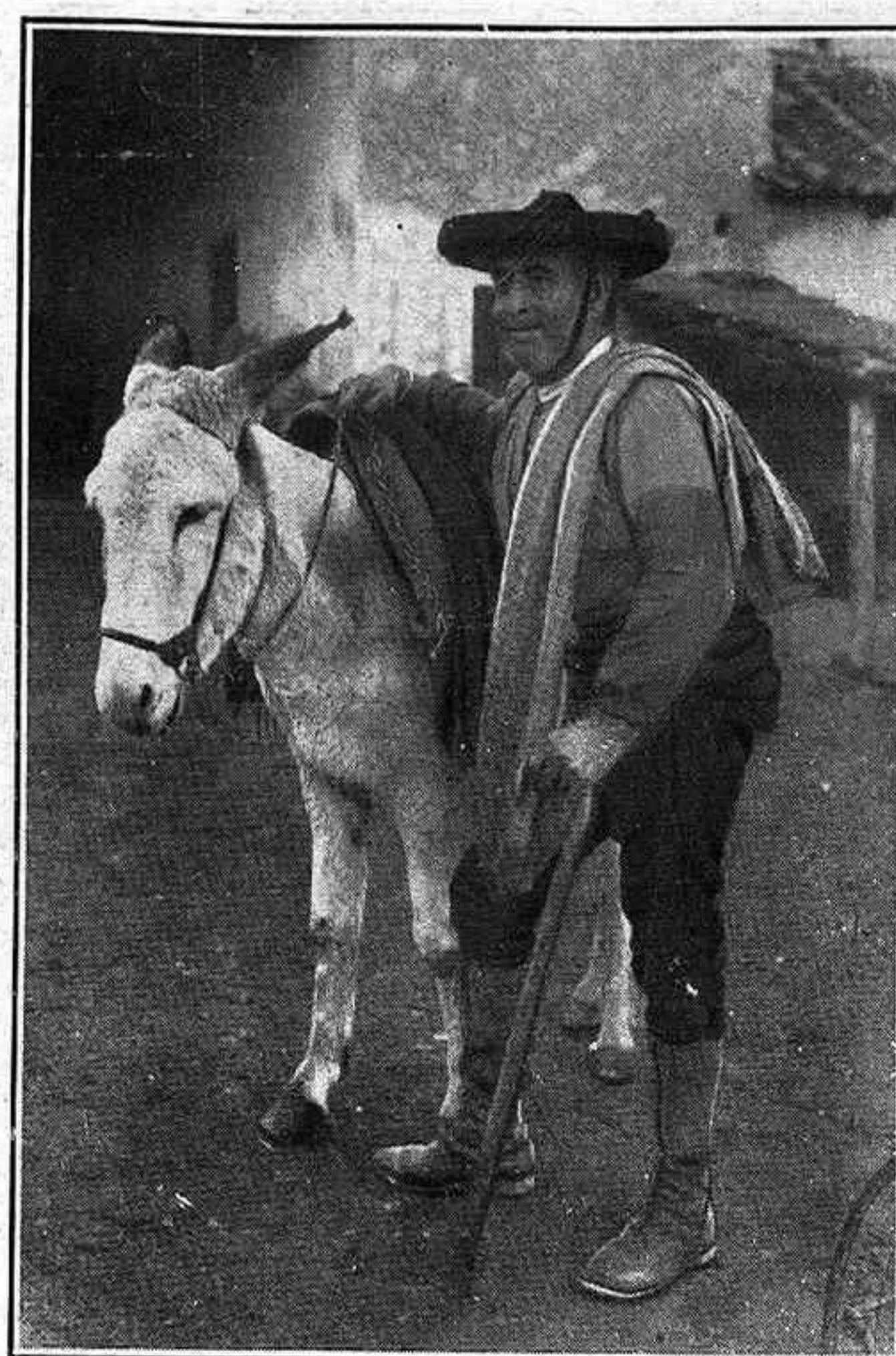
PANORAMAS ESPAÑOLES
 LAS HISTÓRICAS VILLAS IBÉRICAS:
 PEDRAZA DE LA SIERRA



Puerta del Castillo



Casa típica de Pedraza



Un descendiente de los comuneros



Qué bellos pueblos algunos de estos asentados en la sábana segoviana, desde el comienzo de la más vieja de las Castillas, al otro lado de la gran mole carpetana! Son, entre los de todas las regiones españolas que hemos visto, los que hablan al visitante con mayor poder de evocación de la ancestral reciedumbre ibérica. Coca y Turégano, con sus antiguos castillos; Paradinas y Aguilafuente, aquella con los restos de sus construcciones románicas y ésta con sus inmensos pinares y el recuerdo de su pasado esplendor; Sepúlveda y Cuéllar, las ciudades señoriales de nobles mansiones blasonadas; Carbonero y Cantalejo, pueblos grandes de secular tradición agraria. Pero, sobre todos ellos, Pedraza, la vetusta villa del recio abo-lengo castellano, vestigio el más vivo de la historia del pasado.

Pedraza de la Sierra es el pueblo donde se junta todo lo que habla á los ojos y mueve al espíritu del pasado esplendor de la raza, y sus ruinas, como todo lo genuino de Castilla, son evocación de días fastos, de una época en que, si bien se carecía de los sorprendentes adelantos discursivos actuales, existía, en cambio, un denodado esfuerzo por el imperio del espíritu de sacrificio, el caballeresco tributo al semejante y la generosa idea de la patria. Es uno de los pueblos-cunas donde todo nos sugiere legendarias y simbólicas grandezas: en el que el viajero siente unos instantes de inefable emoción espiritual, sólo comparable á la que se experimenta en esos otros lugares donde nacieron inmortales genios ó donde el espíritu ha asentado sus más puras idealizaciones; pueblos de esos como Fontiveros y Argamasilla, El Toboso y Madrigal...

Asentada en las estribaciones de la cordillera, Pedraza presenta, desde cualquier lado, un golpe de vista admirable. Empero mirándola desde el Norte, aparece con aspecto más severo en la prominencia, entre dos cerros. Conforme subimos, con-

templamos estas tierras paniegas que apenas producen hoy el trigo necesario para el año... A este lado se encuentra la única puerta que tiene el recinto amurallado de la villa, y por la cual forzosamente tiene que salir el que ha entrado en ella. Muy pendiente la subida, durante la cual se muestra á la vista el castillo en toda su bella traza y admirable situación, dominando, en la altura, la villa y toda la extensión del valle.

Ya en el pueblo, admírase por igual la morada y las gentes. Son pasmo de la vista las calles serpenteantes y estrechas, las casas vetustas de románico rasgo, con pisos saledizos y grandes ventanales abiertos en sus ángulos y esquinas; arcos góticos; solares hidalgos y enormes paneras que semejan fortines con barrotes de antigua forja; escudos señoriales, evocadores de luengas empresas guerreras. Y se contempla á los habitantes, y, si es día festivo, los típicos serranos de Navarra, Prádena, Arevalillo, Valleruelo y Arahuetes, pueblos comarcanos, que acuden á Pedraza, según tradicional costumbre, vestidos á la usanza del país—que va desapareciendo poco á poco—; ellas con sus faldas y mantos de colores chillones y riquísimos paños, sus arracadas y collares; ellos con sus albarcas y tarteños, cabalgando burdéganos enjaezados. Son descendientes de aquellos antiguos campesinos y pelaires de recio carácter que un día se sublevaron en las Comunidades antes que abandonar sus usos y costumbres como pretendía el taciturno extranjero Carlos V, tan desconocedor de España como ansioso de poderío

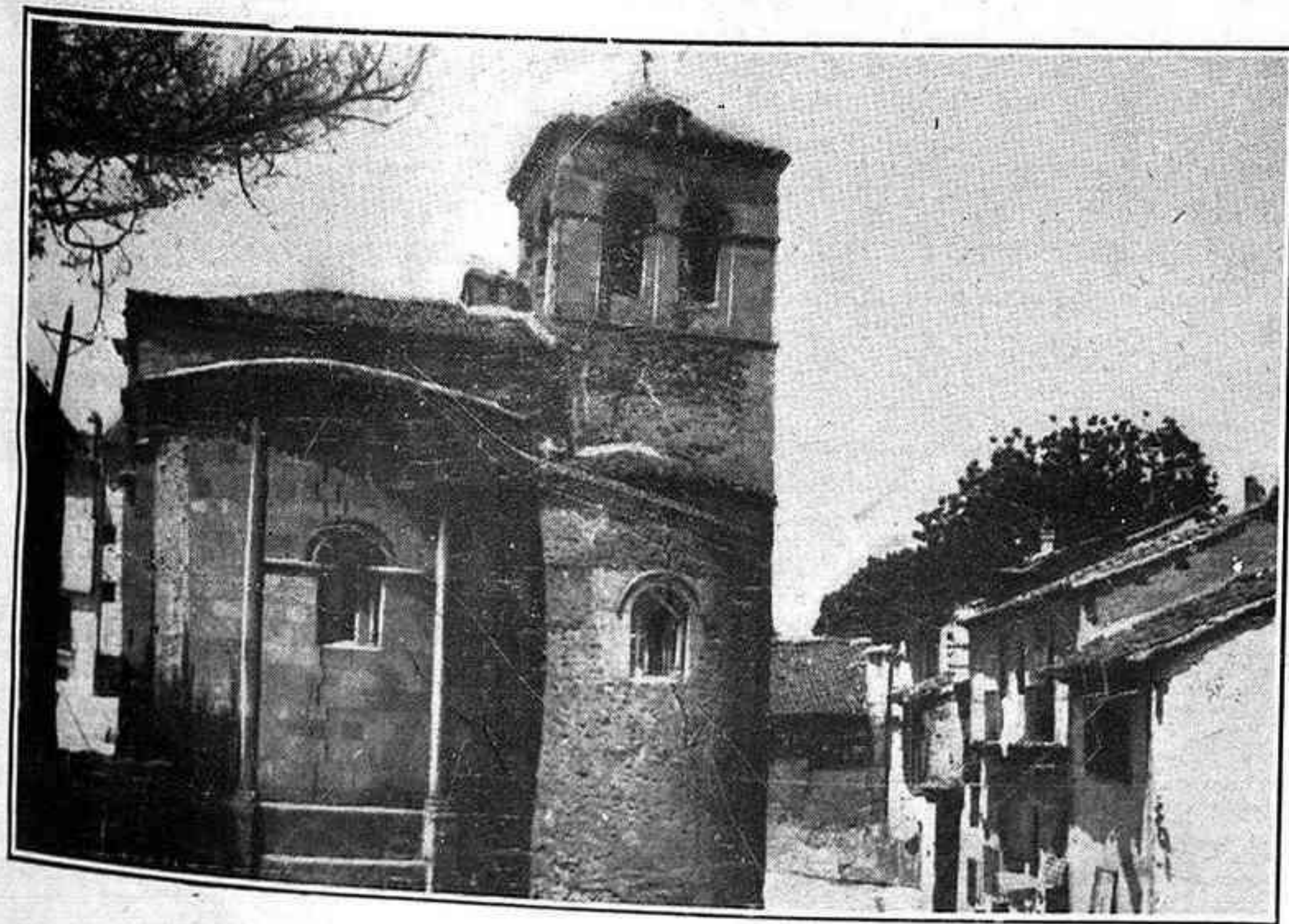
y dominio, que plugo el destino adviniese á gobernar el país.

La tradición señala á Pedraza como ser nada menos que la cuna de Trajano. He aquí la revelación del patrimonio más noble con que puede contar un pueblo español: haber alumbrado en la antigüedad á hijo tan ilustre, genio esplendoroso del mundo remoto. La madre del Emperador, Aureliana, vino á la vida en Orejana, á dos leguas de Pedraza, nos dicen. Y lo creemos, por lo maravilloso del pueblo, del lugar en que los pasados siglos fué mansión de los condestables Velasco, quienes construyeron las infranqueables murallas, las arcadas y columnatas de la plaza, el magno y gigantesco castillo, en el cual, en el siglo XVI, Francisco I de Francia hubo de dejar en rehenes á dos de sus hijos—más tarde reyes del vecino país—tras su formidable derrota.

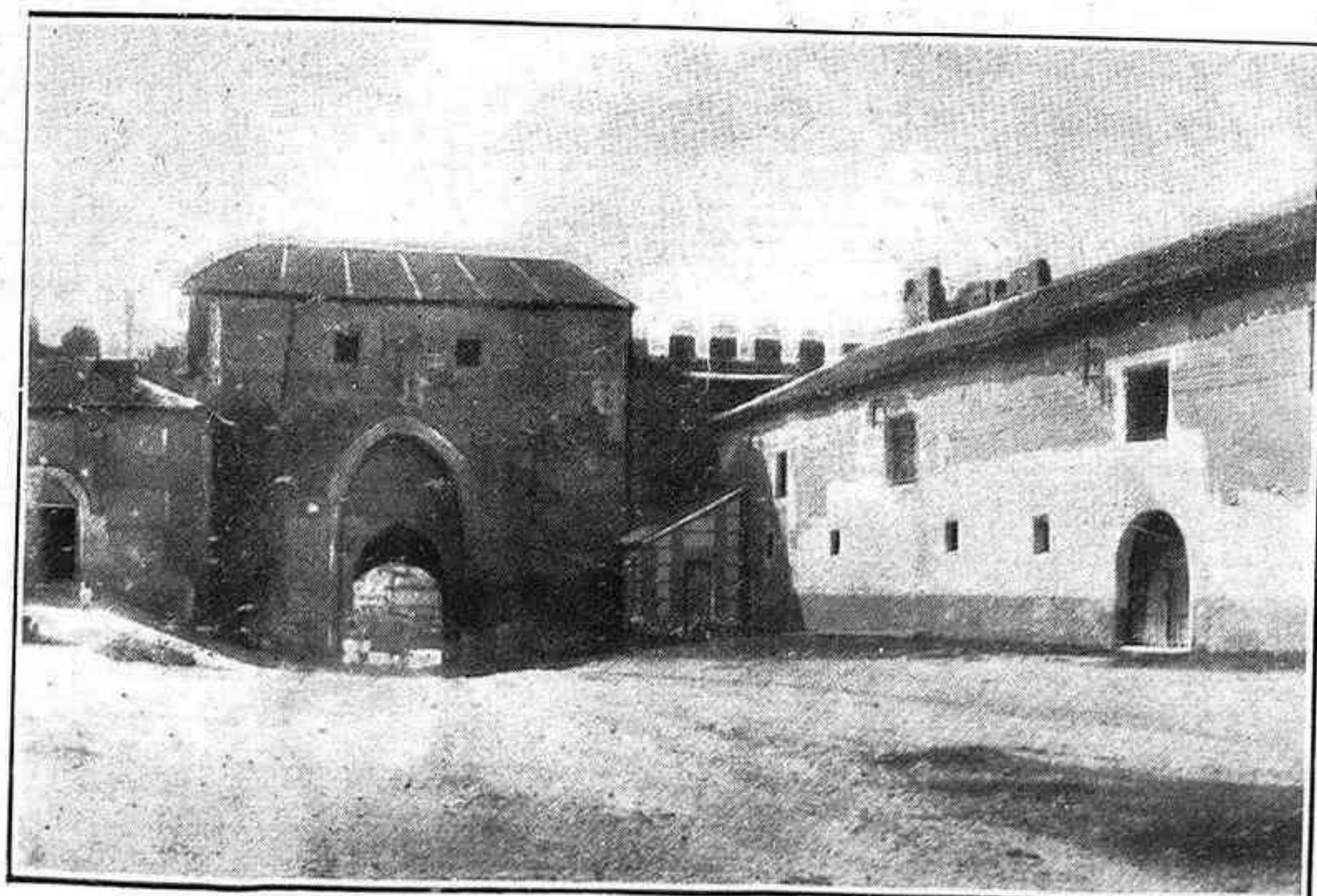
Pedraza de la Sierra tiene otras muchas cosas notabilísimas. La iglesia de Nuestra Señora del Carrascal, que guarda preciosas reliquias; el templo románico de San Juan, con su pórtico admirable, y el árbol gigantesco de su plaza, de que nos ha hablado en una de sus admirables crónicas ese gran escritor y viajero, conocedor como nadie del suelo ibérico y exaltador de sus bellos motivos, que se llama Eugenio Noel. Un olmo gigantesco y viejo hasta la hipérbole, que no cede en tamaño á esos exóticos colosos del trópico, el cual cubre con su copa formidable las casas vecinas, quebranta con sus raíces el pavimento de la cercana iglesia y tiene un tronco á abarcar el cual no bastan muchos hombres con los brazos enlazados en rueda...

Pedraza de la Sierra, como el alma de Castilla, es tan bella por lo vieja, y sus ruinas gloriosas aumentan en mágico poder de sugestión á medida que se sobreviven y pasa el tiempo, en su eterno é inexorable devenir.

ANGEL DOTOR



Antiguo templo románico en Pedraza



Un rincón característico de la villa

ME QUIEBRO, MAS NO ME DOBLO

MOTE heráldico es éste de no sé qué linaje, aunque no es á cuento de tales cosas el por qué lo traigo aquí, sino de bien distintas, como el curioso verá.

Tengo para mí, lector amigo, que al leer el rimbombante título con que encabzo estas líneas, más de una vez has pensado para tu colete que, bien ó mal que te pese, he de dar en ellas matracas con las descomunales fazañas de algún fiero guerrero de los tiempos medios, de esos que dicen de pelo en pecho, enmarañada barbaza ó ceño adusto; á fe mía que te equivocas; no es ese el caso.

Es el caso, que, allá por los años del Señor, de 1681, según decires de viejas y cuentos de rancias crónicas, paseaba, á más y mejor, su garbosa arrogancia por calles y plazas de la muy noble y muy leal ciudad de Xerez de la Frontera—tierra garrida y siempre moza, de cielo alegre, bien como enclavada en lo mejor de las Andalucías—el alférez de las milicias de su Concejo, Domingo Martín de Alcántara.

No vayas á creer que el tal hombre frisaba ó apenas pasaba de los veinte, que, á Dios gracias, por esta fecha ya el señor alférez daba ronda á los cuarenta y dos reales; mas la sangre que le corría en las venas y le golpeaba en los pulsos era tan moza como si tan sólo su merced contase quince de vida; con el mismo aire y desenvoltura de un muchacho galanteaba á la damas, cosa que se preciaba de hacer con mucho donaire, ú otras veces, echándolas de persona, pisaba fuerte y hablaba recio, abría á surcos el suelo con el arrastre de la tizona, dale que le das á las guías del bigote, por esta calle me entro y por aquesta otra me salgo.

Era hombre asaz poco sufrido, un tanto provocador y amigo de dar danzas á las espadas al primer tropiezo; muchos, por quitame allá esas pajas; si bien es verdad que contribuía no poco al fuerte genio de su merced cierto mostillo de la tierra que, á fuer de viejo, es agrio de carácter y peleón, si los hay.

Por muchos contaba los lances afortunados, y muchos fueron los rostros bien nacidos que quedaron marcados de la punta de su estoque; mas ahora, lector, has de enterarte de uno que dió para siempre al traste con el señor alférez, aunque mediante él alcanzó patente de desusada testarudez.

Cierta noche, ó cierto día, que en esto no hay conformidad, armó el diablo tal tinglado que vino Domingo Martín á dar de manos á boca, por no sé qué asunto, con el señor Lorenzo Benítez, hidalgo muy pagado de su linaje y limpia sangre; agrióse la cuestión, y el alférez, que siempre desataba la lengua antes que las manos, hubo de llamarle, entre mil lindezas, *perro mulato*. Benítez, hombre sesudo y enemigo de mofas, que no aguantaba afientas y menos dudas ó siquiera sombras en la limpieza de su hidalga estirpe, á punto estuvo de liarse la manta á la cabeza y echar el bodegón á rodar; mas pronto acogióse al sagrado de su pru-

dencia, y, no dispuesto á luchar con el espadachín ni á olvidar su injuria, alejóse, más corrido que perro con sonajas, repitiendo por lo bajo: «¿Perro mulato? ¿Yo, perro mulato? ¡Vive Dios, que no puede quedar esto así! ¡A fe de Benítez, de hidalgo y de bien nacido!» Y no quedó, amigo lector.

Amaneció el siguiente día, y vióse sorprendido el alférez Alcántara por una inesperada citación del muy magnífico señor don Joseph Samitores de la Portilla, del Orden de Calatrava, vizconde de Cabra, corregidor y justicia mayor de la ciudad, para que compareciese ante su señoría, en virtud de formal querrela presentada contra él por Lorenzo Benítez, que pretendía, volviendo, aunque algo tarde, por su linaje, que se desdijese y le diese pública reparación, pues pública había sido la afrenta.

Así se lo mandó el señor corregidor; pero, ¡que si quieres!, á otro perro con ese hueso; el cabezudo alférez se mantuvo en sus trece, no dispuesto en modo alguno á desdecirse, por considerar, á fuer de hombre puntilloso, que si tal hacía incurriría en caso de menos valer y obraría contra su buen crédito y fama de verdadero.

¡Válganos Dios, y en qué bebenes se zampan sin ton ni son algunos testarudos por no dar á torcer de grado un brazo, aunque por fuerza les desjarreten ambos!

Picado el bueno de Lorenzo Benítez ante tamaña sinrazón, dejóse ir en alas de su enojo, y vino á dar con el asunto en la misma Real Cancillería de Granada, cuya respetable Audiencia, harto más severa que el corregidor de Xerez, tuvo á bien dictar sentencia contra Domingo Martín, condenándole á la nonada de doscientos azotes, en público y á compás del canto del pregonero, diez años de galeras y cinco mil ducados de multa; mas, haciendo galas de su clemencia, lo daba por libre y horro de tanta carga si públicamente se desdecía, pues no probó lo que había dicho.

Pero aún no estaban enterados los señores oidores de con quién se las habían; leída que le fué la sentencia, con un desenfado que causó notable escándalo en ánimos respetuosos con la real justicia, dijo recio, para que bien lo oyeran: «¡Traigan el borrico!» Y en él cabalgó, desnudo del cinto arriba, con la misma gentileza y garbo que si en un buen tordo rodado fuese á justas de caballeros.

Ya en la calle, hizo de garganta el pregonero, y, tras ligeros garraspeos, con voz huera y cascada, dió al aire su pregón: «¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar! ¡Esta es la justicia que manda hacer el rey, nuestro señor, en la persona de Domingo Martín de Alcántara,



por osado calumniador y quitador de la buena fama de la honrada gente; quien tal hizo, que tal pague!»

Aún no había acabado su canto el voceador de las justicias, cuando, viéndose el terco alférez rodeado de alguaciles, gente de curia de toda especie y un gran pueblo que lo miraba, encarándose con el pícaro verdugo, que aguardaba penca en ristre la seña de comenzar la solfa, le rogó con mucho comedimiento y graciosos decires, haciendo de galán como él bien sabía, que de cada azote le sacara un hueso, con que tuvieran que roer Benítez y sus parientes.

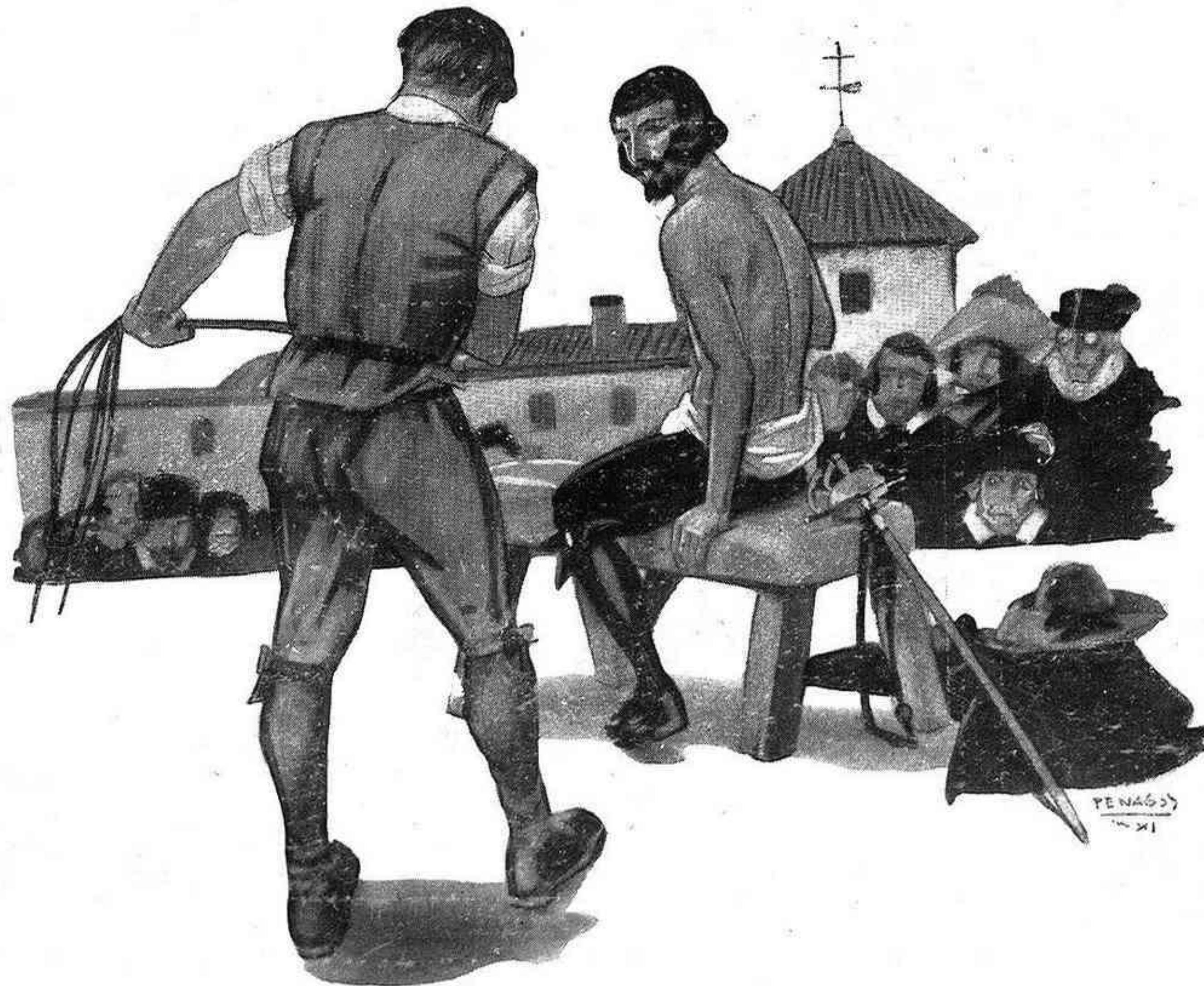
¡Al diablo no se le ocurrió otra! Dicho fué éste que hizo reír de los presentes á más de cuatro de los que las echan de graves y prorrumpir en sonoras carcajadas al vulgar populacho, siempre amigo del descoco usado ante personas de autoridad.

¿Quién había de pensar que el demonio del hombre, á quien iban á batanear las costillas, tuviese humor en momentos tales de recordar con tanto gracejo, que dicen de la gente prieta, que es dada á festines de carne humana? Al enterarse, más de un sesudo oidor reprimió con trabajo la retozona risa en la boca, y tuvo que contar para largo en las tertulias letradas.

Cumplióse la sentencia; Benítez, declarado por bueno, hizo que se diese á la estampa su ejecutoria para que en adelante nadie fuese osado de suponer máculas en su linaje, aunque nunca faltaron pícaros de los mesones del Arenal, clérigos discretos, zumbones hidalgos y hasta muy reverendas dueñas que, en sus conversaciones ó cabildeos, dijese, cuando venía á pelo, que quien se pica ajos come; claro que á espaldas del señor Lorenzo, siquiera por amor á las suyas; ni tampoco consiguió verse libre de los baldones que sobre él echaba el terco Domingo Martín, que murió sin arrepentirse, porque, como él decía, sería eso una muy bellaca cosa é iría contra su crédito.

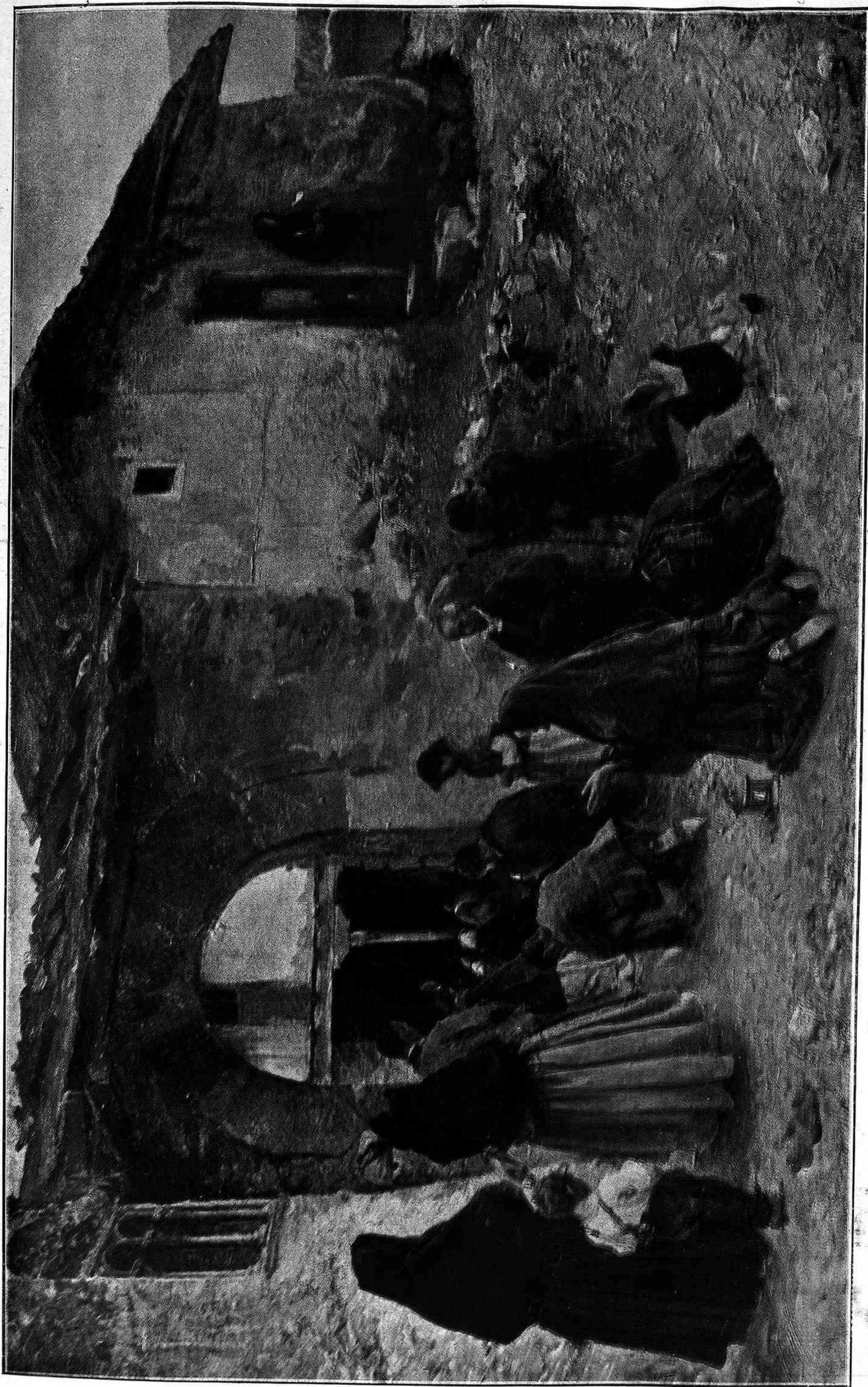
¡Ves la razón del arriba dicho: me quiebro, mas no me doblo?

MARTÍN FERRADOR



DIBUJOS DE PENAGOS

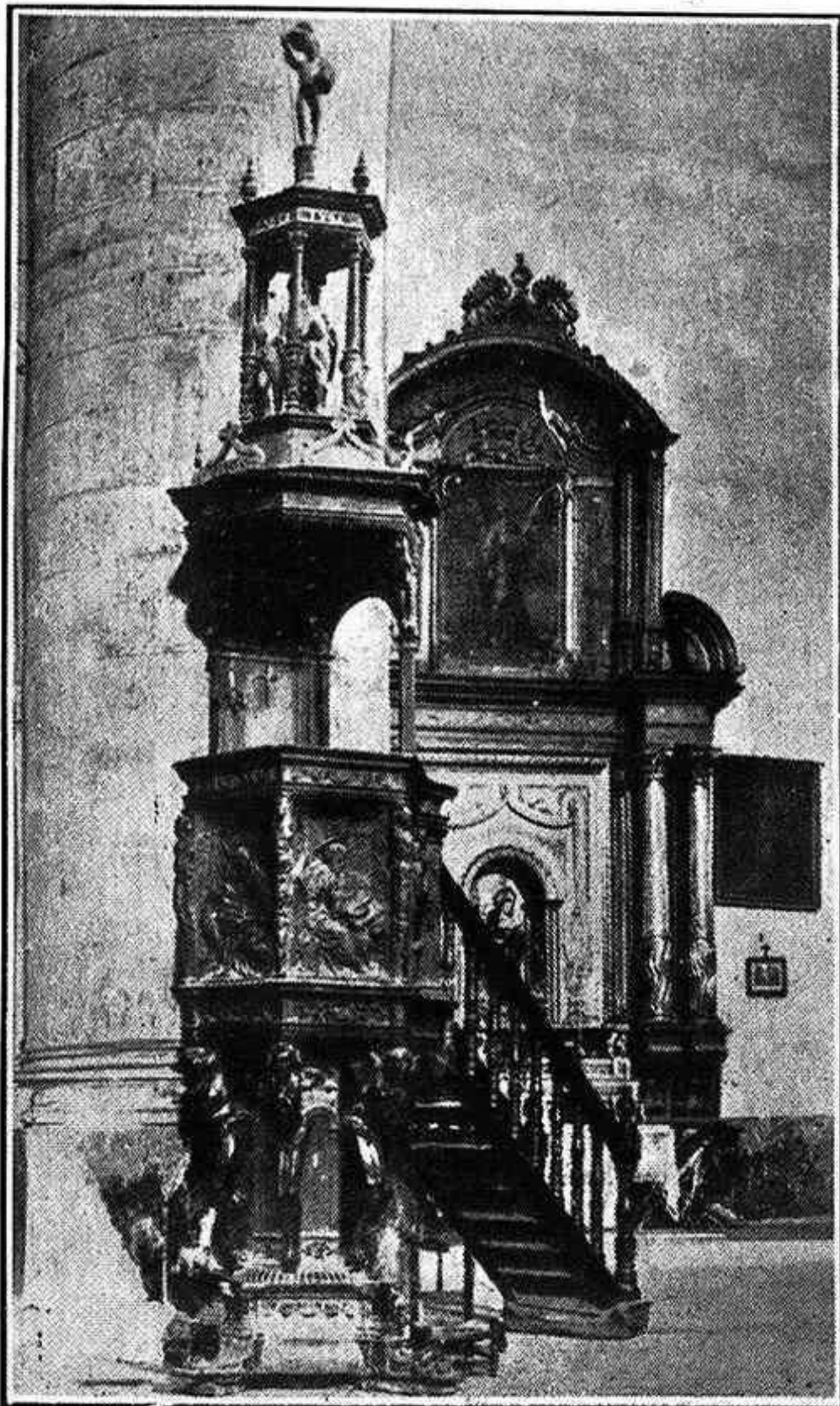
COSTUMBRES ASTURIANAS



EL VIÁTICO EN LA ALDEA, cuadro de Luis Menéndez Pidal, que figuró en la Exposición Nacional de Bellas Artes



LOS FAMOSOS MONASTERIOS RIOJANOS DE SAN MILLAN DE LA COGOLLA

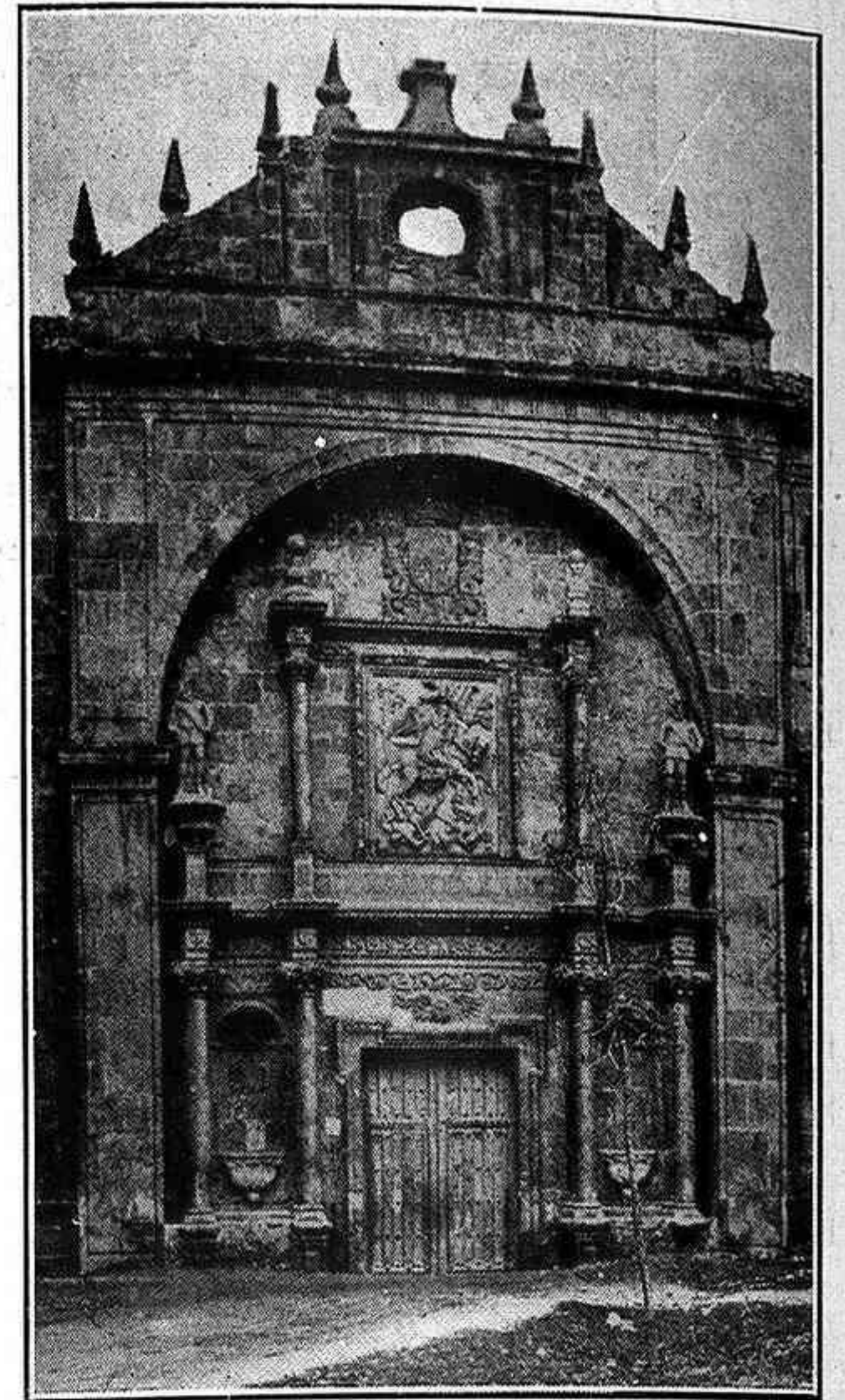


Púlpito del Monasterio de San Millán de Yuso

Abajo—, á diferencia del de Suso—ó de Arriba—, se halla actualmente habitado por frailes agustinos recoletos; tiene su iglesia abierta al culto, y es, en fin, un convento del siglo xx, asentado en la edificación magnífica que lleva las huellas del arte español de los siglos xv al xviii. A este conglomerado artístico, en parte majestuoso, en parte muy bello, que en ciertos detalles admira y en otros muchos empalaga, es á lo que se llama el Escorial de la Rioja.

A pesar de lo dicho y por encima de los cien aspectos que hablan de siglos anteriores y sobre todo posteriores, tiene, sin duda, porte escorialense la línea general del Monasterio, y, sobre todo, el gran arco que encuadra la portada, con su trazado y remates tan característicos. Dentro del templo, las altas y recias columnas que sustentan las tres naves con bóvedas de crucería hacen que desaparezca todo el recuerdo de Juan de Herrera, por cuya manera artística parece que se ha saltado de continuo en San Millán: ó no había llegado aún, ó había pasado ya, cuando se hacen estas naves, cuando se construye el claustro, cuando se alza la bellísima sacristía, cuando se colocan las puertas resplandecientes de oro, con su profusa ornamentación Luis XV por claustros, trascoros y cancelas— que censuró Jovellanos—; cuando se labra el retablo mayor de estriadas, doradas columnas, y se talla el magnífico púlpito y se construyen, en fin, los retablos, portadas y templetas, en que domina la columna con recargados fustes y, sobre todo, la retorcida ó salomónica, que en San Millán triunfa hasta en el labrado facistol del coro bajo.

Hay en la antigua y celeberrima abadía benedictina de la Cogolla—ó Cogulla—dos joyas de valor incalculable, que no todos los visitantes tienen la suerte de contemplar. Parece que desde los años remotos del siglo xi, la leyenda escalofriante de milagros y de sucesos pasmosos envuelve á las dos arquetas, que fueron de cedro con oros y pedrería, en que se conservan las reliquias veneradas de Jan Millán y San Felices. Atribúyese al Rey de Navarra, Sancho el Mayor, el que se hicieran los cofres tan ricos de que habla Zeán Bermúdez. Refiere el P. Moret, citado por Madrazo, la hazaña sacrilega de unos bandoleros que intentaron robar las piedras preciosas y quedaron allí inmóviles, con lo que *el arca hizo presa del ladrón y no el ladrón del arca*... En las crónicas se recoge, y en retablos y lienzos del Monasterio lo ha inmortalizado el pincel, el milagro que acció cuando el Rey Don García de Navarra—que había fundado ya en Nájera su Santa María la Real—, presidiendo la comitiva de príncipes, obispos y abades, quiso trasladar los restos del Santo al Monasterio citado, y la comitiva hubo de volverse, porque las arquetas del cuerpo de San Millán no podían avanzar: no quería el Santo que lo trasladasen á Nájera... Y fué entonces cuando se hizo el Monasterio de Yuso. En años recientes, la fotografía de estas arquetas—reconstruidas en caoba y con la riqueza aún de sus marfiles—figuró en una Exposición de París. Y unos aventureros, muy siglo xx y muy modernos..., lle-



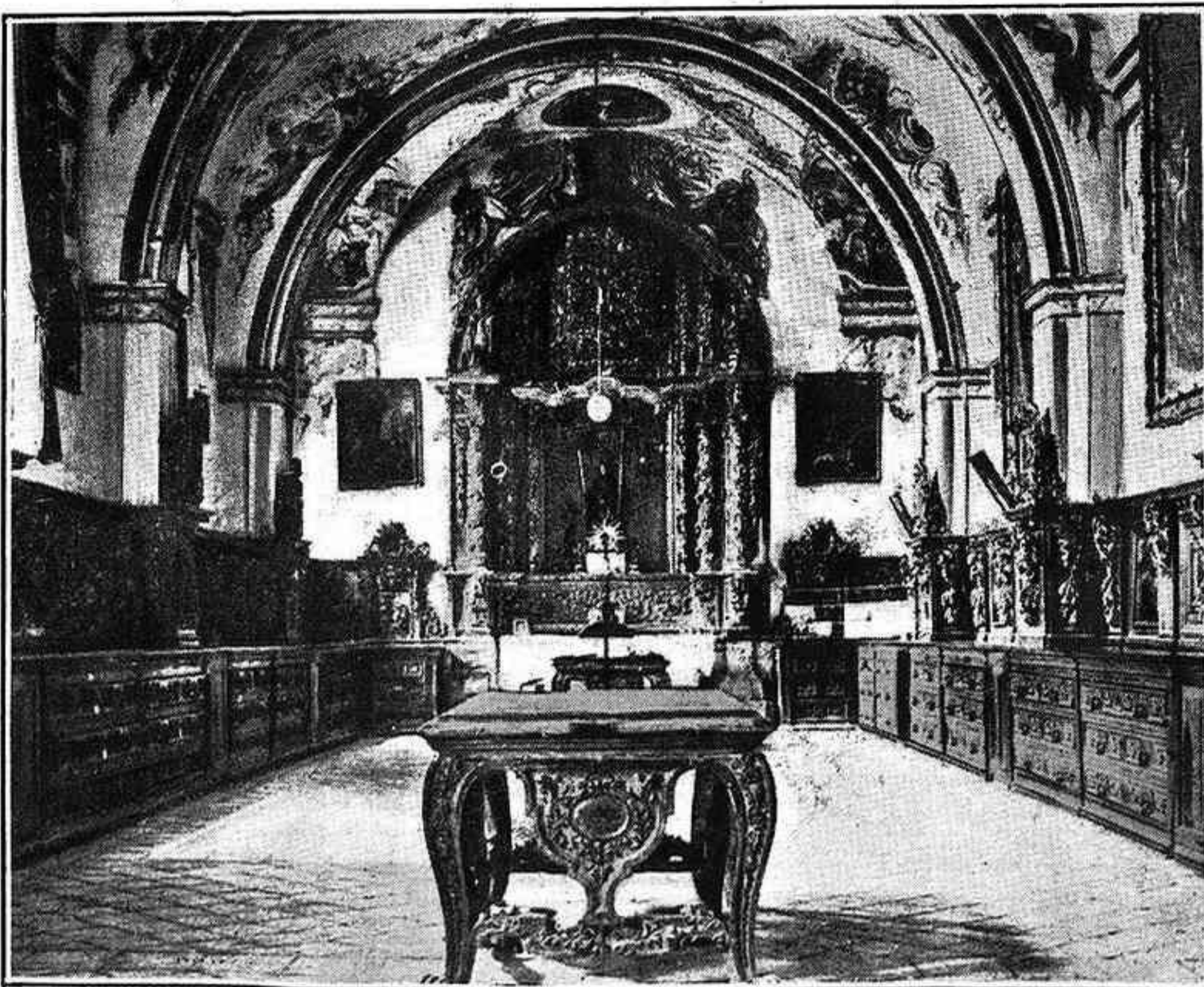
Portada del Monasterio de San Millán de Yuso

EN la visita á los lugares que, como San Millán de la Cogolla, están algo apartados del camino frecuente de la vida española y tienen, sin embargo, un nombre que resuena desde los comienzos de la Edad Media, el viajero rompe siempre un misterio y se expone á desflorar una ilusión. Contribuye á la desorientación espiritual el hecho de ser conocido el más moderno, el que hoy subsiste totalmente de los dos Monasterios de la Cogolla, con el sobrenombre caprichoso y desconcertante de Escorial de la Rioja... La sugestión que produce y las reflexiones que inspira la fábrica suntuosa de San Lorenzo el Real del Escorial, tanto por la masa arquitectónica en sí como por su singular emplazamiento—dominando la llana vertiente madrileña que va del Guadarrama al Tajo—, es imposible compararlos con San Millán de la Cogolla, encerrado en un valle estrecho, al pie del pico más alto de la Sierra de la Demanda.

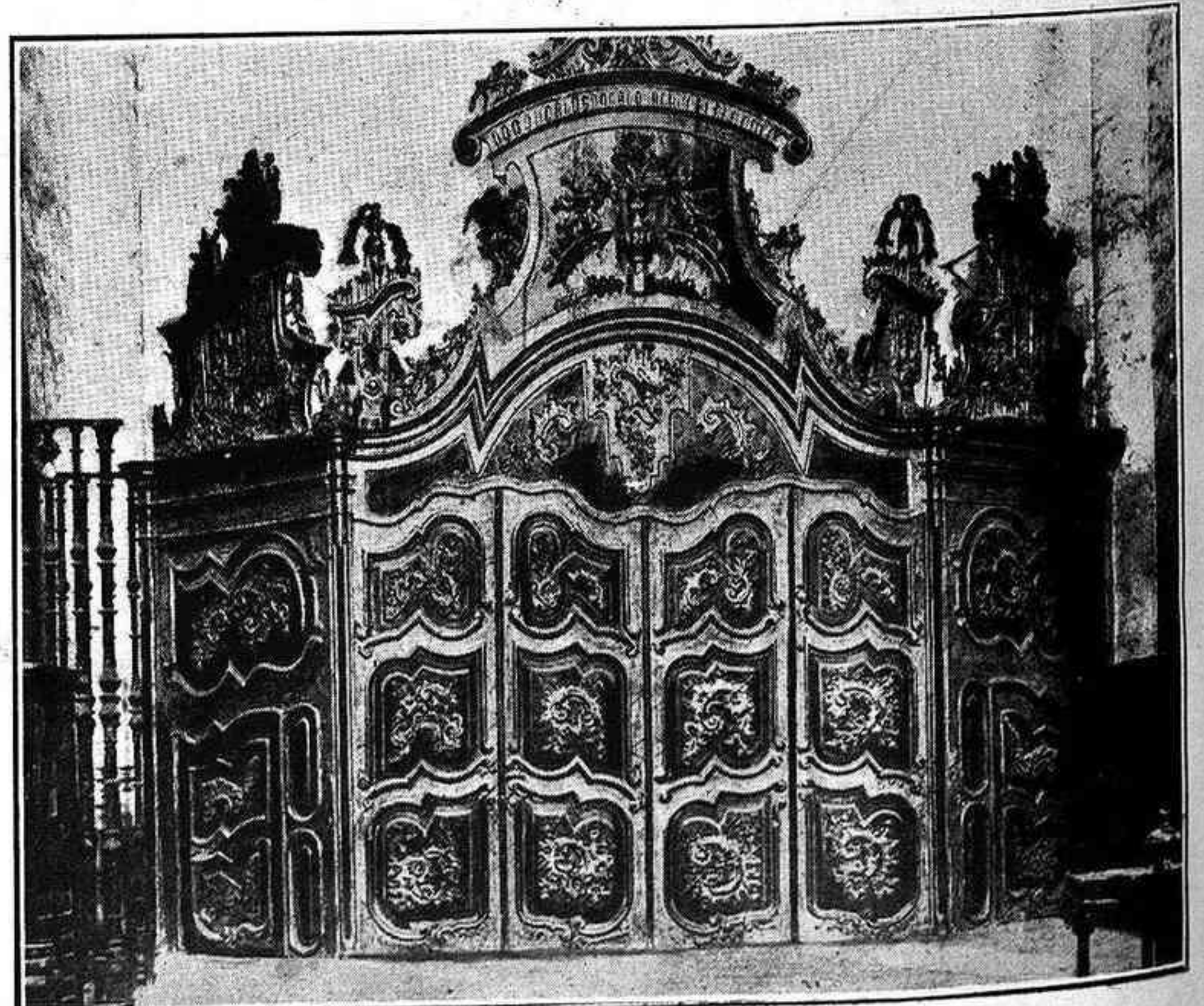
El Monasterio de San Millán de Yuso—ó de

garon al rincón riojano de la Cogolla á renovar el intento medieval de robo y á dar lugar á un nuevo caso, parecido al que el P. Moret cuenta...

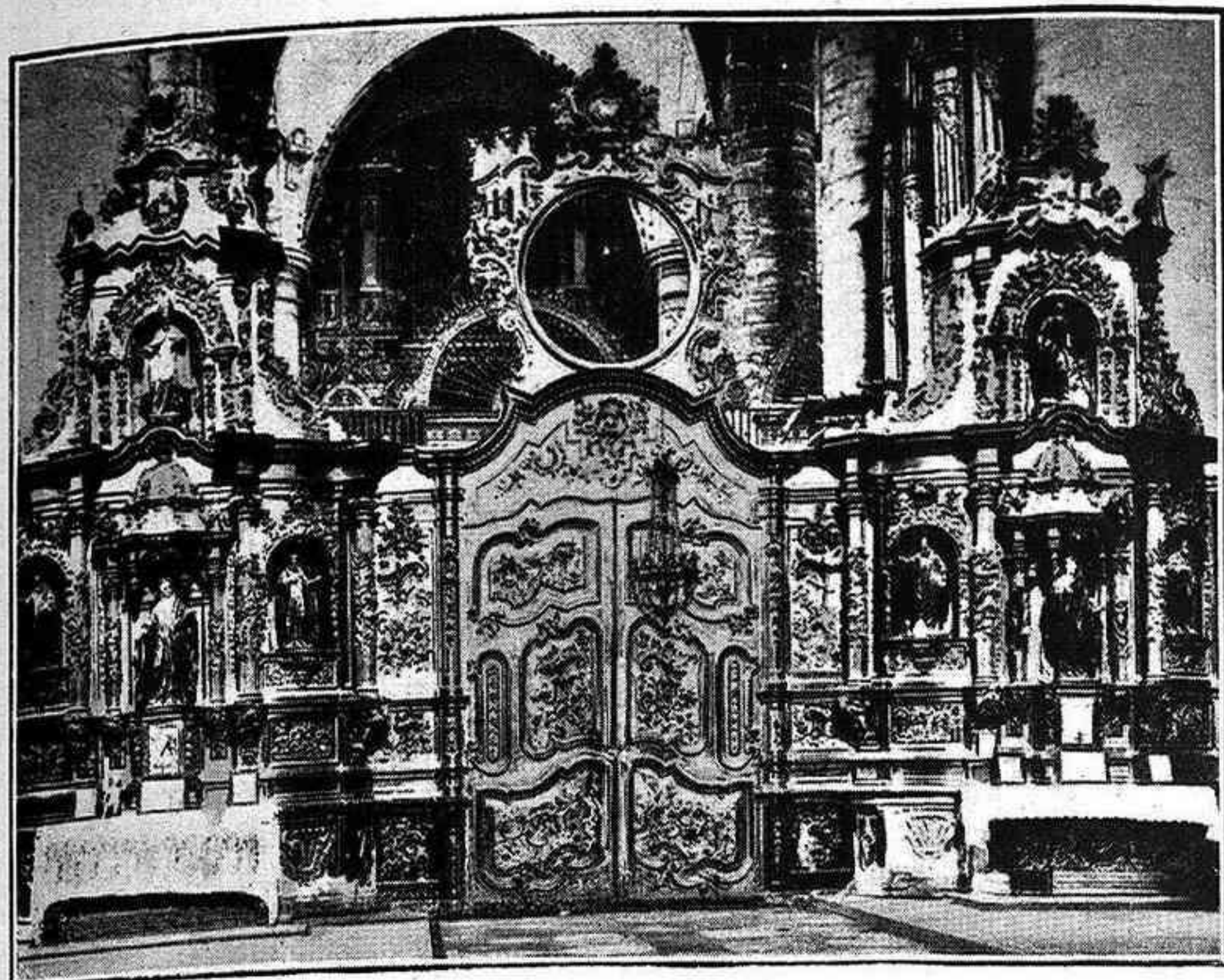
Y vimos las arcas. En la gran celda prioral—cuyos balcones se abren á la amplia huerta que fué en tiempos pasados del convento y linda con el río Cárdenas—, el reverendo padre Rector, cuya franca y cordial acogida hacia pensar en un abad hospitalario de la antigua casa benedictina, me presentó al bondadoso y cultísimo padre riojano, que me había de mostrar las arcas fabulosas y todo lo que de interés conserva la clausura. Así, la vida de San Millán—con todos los momentos y azares que poetizó Berceo llanamente—, que en grandes lienzos decora los muros del claustro alto, pintada por el famoso P. Rizi, autor también del lienzo magnífico del altar mayor, en el que San Millán cabalga entre los moros, como se apareció á Fernán González en la batalla de Simancas. La biblioteca, que si no conserva la magnificencia me-



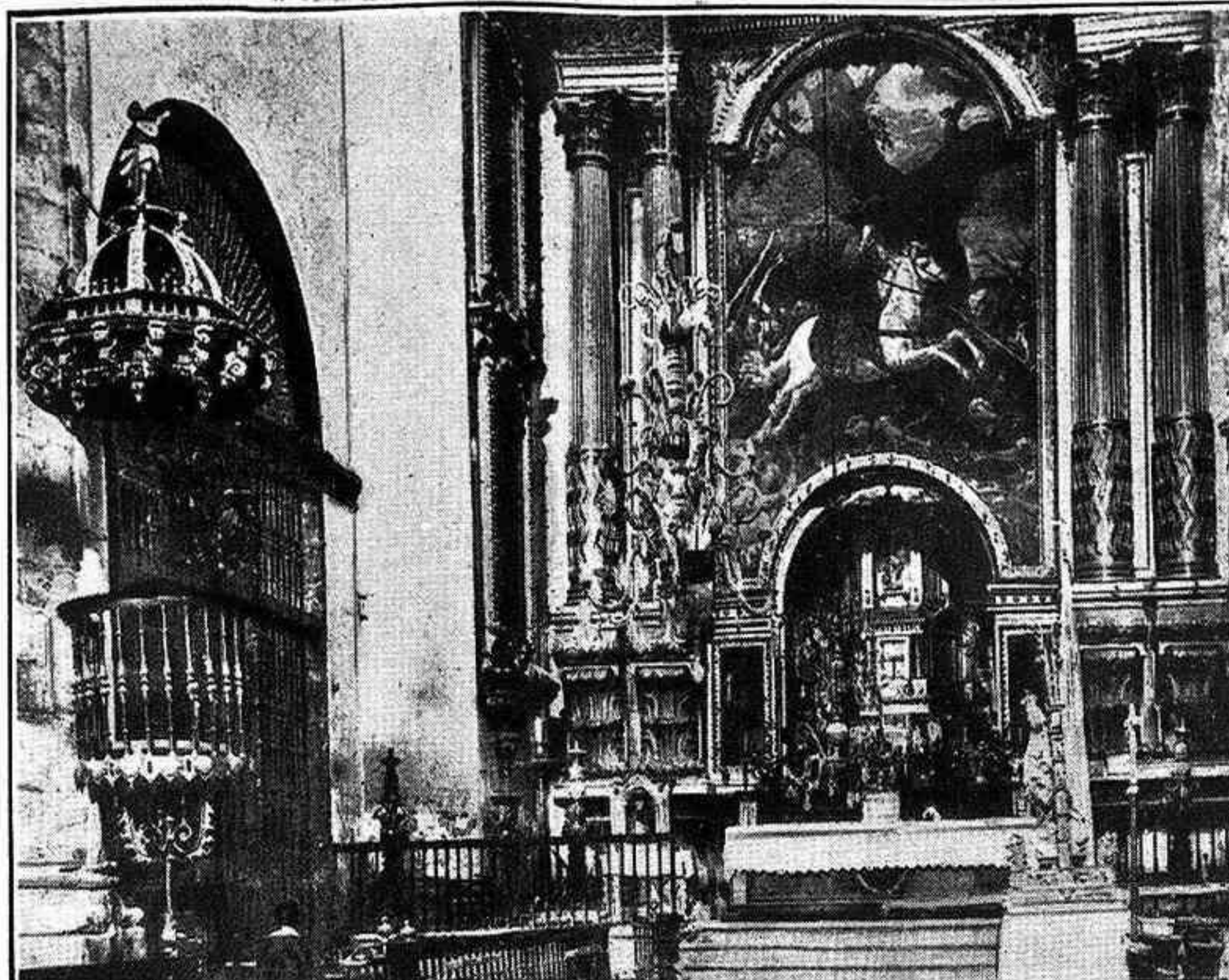
Sacristía del Monasterio de San Millán de Yuso



Puerta del claustro del Monasterio de San Millán de Yuso



Trascoro del Monasterio de San Millán de Yuso



Retablo mayor del Monasterio de San Millán de Yuso

dieval de sus fondos—que por El Escorial y el Archivo Histórico se guardan—, tiene aún notables códices y raros incunables y muy bellas encuadernaciones, como las de las obras de Alfonso de Madrigal, *el Tostado*, editadas en Venecia y con ornamentación plateresca. Después, el cúmulo de antifonarios y cantorales en pergamino, cuyas minias páginas muestran en capitulares y viñetas la fresca pasmosa de sus pinturas centenarias.

Las arquetas con las reliquias, al fin. La maravilla de sus marfiles, labrados en bajorrelieve muy á fines del siglo XI. Con el aire bizantino en los grupos y en las caras del Redentor y de los santos y de los personajes y con las decoraciones características de aquel arte, que en tales marfiles muestra ya gran perfección. Sólo falta una ráfaga de vida que borre las maneras y moldes convencionales y tradicionales.

•••••

En la cañada de dos cerros que suben y se enlazan por las estribaciones del pico culminante de San Lorenzo, y dominando otros altozanos oscuros y verdeantes con hayedos y robledales, está Suso. Al pie, el valle del Cárdenas—que irá á morir al Najerilla—, y á su lado como la gran presa para un fantástico embalse que recogiera aquellas aguas de la vertiente del Ebro, la mole rojiza del Monasterio de Yuso.

Habrà que dejar á los sabios arqueólogos (1) la demostración de la época y el carácter arquitectónico del Monasterio de *Arriba*, que hoy muestra al viajero sus naves, cuyas columnas—concienzudamente recubiertas de yeso y cal—sostienen los arcos característicos de herradura. Aparte el valor histórico de ese legendario Monasterio de Yuso—fundado por J. Millán en el siglo VI—es bello contemplar sus rincones y reliquias piadosas y sus detalles artísticos. La gruta de las penitencias del santo; el cenotafio con la estatua yacente; la pilas-trá exornada de azulejos con el viejo escudo de Navarra que en todos los blasones de la Cogolla campea—las lises, las bandas y las cadenas de las Navas—, en cuyo hueco se conserva una reliquia de San Millán; los informes y anepígrafos enterramientos de los Siete Infantes de Lara, que según la tradición, yacen en el pórtico de Suso, como sus cabezas se guardan en la villa burgalesa de Salas.

Y las tablas góticas del retablo, que con el sol de la tarde muestran su rico colorido en que domina, sobre los tonos oscuros de los paños y los arbutos caprichosos de flores blanquirrojas, el oro relfulgente de los halos y diademas que coronan á los personajes.

(1) Para Lampérez (*Arquitectura Cristiana*, etc.) se trata de una iglesia muzárabe del siglo X, sin que niegue en absoluto el que pueda ser un templo visigótico del VI.

Como en los versos de Gonzalo de Berceo, que en *San Millán de Suso fue de ninnez criado* (1), todo es sencillo y piadoso en el monte y en el valle que el pico de San Lorenzo, con sus nieves perpetuas, majestuosamente preside. En la gran lonja del Monasterio sólo se percibe el cántico orquestal de los pájaros y el rumor sonoro de las corrientes de agua, como en los *Milagros de Nuestra Señora*.

Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
en verano bien frías y en yvierno calientes.

Yaciendo á la sombra perdi todos cuidados,
odisonos de aves dulces e modulados.
Nunqua odieron omnes organos mas temprados,
ni que formar pudiesen sonos mas acordados.

Y como se estaba tan lejos del mundo, parecía realizado, por un momento, el propósito de San Millán:

Quisiera esta vida en otra desnudar
e bevir solitario por la alma salvar.

ALFONSO VIEDMA

(1) Pero antes de llegar á San Millán se cruza por el pueblecito de Berceo, cuya vía principal lleva con ufania legítima esta leyenda: «Calle de Gonzalo de Berceo, primer poeta castellano».

RESPUESTA PAGADA

«En la hora más pura de vuestro hogar, María,
que tus hijas reciten alguna estrofa mía.

CARRÈRE»

Mis hijas ya recitan estrofas inmortales:
los versos de Carrère, del divino Rubén;
y entonan el oneno y el trece y el segundo
nocturno de Chopin.
Dicen prosas de Amado, quien amó tristemente,
y de aquel motejado de «cursi» (el español
que mulsó en becquerianas la amargura vidente...)
y aman ciertas penumbras en su vida con sol.
Y Amado, el elegante; Carrère, el exquisito;
y Matastasio, el dulce; Shakspeare, el infinito;
y Heine y Taso—¡Taso!—, y Dante, y Holderlin,
Stecheti, Carducci, Maragall y Semain
van á topa tolongro, entre sus frescas risas,
marcando las estelas dolorosas que llevan
al concepto del Bien.
Yo quiero que al llegarles el forzoso receso
sepan que sólo existe la dicha en ¡aquel beso!
Y entre carcajadas—orquesta luminosa
que lanza en estallidos cascadas de candor—
sepan que nada purifica tanto
como el dolor de amor.
Las divinas angustias de un amor verdadero
son como el sello noble, como el hierro candente
que dice «Aristocracia» en nuestro corazón:
que aunque á veces maldigan, ¡que BENDIGAN! primero;
que sepan ser idólatras de la Maga Ilusión.

Ilusión, Ilusión: sé la antorcha inextinta
que revece las almas de mis dulces pequeñas:

amar con sufrimiento, es vivir; y no amar
—con dolor ó sin él—, es convertirse en peñas.
Que no miren «despacio» «cuánto cobra el Amado»;
que no pidan alcobas de bronce y de cristal;
que no admitan regalos y que crean regalo
un madrigal...

Nosotros nos casamos, ¡como pájaros locos!,
sin hablar ni un momento de nuestro capital,
saltando por los versos y bebiendo en las frondas
de una Arcadia ideal...

Y enlazadas las almas, y honestamente rudos,
nuestros besos tejían fuerte cable con nudos
que nadie en esa tierra intentó desatar.
Sabían los amigos—los pocos que tratábamos—
que sólo con la muerte se podría cortar.

Y trabajando entrambos al mismo pensamiento,
quemando nuestras vidas en juncieras doradas,
de espaldas á los otros, pasamos nuestra vida
¡bebiéndonos la esencia de nuestras mutuas almas!
Y ahí queda en nuestras obras, que son literatura
honda y recia, por serlo románticas de veras;
huyendo la inmundicia de todos los orgullos,
«verdura de las heras».

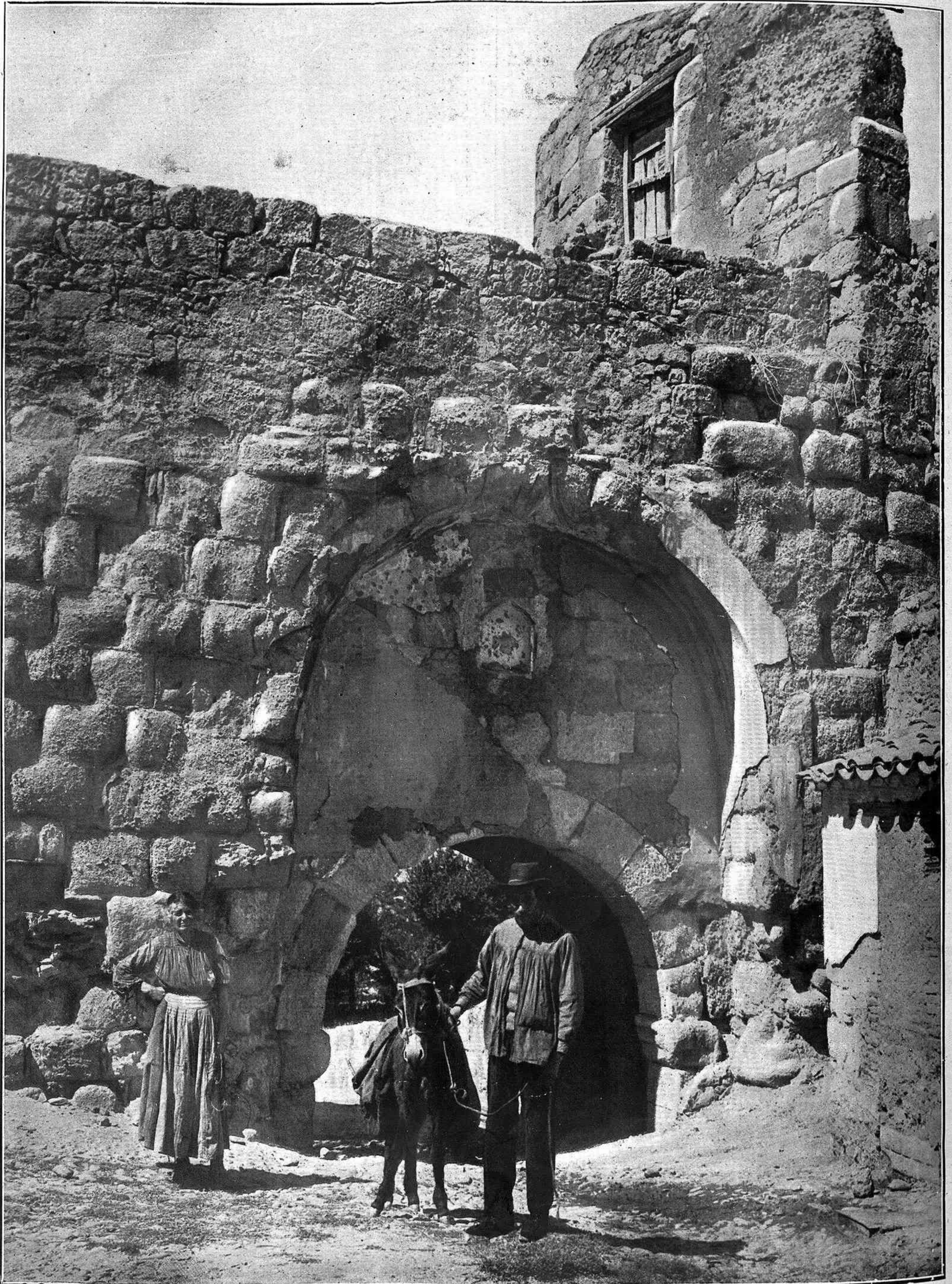
Hemos sido dos príncipes que filosofan solos,
contándose al oído que todo es deleznable.
Sólo un beso es eterno (oh, ¡Francesca e Paolo!);
¿á qué pedir más vida que un beso inacabable?

•••••

¡Yo pido que se escapen de esta época al Señor!
y que sepan temblar con un sano temblor
cuando lean, ¡Amado, Carrère y Rubén!,
vuestros versos de amor...

Alejandro BHER

LA RIQUEZA HISTÓRICA DE ESPAÑA



Uno de los más bellos y evocadores lugares de Zamora: la Puerta del Cid, donde la Historia ha dejado recuerdos perdurables, que llenan de carácter y de encanto á este interesantísimo lugar de la vieja capital castellana

FOT. HIELSCHER

LA LIGA DE LAS NACIONES Y LA AMÉRICA LATINA

EN reciente discurso, comentado brevemente por el cable, el actual secretario de Estado Americano llamó a la *Liga de las Naciones* «el mayor error de la campaña de 1920».

Si el error, como decía Amiel, es tanto más peligroso cuanto más dosis de verdad encierra, el funcionario norteamericano no emitió un juicio desahogado.

Si hacer reinar la justicia; respetar las obligaciones internacionales; fomentar la cooperación entre las naciones; garantizar la armonía y seguridad; abominar de la guerra y cimentar la paz en los principios del arbitraje es un error, ¡bendito error!

Claridades de aurora—después de la noche tormentosa de la guerra—alumbraron el advenimiento de la *Liga de las Naciones*, especie de Confederación universal, que realiza un viejo ensueño: agrupar a los pueblos todos en la vida del derecho; crear intereses comunes a la Humanidad; evitar supremacías irritantes; mantener el espíritu de cooperación y hacer realizable la armonía del conjunto, merced a un régimen de justicia.

¿Por qué el honorable secretario de Estado llama «error» la obra más hermosa de su egregio compatriota señor Wilson? ¿Qué hondos compromisos políticos han podido autorizar al estadista que dirige las relaciones exteriores de Estados Unidos para lanzar tamaño desahucio contra la *Liga de las Naciones* en los precisos momentos en que la nobilísima institución ensaya sus primeros pasos y se abre camino en medio de dificultades sin cuento y del caos de la postguerra?

No es el Estado Universal, preconizado por Bluntschli, ni el superestado absorbente y dominador. No. La Liga es un anfictionado que vela por el respeto a los fueros de cada Estado y que se convierte en consejero de sus diferencias y en juez de sus disputas.

Lord Robert Cecil levantó tribuna en Estados Unidos en favor de la Liga. Sus admirables discursos quizá se perdieron en el vacío.

A quienes adversaban el pacto les decía con hondo convencimiento de noble inglés:

«Que lean el pacto y que estudien también, yo se lo ruego, el funcionamiento real de la Liga. Yo aseguro que la Liga ha hecho ya mucho por el mejoramiento del género humano. Yo aseguro que por ella centenares y millares de prisioneros de guerra han sido salvados de sufrimientos y del hambre. Yo aseguro que medidas eficaces se han tomado para prevenir la propagación de Europa de las epidemias de los oprimidos y miserables distritos del Oriente de Rusia.

Yo aseguro que se ha hecho más en los tres años que hace que la Liga existe para poner fin a aquel terrible mal, el comercio de drogas nocivas, de lo que se hizo en los cincuenta años anteriores al nacimiento de la Liga, y aseguro que con igual expedición se han firmado convenciones por medio de la Liga que pondrán efectivamente una tranca en la rueda de esos seres diabólicos que practican el tráfico de esclavos blancos.

Yo afirmo que la Liga ha sido el medio de resolver varias graves disputas internacionales. Yo afirmo que en el arreglo de esas disputas la Liga ha demostrado gran imparcialidad, no vacilando en decidir, si la justicia lo requiera, en favor del más débil de los disputantes. Yo afirmo que las recomendaciones de la Liga—y recuérdese que la Liga sólo procede por recomendaciones, jamás por fuerza—son decisiones en los pueblos interesados; pero yo afirmo que sus recomendaciones han sido aceptadas casi en todos los casos.»

Los países latinoamericanos, no obstante la abstención de Estados Unidos, han ingresado en la *Liga de las Naciones*, porque en ella se da voz y voto a todos los Estados componentes, sin atender a desigualdades materiales; realizando así el acariciado ideal de la igualdad jurídica.

Para nuestras débiles nacionalidades el campo es hermoso. Nunca como ahora se les ha presentado la ocasión de hacer sentir el peso de sus ideales y la magnitud de sus congojas. La Liga es para ellos un refugio y una esperanza.



MANUEL CASTRO RAMÍREZ

En Marzo retropróximo reunióse en Génova una Delegación del Consejo, formada por representantes del Japón, Inglaterra, Brasil, Francia, Italia, Uruguay, Suecia, España y Bélgica, con el objeto de dictaminar sobre materias jurídicas de alto interés. Presidió la sesión del Comité de juristas el representante uruguayo señor Buero.

Con maestría fué interpretado el artículo 15 del Pacto en lo referente a las materias en que se puede invocar la competencia del Consejo, «como susceptibles de provocar una ruptura».

Se consideró, además, una grave materia, sobre

la cual se ocupó con exquisito acierto nuestro hábil diplomático doctor Guerrero: la responsabilidad del Estado por delitos políticos cometidos en su territorio contra funcionarios extranjeros.

El Comité, por unanimidad de pareceres, declaró la irresponsabilidad del Estado, salvo el caso de negligencia para prevenir el crimen ó para perseguirlo.

Y los juristas latinos pusieron a contribución en ese torneo científico el concurso de su erudición y sapiencia, sobre todo el uruguayo, que ahondaba en las respuestas, porque las quería «más netas».

Para las naciones de nuestro origen constituye un halago el que en forma práctica se les coloque bajo un pie de perfecta igualdad y que de continuo se presenten ocasiones de hacerse oír con éxito científico.

El Brasil, por ejemplo, pudo exclamar por boca de su delegado, señor Souza Daulan:

«Mi país es el único en el mundo cuya Constitución obliga a someterse al arbitraje antes de declarar la guerra.»

Así, lleva América sus conquistas espirituales a Europa y promulga sus anhelos y aspiraciones.

Y si los primeros pasos son inseguros y el caminar vacilante, y todo parece conjurarse contra la era de nueva cultura, a los países latinoamericanos toca mantener el culto y sembrar de flores el camino, porque al final de la jornada está el *palladium* de su destino internacional.

El artículo 21 del Pacto de la *Liga de las Naciones* dice:

«Los compromisos internacionales, tales como los Tratados de arbitraje y acuerdos regionales, como la doctrina de Monroe, que aseguran el mantenimiento de la paz, no son considerados como incompatibles con ninguna disposición del presente pacto.»

Wilson, lleno de entusiasmo por la aprobación de este artículo, comunicó que *la doctrina de Monroe había triunfado, extendiéndose a todo el mundo*; y, sin embargo, ahí está la clave del retraimiento del Gobierno americano y la explicación del juicio desfavorable del secretario de Estado señor Hughes.

¿Cae la doctrina de Monroe bajo la competencia de la Liga, ó queda excluida de su jurisdicción?

Los términos oscuros del artículo 21 se han prestado a variadas interpretaciones.

El Libro Blanco británico, al comentar ese artículo, dice:

«Si sugiere una cuestión entre potencias europeas y americanas sobre el significado de la doctrina, la Liga está ahí para resolverla.»

Y no sólo naciones europeas, decimos nosotros, sino interamericanas signatarias también del Pacto.

No obstante los propósitos reiterados de Estados Unidos, manifestados por los jefes del Senado, de excluir del conocimiento de la Liga todo lo que tenga relación con la doctrina de Monroe, debemos mantener el criterio eminentemente doctrinario del publicista argentino doctor Suárez, quien se expresa así:

«No podemos negar, sin injusticia, que la doctrina de Monroe ha prestado servicios importantes a la América. Pero así como aceptamos la cooperación de los Estados Unidos para repeler la posible injusticia de otros continentes, queremos contratar con la eventual ayuda de la Liga de las Naciones—que no es representación de la Europa, sino del mundo—en el caso de que la agresión provenga de los Estados Unidos ó de otra cualquiera de las Repúblicas americanas.»

Por eso, acariciando esa esperanza—bella como todas las esperanzas—, no aceptamos el criterio pesimista del estadista señor Hughes y quemamos en el altar de la *Liga de las Naciones* el incienso que ha de purificar la vida internacional y dar nacimiento a este principio tutelar:

«La doctrina de Monroe es no sólo compatible con la Liga, sino subalterna de la Liga, porque es subalterno un Continente con relación al Universo.»

EN LA CIUDAD DE "TULA"

*¡Ciudad evocadora ésta del Camagüey!
Su nombre guarda el timbre del dulce siboney,
que, temblando de asombro, terror y adoración,
doblaba la rodilla delante de Colón;
y en sus largas, estrechas y torcidas callejas,
en que se abren portones trebolados y rejas
labradas, como blondas de soberbia mantilla
—un poco de Toledo y un mucho de Sevilla—,
dejando ver solemnes estrados coloniales
—un clave, cornucopias, consolas con fanales...—,
aún, de antiguos aromas empapado, circula
aquel cálido viento, que, al respirarlo «Tula»,
inflamándole el pecho, hizo que en él rompiera,
tal que un suave milagro, lírica Primavera
—las ideas, estrellas; el verso, nardo en flor;
el alma (alas y trinos), igual que un ruiseñor...—.*

*¡Camagüey! ¡Camagüey!... Colonial é indiana
ciudad, medio moruna y medio castellana:
tus patios, entrevisos á través de las rejas,
evocan cien historias galantes, cien cosas
antañonas y lúgubres y cien pícaros cuentos
que conservan un fuerte sabor mil ochocientos...*

*¡Camagüey!... El poeta te adora por abuela,
no por moza.*

*En las tardes—para él, no más—aún vuela
de cara á la poniente triunfal magnificencia
del Sol, el aura blanca, que del Padre Valencia
arrebato el espíritu, en un solemne vuelo,
arriba, ¡siempre arriba!...; ¡al Cielo por el Cielo!...
Y en la dulce tibieza de la brisa, que rueda
con un frufrú armonioso de rozagante seda
—aroma en el sentido y en la frente caricia—,
aún su oído recoge, con suprema codicia,
versos que improvisando está la Avellaneda...*

*¡Camagüey! ¡Camagüey!... Poco á poco, tu historia,
en su telar de oro, va tejiendo la Gloria
con cegadores hilos de luz de luna y sol...
¡Oh, si en mi sepultura escribiese una mano:
Sacerdote y poeta, TAMBIÉN CAMAGÜEYANO
HA SIDO, aunque gallego y acérrimo español!*

Camagüey, 1924.

Antonio REY SOTO

MANUEL CASTRO RAMIREZ

San Salvador, 1924.

EL CENTENARIO DEL POETA LUSITANO LUIZ DE CAMOES

PORTUGAL conmemora en estos días el cuarto centenario del nacimiento de su gran poeta nacional, del mayor poeta épico de la Península, Luiz de Camoes, que, según la frase feliz de A. Schlegel, vale por toda una literatura.

En España, este centenario está teniendo una simpática repercusión. Los diarios y revistas conmemoran esta fecha gloriosa para las dos nacionalidades gemelas de la Península. Y hasta *El Liberal* ha organizado una especie de «palestra poética» de poetas hispanoamericanos, para mejor cantar al excelso épico de *Os Lusíadas*.

Algo nos pertenece de la gloria que sobre su patria vierte Luiz de Camoes. Este inmortal poeta era oriundo de familia galaica—*oriundo duma familia galiciana*, escribe un erudito historiador—, que emigrara á Portugal una generación antes del nacimiento del cantor de *Os Lusíadas*. Con razón, pues, y sin usurpación de derechos, podríamos atribuirnos al genial lusitano...

A más de que la Península Ibérica, si no en cuanto á lo político, en cuanto á lo intelectual, en el orden espiritual y superior á las contingencias de la política y á los intereses dinásticos, forma un conjunto armónico.

De las tierras de Galicia arrancó la familia de Camoes, y de allí pasó á Portugal, que aún se mantenía por entonces independiente de la corona española. Camoes, sin duda, debió de aprender de niño el castellano—que, por lo demás, era entonces frecuente y común en la Corte hablarlo y escribirlo; era aún *lingua imperial*—, puesto que en castellano están escritas algunas de sus mejores poesías pastoriles y amorosas. Y Camoes empleó este nuestro idioma libérrimo y espontáneamente, por puro impulso de su espíritu...

La vida de Camoes es una bien triste vida. Para él, como para ningún otro artista de su patria, parece escrita la *amargurada*, la doliente estrofa de este otro genial poeta luso, que en las postrimerías del siglo XIX, y en las postrimerías de su vida, exhalaba aquella honda queja:

Ai do Lusíada coitado!...
ANTONIO NOBRE: Só.)

Nació Luiz de Camoes en Lisboa, según está ya plenamente demostrado, aunque se le hayan atribuido otras tres ciudades natales: Santarem, Coimbra y Alemquer. El obispo de Viseo, D. F. Alexandre Lobo, descartó á este último burgo obscuro, dejando á las tres que fueron sucesivamente capitales del reino en pugna. «Que las tres rivales—Lisboa, Coimbra, Santarem—continúen aún disputándose entre sí la cuna del gran poeta—dice en su *Memoria histórica y crítica acerca de Luiz de Camoes*—; la cuarta—Alemquer—no tiene, ciertamente, derecho ni fundamento alguno para entrar en la liza...»

Toda la vida del hijo de Simao Vaz de Camoes y de Anna de Sá e Macedo fué una vida atribulada, que vino á tener un desenlace doloroso...

Hizo sus primeros estudios en Coimbra, donde residía desde la infancia; quizá de aquí vino la confusión de atribuirle como patria la Atenas Lusa. Desde 1537 hubo de estudiar en algún *Colegio das Artes*, necesaria preparación para ingresar en la Universidad.

Comenzó muy niño á frecuentar la turbulenta Corte de Don Juan III, donde se inicia una vida aventurera y llena de azares... En Coimbra pasó casi toda su infancia, con su tío D. Bento de Camoes, prior de Santa Cruz, pues se sabe que cuando el duque D. Teodosio visitó la ciudad, allí estaba el poeta; hospedóse el duque en el monasterio de Santa Cruz, y era esto en 1542, según la autorizadísima opinión de Teófilo Braga.

En la corte de Don Juan III, corte erudita y letrada, era un blasón de hidalguía el talento poético; pero Camoes suscitó con este talento envidias de las medianías encumbradas y malquerencias de los validos, que habían de perseguirle con desafuero sin igual toda la vida... Parece ser que su tío, don Bento de Camoes, el prior *crístico* de Santa Cruz, había tenido ya conflictos con Don Juan III, por el destino dado á las rentas del Priorato.

Por otra parte, el auto de *El-Rei Seleuco*, basado en la antigua historia de Roma, en que se dramatiza la pasión de Antíoco, hijo del Rey Seleuco, por Estratónica, su madrastra y reina, parece que hirió al monarca futuro, entonces aún príncipe, que creyó ver una alusión á sus amores con su madrastra y reina Doña Leonor; y con su sátira fina y punzante vejó también á los cortesanos... (Vid. Theophilo Braga: *Eschola de Gil Vicente*, pág. 204 y siguientes.)

Añádase también que Camoes era de los mance-

bos llamados *valentones*, porque, como Lope, Quevedo y Calderón, sacaba la espada al menor tropiezo. Evoquemos entre nuestros hombres ilustres de aquellas épocas á Calderón de la Barca, agrediendo á un comediante, visperas del Corpus, en el Teatro del Buen Retiro; á Cervantes preso por cuchilladas en Valladolid; á Quevedo y Lope, que con facilidad desenvainaban la espada en disputas de damas ó en nocturnos tropiezos callejeros...

Camoes tuvo su primer choque también en una fiesta solemne, de día señalado, en la procesión del Corpus Christi, en 1552. Fué con un «mozo de arreos» del Rey, hermano de Ruy Borges Pereira, casado con una D.^a Catalina de Athaide, hija de D. Alvaro de Sousa. Catalina de Athaide era el nombre de la mujer amada por Camoes; pero había otras dos del mismo nombre y apellido, una hija de D. Francisco de Gama, pariente del poeta; otra hija de D. Antonio de Lima, camarero mayor del príncipe D. Duarte. Estos amores, inmortalizados bajo el anagrama de *Nathercia*, con una *dama do rago*, fueron causa de su desmerecimiento en la corte...

En 1547, al propalarse la noticia del cerco de



LUIZ DE CAMOES

Mazagán, Camoes se alistó como soldado y embarcó para Africa. Allí perdió el ojo derecho, en un asalto de los moriscos á Ceuta...

Regresó á la Península y cumplió un año de prisión en la cárcel del *Tronco da Cidade*, en Lisboa, con motivo de su refriega y de las cuchilladas que diera en la procesión del Corpus; fué indultado en 7 de Febrero de 1553, y en el mismo año embarcó para la India. Ya en 1550 había intentado navegar, alistándose como «hombre de guerra», en la nao de San Pedro de los Burgaleses, que á poco volvió desbarbolada. El viaje á la India es decisivo en la vida de Camoes.

Ofrecióse para substituir á Fernando Casado, y embarcó pocos días después de su salida de la prisión, en 24 de Marzo de 1553. Arriba á Goa en primeros de Septiembre de ese año, en medio de borrascas terribles y procelas peligrosas... Como él canta en su inmortal poema, cruzó

por mares nunca d'antes navegados...

Vuelve á su patria después de haber entrado en combate en la expedición contra Chembé, después de haber sufrido la dificultosa travesía junto al monte Félix:

*junto d'un seco, duro, estéril monte,
inútil e despido, calvo e informe,*

como él canta en el canto X de *Os Lusíadas*.

En 1558 vuelve á partir para Macao—puerto que los chinos habían cedido á Portugal «para base naval», como diríamos en lenguaje de hoy—, donde

ejerce el modesto y difícil cargo de *Provedor mor de defunctos e ausentes*, encargado de recaudar las herencias... Cargo que tiene alguna semejanza con el de alcablero de nuestro Cervantes, con cuya vida borrascosa y áspera tantas analogías tiene la de Camoes...

De Macao pasa nuevamente á Goa, donde residió dos años; el navío en que embarcara naufraga en la costa de Cambodja, en la hoz del río Mecon. De este naufragio salvóse Camoes á nado con su poema inmortal... Un poeta moderno, Cesáreo Verde, nos lo evoca en una estrofa:

Lucta Camoes além, salvando um libro á nado!...
(O Livro de Cesáreo Verde,
pág. 60; Lisboa, 1901.)

Llega á Goa de nuevo, desprovisto de todo recurso después del naufragio, y es reducido á prisión. En la cárcel se entera con dolor del fallecimiento de su amada D.^a Catalina de Athaide. Recobra la libertad y vive en intimidad con Heitor da Silveira, Joao Lopes Leitao y D. Francisco de Almeida, su gran amigo. Entretanto va componiendo su poema inmortal, y á medida que lo compone, lo va dando á leer á su erudito amigo Diego de Couto. Le ofrecieron por entonces la factoría de Chaul; mas no quiso quedarse á saborear las delicias de ese destino bien remunerado. Sus hábitos de grandeza le hicieron contraer deudas, y aprovechó la ocasión de la expedición de Pedro Barreto para embarcar con rumbo á Mozambique en 1567. Allí vivió en la más triste penuria, *tao pobre que comia de amigos*, escribe Diego de Couto (*Décadas*, VII, c. 28).

Regresó Camoes á Lisboa llevado por misericordia de Diego de Couto, que se apiadó de él y lo embarcó en la nao *Santa Clara*, en Abril de 1570. Encontró á Lisboa devastada «por la peste grande» de 1569. Había muerto su amada; pero no su madre, que vivía aún muy viejecita.

En Mozambique había coleccionado sus poesías líricas en un volumen que había de titularse *Parnaso*; este manuscrito le fué robado poco después de su regreso á Lisboa; *e foi furto notorio*, dice Diego de Couto. Más tarde publicáronse estas poesías líricas—en que inmortalizó á su amada «Nathercia»—con el título de *Rythmas de Luis de Camoes, divididas en cinco partes... A custa de Estevao Lopes, mercador de livros* (Lisboa, anno de MDLXXXV).

Reinaba por entonces en Portugal el infortunado Don Sebastián, á quien el poeta quería ofrecer el poema *Os Lusíadas*, compuesto en los ocios de sus navegaciones y estancias en países lejanos. Fué concluido el poema en 7 de Abril de 1570; dióse el *alvará* ó decreto de privilegio para la impresión en 23 de Septiembre de 1571, y fué por fin publicado en 12 de Marzo de 1572.

Don Sebastián concedió al poeta la parca pensión de *quinze mil reis*, que correspondía á *noventa mil reis* de la moneda actual. Fuéle pagada esta pensión puntualmente, según trata de persuadir el ilustre «camoneísta» señor vizconde de Juromenha; pero, según Teófilo Braga, se le pagaba siempre con retraso: *agraciado con uma mes pinha tenca e essa mesna sempre atrozada nas maos dos funcionarios da fazenda*. De todos modos, hemos de convenir en que era exigua, cuando otros individuos de menores méritos recibían más elevadas sumas...

Así vivió Camoes misérrimamente ocho años después de la publicación de *Os Lusíadas*. El gran poeta no se entusiasmó, como la mayoría de sus ingenuos compatriotas, con la expedición de Don Sebastián al Africa, donde las lusitanas tropas habían de sufrir un desastre formidable: el histórico desastre de Alcacer-Khibir en 1578, en el que pereció el Rey Don Sebastián con la flor de la nobleza lusitana...

A poco comenzaron las alteraciones promovidas durante el corto reinado del cardenal D. Enrique, y la dominación de Castilla estaba apoderándose de Portugal... Entre tanto Camoes se extinguía lentamente en su pobre zaquizami de la calle de Santa Arra, donde el gran poeta luso murió en un misero jergón... La familia del conde de Vimioso hubo de prestar una sábana para amortajarle, pues, según testimonio de fray José Indio, no tenía ni sábana con que resguardarse del frío...

Pocos días antes de su muerte escribía á su amigo D. Francisco de Almeida, que preparaba en Lamego aprestos de resistencia contra el invasor: *en fim acabarei a vida e verao todos que fui tam ajeicoado a minha patria que nao me contentei de morrer nela, mas com ela...* Cuando él moría el país iba perdiendo su independencia y las tropas de nuestro Don Felipe II, al mando del duque de Alba, avanzaban sobre Portugal...

De la indigencia de Camoes se formó una leyenda tal vez excesiva, bien que la realidad sea demasiado dolorosa, pues se llegó á creer que había muerto en un hospital de apesados...

Luiz de Camoes es inmortal por su magno poema *Os Lusíadas*. Se ha sostenido que los primeros seis cantos de esta gran epopeya fueron escritos en la cárcel del *Tronco da Cidade*, cuando estuvo preso en 1552; sugestionado entonces el poeta por la lectura de la primera de las *Décadas* publicadas por Joao de Barros, comenzara á cantar en verso la historia del descubrimiento y colonización de la India por los portugueses, que el historiador narraba en prosa... Esta tradición es poco aceptable, *pouco crível*, la llama un historiador, y ha sido muy refutada, entendiéndose que Camoes comenzó á trabajar en su poema en 1544 y durante veinticinco años siguió trabajando, como Goethe en su *Fausto*, hasta terminarlo en 1570 y publicarlo en 1572.

Esta época, que ocupa un lugar de prestigio entre las cinco ó seis grandes epopeyas del mundo—*La Iliada*, *La Eneida*, *La Jerusalem libertada*, *La Araucana*—, ocupaban el pensamiento del poeta en medio de todas sus tribulaciones. Canta las armas y los varones esclarecidos,

*suas armas e os baroes assinalados
que da occidental praia lusitana...;*

canta el descubrimiento del camino para la India por los portugueses; canta á Vasco de Gama; pero no es éste solo el héroe, como Aquiles lo es de Homero ó Eneas lo es de Virgilio... El héroe aquí es el pueblo heroico, glorioso, aventurero, que lleva á cabo la epopeya por tierra y por mar...

Otras obras literarias dejó Camoes, que, no obstante, curtido como anduvo siempre por trabajos, miserias y tribulaciones, tuvo poco tiempo á escribir abundante. De todas estas obras son teatrales

el auto de *El-Rei Seleuco*, ya mencionado antes, como el auto de *Los Anfitriões* (*Amfitriões*), calcado sobre la comedia de Plauto del mismo nombre y exponiendo dramáticamente un asunto mitológico...; y *Filodemo*, especie de comedia pastoril, muy cándida y bucólica, escrita á la manera pastoril de Gil Vicente y representada con motivo de las fiestas celebradas para la investidura de Francisco Barreto en el cargo de nuevo gobernador de Goa.

Estas dos comedias salieron juntas en un volumen por primera vez reunidas con unas comedias del hoy obscuro Antonio Prestes en 1578 (*Primeira parte dos Autos e Comedias portuguesas*, por Antonio Prestes e por Luiz de Camoes; por André Lobato, impressor de livros, vol. in 4.º de 179 págs; Lisboa, 1587). Luego se reunieron sus tres obras teatrales en volumen, y en 1880, con motivo del tercer centenario de su muerte, se publicó una edición popular de las *Comedias de Luiz de Camoes*.

Escribió también Camoes su libro de poesías líricas, inspiradas por el amor de doña Catalina de Athayde, aunque una nueva hipótesis pretende inculcar que la Infanta D.ª María, hermosísima é ilustrada dama, hija del Rey Don Manuel I, fué «el objeto amado» del poeta lusitano; hipótesis muy digna de ser tomada en cuenta y muy bien sustentada por el docto profesor de Coimbra Dr. José M.ª Rodríguez en su libro *Camoes e a Infanta doña Maria* (Coimbra, 1910).

Fuese cual fuese el objeto de su amor, Camoes es casi tan admirable lírico como glorioso épico. A la manera de Petrarca, tiene canciones maravillosas de finura, ternura y gracia ingenua; tiene sobre todo excelencia en el arte difícil del soneto, tormento de los poetas: treinta son al menos los sonetos perfectos que le encuentra un crítico eminente. En cuanto sonetista, Camoes es el Petrarca lusita-

no, y ha dado al soneto, como se lo dió Petrarca, un sabor y un matiz especial. Por el soneto, que Camoes depura y Anthero de Quental perfecciona, se incorpora Portugal á la lírica universal...

Camoes pensaba recolectar sus poesías líricas bajo el título de *Parnaso*; cuando volvió de Mozambique le fué robado este manuscrito, según ya he declarado. Publicóse la colección lírica póstumamente cinco años después de su muerte, bajo este título: *Rythmas de Luis de Camoes, divididas en cinco partes... Anno de MDLXXXV... A custa de Estevo Lopcs, mercador de livros*.

En España la lírica de Camoes no fué traducida íntegramente, hasta que Don Lamberto Gil, penitenciario del Oratorio del Caballero de Gracia, publicó sus *Poesías varias o rimas de Luis de Camoes*, que tradujo al castellano Don Lamberto Gil, penitenciario del Real Oratorio del Caballero de Gracia. En la imprenta de D. Miguel de Burgos.—Madrid, 1818.

Pero la gloria inmarcesible de Camoes es su inmortal poema épico *Os Lusíadas* (también traducido al castellano en 1818 por el propio Gil, aunque había antes seis traducciones, siendo la primera la del maestro Luis de Tapia, impresa á la muerte de Camoes, en Salamanca en 1580. Este poema le ha valido ser declarado uno de los tres ó cuatro poetas épicos de todos los tiempos y de todas las razas, y que su obra sea un monumento tan inmortal como *La Iliada*).

«Nunca, desde Homero, poeta alguno fué tan honrado y amado por su nación como Camoes—declara Augusto Federico Schlegel—; de modo que todo cuanto esta nación decaída de su gloria después de la muerte de él conservó de sentimientos patrióticos, lo debe á este único poeta...»

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

Serrana

¡Cumbre de la Maliciosa,
tan serena y tan hermosa!

Piedra ruda, montañera,
del Guadarrama cimera,
de esa sierra adusta y fiera
que huele á pino en sazón.

¡Pinos de la sierra fría!

Pinares de serranía,
por Enero
con nieve del ventisquero,
y en agosto, peña á peña,
con agua que canta ó sueña
con cristalino rumor.

¡Pinos de la sierra fría!

Fuertes pinos de la sierra
que á esta tierra
seca y parda de Castilla
le ofrendáis la maravilla
de vuestro eterno verdor:
á vuestra sombra tendido,
¡cuántas veces me he sentido
palpitar reverdecido
—ya soy viejo—el corazón!

¡Pinos de la sierra fría!

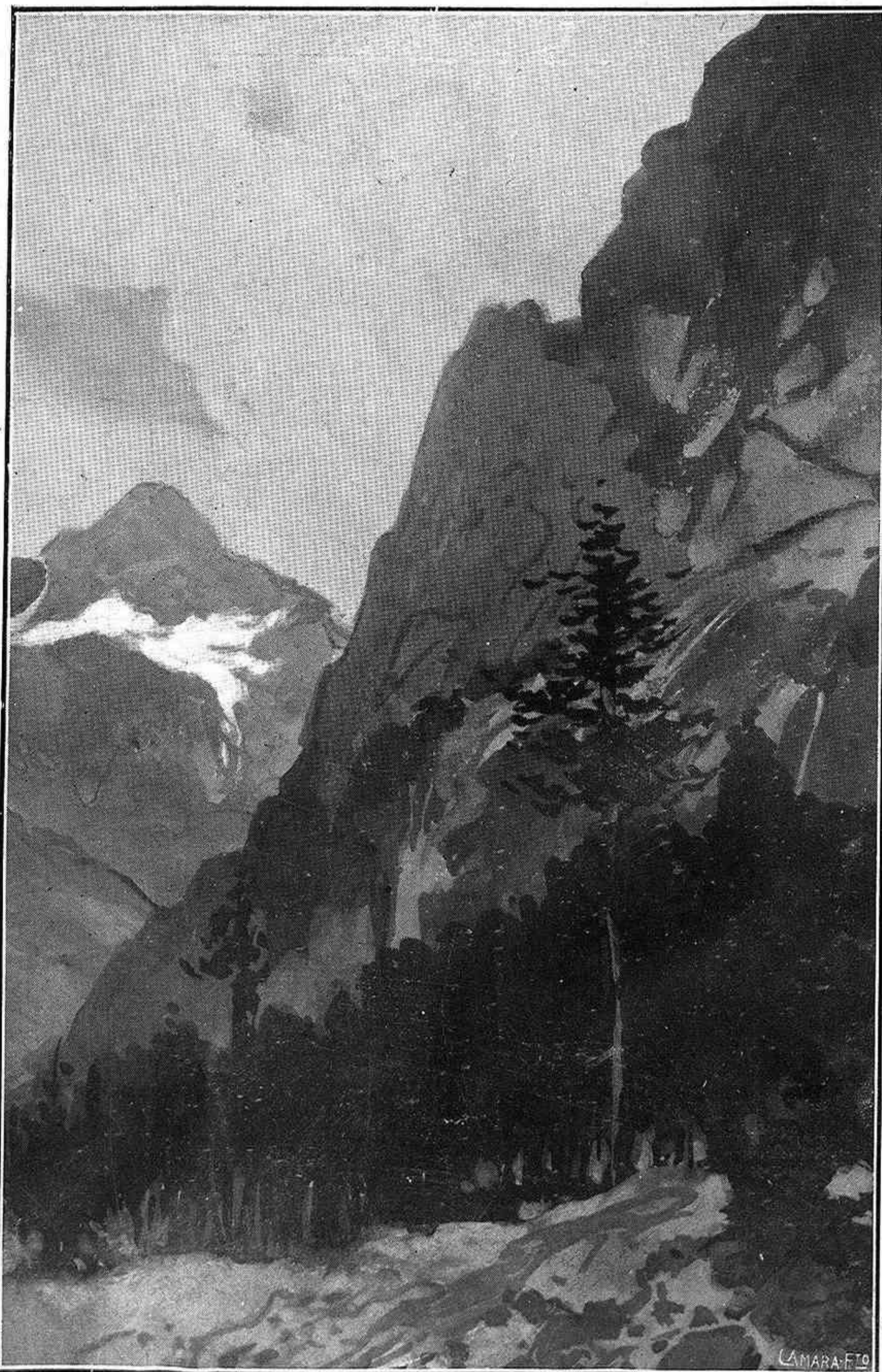
Vosotros, allá, en lo alto,
sobre un cielo azul cobalto,
rememoráis, como un sueño,
un fondo azul velazqueño,
de castellano blasón.

¡Cumbre de la Maliciosa,
tan serena y tan hermosa!

Piedra ruda, montañera,
del Guadarrama cimera,
de esa sierra adusta y fiera
que huele á pino en sazón.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



LAMARA-FLO

A LA SEÑORA QUE "SE BUSCA" EN LAS NOVELAS

UNA mujer interesante y bella, cansada ya de andar por campos yermos, detiénese junto á un pozo abandonado y se apoya en el brocal. Es la hora del reposo y de los plácidos ensueños: el crepúsculo de la tarde.

La luz se deslíe poco á poco entre sombras, y la mujer piensa que sus juveniles ilusiones, todo el esplendor luminoso de su vida, se deslíe también en el misterio de lo que nunca llega.

Una sombra de amor envuelve su hermosura, y una lágrima de melancolía humedece sus ardientes ojos. ¡Ha delirado tantas veces sin saber por qué!... Pero sus delirios eran pasajeros y sin consecuencia, como esos nubarrones que de pronto encapotan el cielo, amenazan terribles, se desvanecen y dejan paso al sol. ¡Es tan grandioso el espectáculo de una tempestad apasionada!...

¿Dónde se ha escondido la pasión, que nunca la sollicita, ni siquiera para torturar?

Una pasión, un tormento; algo que la redimiese de la monotonía, de la ignorancia, del fatigoso andar, andar siempre por un camino llano, apacible, desesperante...

Apoyada en el brocal del pozo avizora el secreto de la profundidad, y sólo encuentra la superficie del agua, espejeante y cristalina.

El pozo le ofrece su imagen reflejada y le niega el misterio...

La mujer, encantadora, insinuante, sonríe á su retrato, que le devuelve su tenue sonrisa... En el silencio del crepúsculo crujen las palpitations de su corazón.



La veo á usted asomada á un libro—como á un pozo—, con ansia de buscar en lo profundo los misterios que la desconciertan, cuyo verdadero sentido ignora.

Acaso también su libro—como el pozo—sólo pueda ofrecerle una imagen superficial de sus propios pensamientos.

No es bastante «asomarse» para descubrir el fondo de las cosas; es preciso «sumergirse» en ellas.

Pretendemos que lo exterior nos anime y nos reconforte, de pasada, sin diluirnos en todo, sin absorberlo todo, sin hacer completa renuncia de la personalidad que nos aísla y amuralla.

Y ansiamos el conocimiento sin tortura, el goce sin dolor, la tranquilidad sin cansancio, la satisfacción sin disciplina, el triunfo sin lucha, la gloria sin martirio.

¡La vida fácil, improvisada, bella, segura!...

Y nunca fué así la vida.

Es preciso arriesgarlo todo á cada instante, vibrar con el sonido, arder con la llama, difundirse con la luz, disiparse con el perfume y morir en la embriaguez de un amoroso aliento...

(Ahora continúe su lectura, si le place.)

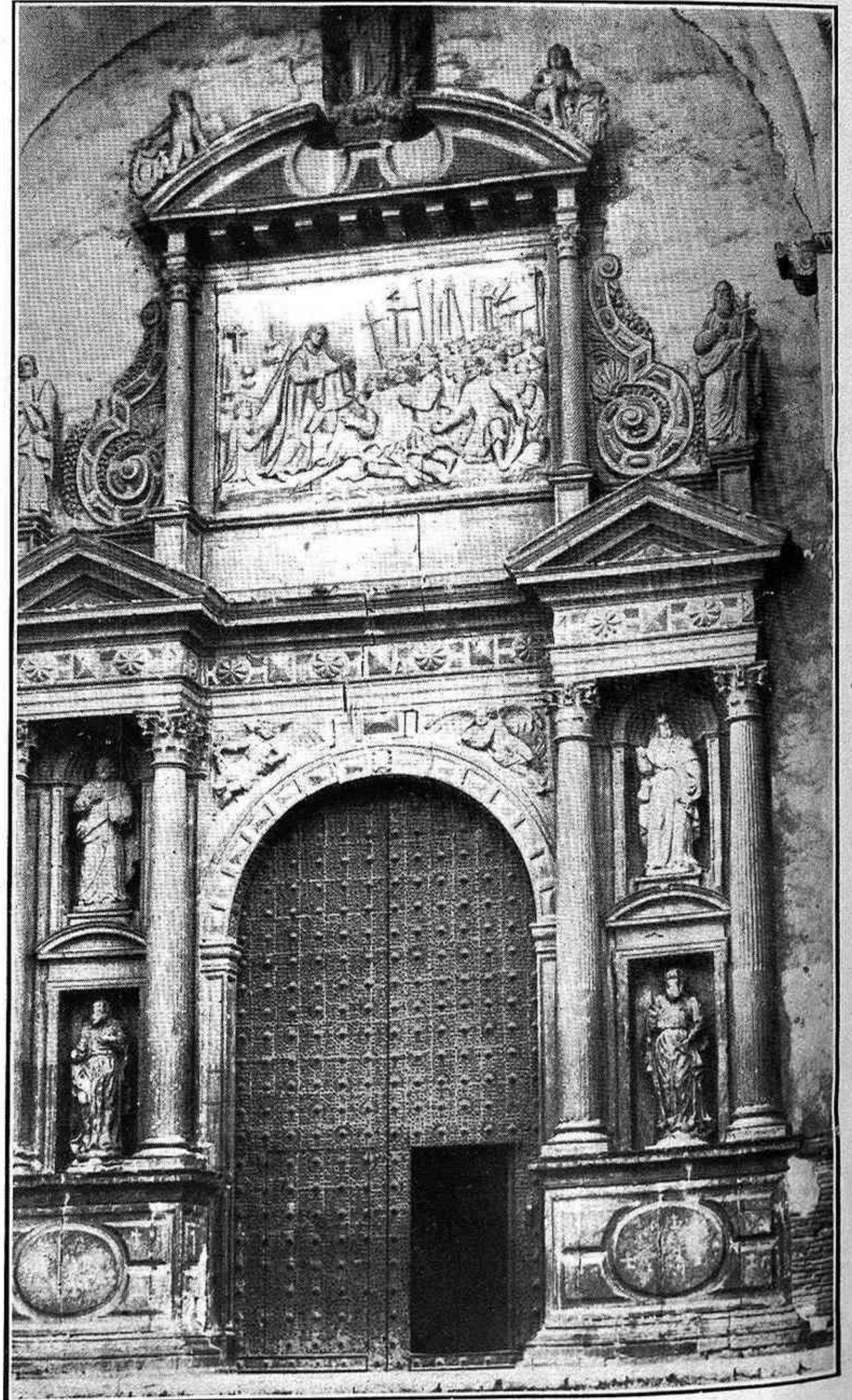
LUIS RUIZ CONTRERAS

DIBUJO DE BUJADOS

E S P A Ñ A M O N U M E N T A L



Puerta del Perdón, en la Colegiata de Daroca



Portada de la iglesia co'egial de Santa María (siglo XVI), en Daroca



El peinado a la española,
tan airoso y sencillo, preferido ahora a la moda
pasajera del pelo corto, es el que mejor realza la
belleza de la cabellera. Use Vd. con constancia

P E T R Ó L E O G A L

y por su cabello espléndido, sedoso,
brillante y flexible, merecerá
la admiración de cuantos la vean.

PERFUMERÍA GAL.
MADRID



FRASCO
2,50

en toda España.

**MAQUINARIA
DE UNA
FABRICA DE HARINAS**

con molturación
de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE A

D. José Briales Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MALAGA

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: **50 cénts.** en toda España

**TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS**

DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21 **BARCELONA**

“EL CABALLERO AUDAZ”

Nuevas ediciones de sus siguientes obras:

- | | |
|------------------------------|--|
| I. La Virgen desnuda | XI. Hombre de amor |
| II. Desamor | XII. Un hombre extraño |
| III. De pecado en pecado | XIII. En carne viva |
| IV. El pozo de las pasiones | XIV. Una cualquiera |
| V. La bien pagada | XV. Horas cortesanias |
| VI. Emocionario | Del XVI al XXV. Lo que sé por mí |
| VII. La sin ventura | (DIEZ volúmenes de in-
teresanísimas entrevistas) |
| VIII. El divino pecado | |
| IX. Con el pie en el corazón | XXVI. El jefe político |
| X. San Sebastián | XXVII. ... Á besos y á muerte |
| (Diario de un veraneante) | XXVIII. Los desterrados |

De venta en todas las librerías de España, Francia y América

**INGENIERIA Y
CONSTRUCCIÓN**

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

**LOS PIES SENSIBLES
DURANTE LOS CALORES**

**Un sencillo baño saltratado de los pies
le librará de los peores sufrimientos**

Todos los que tienen pies sensibles conocen por experiencia los sufrimientos que los calores les hacen padecer: los pies queman como fuego, se hinchan y calientan; los zapatos parecen volverse más estrechos y los dolores causados por antiguos callos y durezas se hacen intolerables; los que sudan mucho de los pies también sufren más que nunca los efectos funestos de esta dolencia penosa.

No podríamos recordar con más oportunidad que un sencillo baño saltratado de los pies representa una defensa eficaz y una verdadera panacea contra estos males.

Un baño saltratado estimula la circulación de la sangre, tonifica y alivia los

pies doloridos y magullados y hace desaparecer toda sensación de quemadura y fatiga; además, siendo el agua saltratada ligeramente oxigenada, es de grandísima eficacia contra la irritación y el mal olor ocasionado por una transpiración demasiado abundante.

Un puñadito de Saltratados Rodell, «sales naturales extra concentradas», vendidas á un precio módico en todas las farmacias, basta para preparar uno de estos baños bienhechores. ¿Para qué, pues, sufrir por más tiempo de males de pies durante los calores, cuando por unas cuantas pesetas solamente puede V. con facilidad curarlos y librarse de ellos para siempre?



NOTA.—Todos los farmacéuticos venden los Saltratados Rodell. Si le ofrecen imitaciones, rechácelas, y a que no tienen ningún valor curativo. Exigid siempre los verdaderos Saltratados

**ALFONSO
FOTÓGRAFO**

Fuencarral, 6 MADRID



«LA GUÍA DESCRIPTIVA»

La Compañía del Norte acaba de publicar «La Guía Descriptiva» del verano actual, que como las ediciones precedentes es un volumen profusamente ilustrado con fotografías de las poblaciones servidas por su extensa red de ferrocarriles, datos históricos del mayor interés y notas relativas á la producción industrial, agraria y pecuaria de cada región.

Contiene también detalles de todos los servicios ordinarios y especiales de los trenes, horarios, itinerarios, tarifas, billetes á precios reducidos, etc., etc., que son de la mayor utilidad para el viajero.

GENEVE Grd. HOTEL de la PAIX

Enteramente renovado.
Vista del Mont Blanc.

Más bella situación á la orilla del Lago.
Nuevos propietarios: **J. Baehl, Adm.**



¿Confidencia?

Mi felicidad, simpáticas lecciones, la debo al quitarme de raíz el vello y pelo de la cara y brazos con el tan acreditado **DEPILATORIO** marca **BELLEZA**. Es inofensivo. De venta en perfumerías. Primer premio. Fabricantes: Argente Hermanos. — Badalona (España).

Pida una lata



Solicítense catálogos, que se remitirán gratis, mencionando esta Revista

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación
se logran matices permanentes
Cortés Hermanos Barcelona

SARNA-ROÑA

y picores de la piel
ANTISARNICO MARTI
Único que la cura sin baño.
Venta en Farmacias y Droguerías

CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS para NOVIA

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85
TELÉFONO 35-80 M.

MADRID

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



Lea Ud. la Revista

ELEGANCIAS

TRES pts. ejemplar



¡EMBELLEZCA SU CARA!...

Sin arrugas, sin granos, sin curvas impropias que la afean. Un rostro bello, matizado por un tinte de suavidad sonrosada, atrae todas las miradas y seduce. El tratamiento **L'Aiglon** no ocasiona la menor incomodidad, ya que acciona durante el sueño. La cara es el espejo del alma. ¡Sea usted bella!... Pida folleto, adjuntando sello Correo 0.35, á

INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Alemany, Canuda, 7, Barcelona

DIAZ FOTOGRAFÍA :: DE ARTE ::

FERNANDO VI, 5. — MADRID

PARA ADELGAZAR EL MEJOR REMEDIO DELGADOSE PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

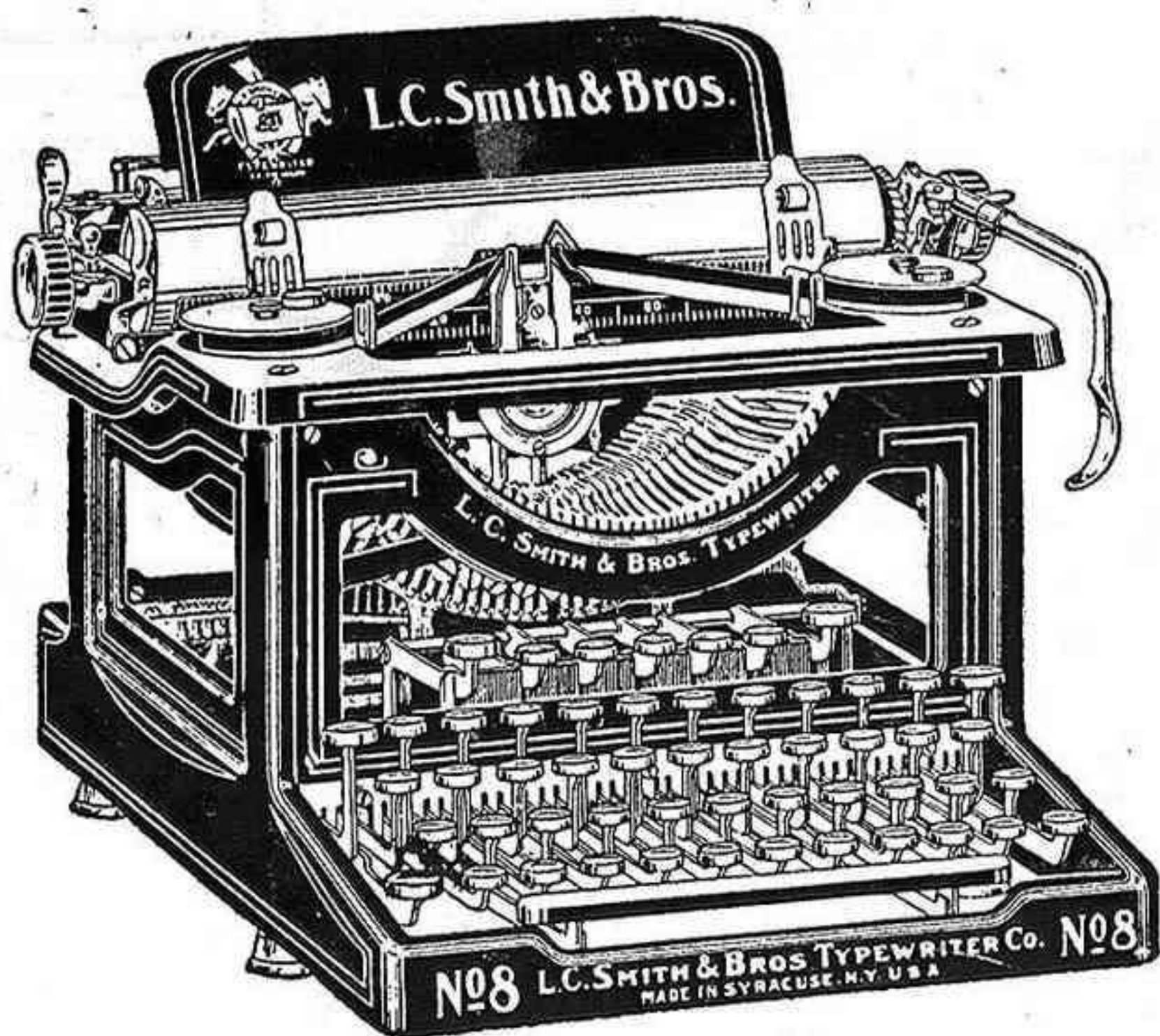
URÉOL CHANTEAUD

54, Rue des Francs-Bourgeois, PARIS

Muy eficaz
CISTITIS, GOTA, REUMATISMO
Enfermedades de los RÍÑONES y de la VÉJIGA

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Administración, calle de Hermosilla, núm. 57, Madrid

L.C. SMITH



DEPOSITO GENERAL

Guanyer

Rda. SAN PEDRO, 25
BARCELONA
APARTADO, 196

BOLAS
DE ACERO
EN EL CARRO

BOLAS DE ACERO
EN EL SEGMENTO
DE MAYÚSCULAS

BOLAS DE ACERO
EN TODAS LAS PALANCAS

HE
AQUÍ EL
SECRETO DE LA
SUPERIORIDAD, RE-
SISTENCIA Y SUAVIDAD
DE LA INCOMPARABLE

SILENCIOSA

L. C. SMITH